

EXILIOS Y LEJANÍAS

Relatos de mujeres colombianas



Exilios y lejanías. Relatos de mujeres colombianas
fue posible gracias a:

**El Grupo Internodal de Género de Apoyo al Legado
de la Comisión de la Verdad de Colombia,**

conformado por mujeres en su interseccionalidad y
diversidad, en respuesta al llamado histórico de contribuir
a la construcción de la verdad del exilio colombiano.

La Fundación Sueca para los Derechos Humanos,
organización destinada a fortalecer la perspectiva de derechos
humanos de actores gubernamentales y no gubernamentales
en Suecia e internacionalmente, a través de proyectos
de formación, apoyo a la cooperación y
la incidencia internacional.

El Instituto Catalán Internacional para la Paz –ICIP–,
institución pública e independiente, creada por el Parlament
de Catalunya, para promover la cultura de la paz en la
sociedad catalana y en el ámbito internacional, y hacer de
Cataluña un agente activo de paz en el mundo.

**Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo
y Cooperación Internacional,**
organización académica y de la sociedad civil que impulsa
el desarrollo humano y la cooperación internacional, a partir
de la formación, la investigación, la educación para la
transformación social y la asesoría técnica.

El Instituto Colombo-Alemán para la Paz –CAPAZ–,
entidad que favorece el intercambio de conocimientos y
experiencias en temas de construcción de paz, mediante la
conformación de redes entre universidades y centros de
investigación de Colombia, Alemania y otras latitudes.

EXILIOS Y LEJANÍAS

Relatos de mujeres colombianas



La impresión de este libro se hizo en el marco del proyecto «Peace and Mobilities» con financiación del programa de investigación e innovación Horizonte Europa de la Unión Europea en virtud del acuerdo de subvención Marie Skłodowska-Curie n.º 101182968.

Segunda edición, agosto de 2026

EXILIOS Y LEJANÍAS

Relatos de mujeres colombianas

Exilios y lejanías. Relatos de mujeres colombianas se realizó en el marco de la subvención nominativa de la Dirección de Víctimas, Derechos Humanos y Diversidad del Gobierno Vasco para la Asociación Hegoa: *Articulación internacional para el seguimiento en Europa de las recomendaciones de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia*.



EUSKO JAURLARITZA
BERDINTASUN, JUSTIZIA
ETA GIZARTE POLITIKETAKO SALA



GOBIERNO VASCO
DEPARTAMENTO DE IGUALDAD,
JUSTICIA Y POLÍTICAS SOCIALES

EXILIOS Y LEJANÍAS

Relatos de mujeres colombianas

Autoras: Berta Ligia Quiroz Botina, Carolina Mantilla, Erika Julieth Osorio, Gloria Romero Moreno, Kaleja, La Mendy, Linda Rakel Rengifo Cuero, Luna Llena, MaríaE., María Rosas, Mercurio y Yamileth Cuero Calzada.

Ilustración, maquetación y diseño de cubierta: Lina Jiménez Numpaque.

Coordinación editorial y facilitación de talleres en los que se gestaron los relatos: Mariana Schmidt Quintero.

Coordinación del proceso: Claudia Alejandra Sepúlveda Giraldo, Claudia Polo Valderrama, Claudia Tribin, y Silvia Plana Subirana.

Colaboran: Fundación Sueca para los Derechos Humanos, Instituto Catalán Internacional por la Paz –ICIP–, Instituto Colombo-Alemán para la Paz –CAPAZ– y Grupo Internodal de Género de Apoyo al Legado de la Comisión de la Verdad de Colombia.

Edita:



Nazioarteko Lankidetzak eta
Garapenera buruzko Ikasketa
Institua
Instituto de Estudios sobre
Desarrollo y Cooperación
Internacional



www.hegoa.ehu.eus / hegoa@ehu.eus

EHU

Zubiria Etxea
Lehendakari Agirre, 81
48015 Bilbao
Tel.: 946 017 091

EHU

Carlos Santamaría Zentroa
Elhuyar Plaza, 2
20018 Donostia-San Sebastián
Tel.: 943 017 464

EHU

Koldo Mitxelena Biblioteka
Nieves Cano, 33
01006 Vitoria-Gasteiz
Tel.: 945 014 287

Edición final: Marra, s.l.

Primera edición: octubre 2023

Segunda edición: junio 2026

ISBN (2.ª edición impresa): 978-84-19425-47-8

ISBN (2.ª edición digital): 978-84-19425-51-5



Este documento está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Licencia completa: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>



Contenido

Introducción	9
--------------------	---

Salto al vacío

Un hasta pronto convertido en adiós	17
<i>La Mendy</i>	
Un vuelo al vacío	23
<i>Luna Llena</i>	
La llegada	28
<i>MaríaE.</i>	
El hombre que me dejó fría	32
<i>Linda Rakel Rengifo Cuero</i>	
Camino al destierro	35
<i>Yamileth Cuero Calzada</i>	
Éramos libres	59
<i>Gloria Romero Moreno</i>	
Los tambores rotos	64
<i>La Mendy</i>	
Y ahora, ¿para dónde vamos?	67
<i>Erika Julieth Osorio</i>	

Avatares en el destierro

Polvo en fa sostenido	81
<i>María Rosas</i>	
Silencios	86
<i>Luna Llena</i>	
Mi quebranto	93
<i>Linda Rakel Rengifo Cuero</i>	
¿De qué me hablas?	95
<i>Berta Ligia Quiroz Botina</i>	

La boda	98
<i>María Rosas</i>	
Octubre de 2016	101
<i>MaríaE.</i>	
El camello	105
<i>María Rosas</i>	
Huellas de la guerra	113
<i>Gloria Romero Moreno</i>	
¿Infusion o infusión?	119
<i>Luna Llena</i>	
Nadie los ve	123
<i>MaríaE.</i>	

Vínculos que nos sostienen

Ejercicios de desnudez	127
<i>La Mendy</i>	
La voz de la esperanza	130
<i>Linda Rakel Rengifo Cuero</i>	
Lazos de amistad	132
<i>Gloria Romero Moreno</i>	
Nostalgias sensoriales en la lejanía	136
<i>La Mendy</i>	
Una alianza impredecible	139
<i>Berta Ligia Quiroz Botina</i>	
La visita	147
<i>MaríaE.</i>	
Por fin juntos	153
<i>Linda Rakel Rengifo Cuero</i>	
Raíces	156
<i>Luna Llena</i>	
Regreso para el abrazo	160
<i>MaríaE.</i>	

Mutaciones

En bici por Berlín	167
<i>Carolina Mantilla</i>	
De pechugas a tetas al aire	178
<i>Kaleja</i>	
El desarraigo	183
<i>Gloria Romero Moreno</i>	
Ya no me callan	186
<i>Kaleja</i>	
Semáforo en rojo	194
<i>Mercurio</i>	

Lo irremediablemente perdido

Las cartas de la bisabuela	199
<i>La Mendy</i>	
Cuando se quiebra el silencio	204
<i>Mercurio</i>	
El duelo en el exilio	210
<i>Gloria Romero Moreno</i>	
Desintegración	213
<i>Kaleja</i>	

Introducción

Las voces de este libro son las voces de mujeres colombianas que nos resistimos al silencio y al olvido. Somos cientos, miles, las que en cuerpo y alma un día salimos del país, saltamos al vacío con un amor inconmensurable a la vida. Existimos. Los treinta y seis relatos que componen este libro dan fe de ello, son la prueba de que el exilio y la migración tienen cara, corporalidad, que se despliegan en decenas de facetas y atraviesan nuestras capas vitales, que nos mueven, que nos transforman. Cada mujer que escribe aquí es ella y a la vez esas miles, cuyas voces aún no han salido a tronar.

Poblar el mundo con la perspectiva de las mujeres es uno de los desafíos que tenemos en el Grupo Internodal de Género de Apoyo al Legado de la Comisión de la Verdad de Colombia, un colectivo que, en respuesta al llamado histórico de construir la verdad, en noviembre de 2019 nos juntamos convencidas de que *sin las mujeres, la verdad no está completa*. Desde entonces, llevamos a cabo actividades que nos permitan comprender y sacar a la luz los embates de nuestras salidas del país y los caminos emprendidos en las lejanías, sus impactos en nuestras vidas, las maneras como los hemos afrontado y nuestras resistencias. Hemos pasado de un “yo” a un “nosotras”, porque entendimos que lo que vive una lo vivimos todas; que la sororidad es nuestro alimento para sostener y acrecentar la resiliencia de cada una. Hemos ido construyéndonos juntas, mirando los miedos en comunión, nombrándolos, aprendiendo a hablar, a escuchar, a debatir, a reconocernos.

La consolidación de espacios de confianza y seguridad ha sido una de nuestras claves. Gracias a ello, hemos ido tejiendo formas respetuosas

de relacionarnos que ayuden a superar la sospecha y la desconfianza que deja el haber vivido durante tantos años la guerra. Los nuestros son espacios de cuidado en los que lo subjetivo jamás queda diluido en lo colectivo, antes bien se reafirma y potencia. Somos diferentes, sabemos que esa es nuestra riqueza y la custodiamos.

Porque la distancia física no ha sido un impedimento, porque gracias a la virtualidad hemos alcanzado la cercanía del alma, a inicios de 2022 emprendimos la aventura de hacer un libro de manera colaborativa entre mujeres migradas, exiliadas y asiladas, de distintas edades y etnias, establecidas en países variados y cuyas trayectorias de vida, incluyendo las razones por las cuales salimos de Colombia, fueran diversas. Si bien el resultado visible –hacer públicas las voces de algunas de nosotras– era valioso de por sí, deseábamos salir fortalecidas en lo personal y lo grupal.

Para facilitar este proceso, encargamos a Mariana Schmidt, psicóloga y editora colombo-alemana que vive en Berlín y lleva años propiciando proyectos de escritura con diversos grupos, entre ellos con personas que han vivido de cerca el conflicto armado en Colombia. Su propuesta metodológica se ajustaba a lo que buscábamos: que las participantes ampliaríamos nuestra mirada de lo vivido acudiendo a la escritura y al intercambio de experiencias; y que el encuentro entre nosotras permitiera establecer lazos y propiciar esa sororidad que nos da fuerza para seguir en el camino, máxime cuando se han compartido circunstancias adversas como el exilio.

Los encuentros los hacíamos cada quince días y aunque los programábamos para tres horas, muchas veces estuvimos absortas hasta cuatro horas. En el primero, hicimos el perfil del libro que soñábamos, sus contenidos, su tono, lo que nos proponíamos lograr con él. Acordamos hablar de lo cotidiano, de aquello que está pegado a la piel, de los afectos, de lo que no suele nombrarse cuando se habla de la guerra. Elaboraríamos las que dimos en llamar “postales”, textos cortos que retratarían acontecimientos puntuales y representarían una faceta de la experiencia de cada una. No importaba que los temas se repitieran, total cada vivencia era única.

Una vez hicimos un bosquejo grueso de la que sería nuestra baraja de postales, empezó un primer intercambio que sembró la semilla de la escritura. Al principio los acercamientos eran tímidos, pero gracias a un ambiente signado por la escucha atenta, el auténtico interés por lo que había vivido la otra y la empatía, a lo largo de doce talleres fuimos ganando en profundidad, hasta llegar a los lugares más recónditos de nuestro ser. Cada encuentro era como estar en un salón de espejos, todas nos veíamos en las demás, reconocíamos nuestras propias batallas, fracasos y victorias. Leer a la otra era leer nuestra propia vida, así ella llevara más tiempo por fuera del país, tuviera una composición familiar distinta, otro credo, una razón disímil a la propia para haber salido o incluso una ideología opuesta. Era un juego de espejos que llevaba a que se fueran abriendo las puertas de la memoria que habían estado cerradas.

Entre un encuentro y otro los relatos se iban rehaciendo, creciendo. Esto, gracias a la lectura en voz alta que hacíamos de ellos, al compartir el eco que tenían en nuestro interior y a las preguntas genuinas que deseaban llenar vacíos. La lectura y el análisis de reconocidas escritoras también nos ayudó a ir cualificando los relatos. Además, cada una tuvo varias asesorías individuales con Mariana, donde se ahondaba en las historias y se afinaba la estructura narrativa.

El desafío de buscar la voz propia nos acompañó siempre. Quitarnos el ropaje de las palabras gastadas y las frases de cajón no fue fácil, como tampoco aceptar las maneras de decir de las otras. Ello nos instó a salir de nosotras mismas, a adoptar la piel y el corazón de la otra y, a encontrar juntas el vocablo preciso y solo suyo. Confiamos haberlo logrado y que la lectura de cada relato sea como escuchar a su autora narrando al oído, con generosidad, su experiencia particular, con cientos de matices de la lejanía. Matices que se amplifican con la sensibilidad de Lina Jiménez, artista plástica, quien tradujo en hermosas imágenes las líneas escritas.

Mucho de trágico se refleja en estos relatos y en las ilustraciones, pero también bocanadas de esperanza. Aquí los sentimientos opuestos cohabitan, el dolor de la partida con el alivio de estar a salvo; la ausencia

de los seres queridos con el surgimiento de nuevos vínculos; el llevar en unos lados nuestros nombres y en otros no (como en este libro, en el que varias de nosotras optamos por usar seudónimos); la sensación de seguridad con el temor a que seamos identificadas; el sabernos desterradas con el cuidado de nuestras plantas para que el invierno no las estropee; el ya no ser ni de aquí ni de allá, con el sentir que pertenecemos a ambos lados; la indignación con la gratitud.

Son, en suma, relatos de mujeres que franqueamos múltiples vicisitudes, pero siempre superándolas. Que abrazamos la vida de otros y de otras sin límites. Que cambiamos porque nuestras vidas cambian. Que nunca olvidamos lo que dejamos atrás y sabemos que no lo volveremos a tener. Que con el paso del tiempo reconocemos que debe primar nuestra existencia y amor propio. Mujeres de carne y hueso que, reñidas por la vida, avanzamos dejando huella.

**Grupo Internodal de Género de Apoyo al
Legado de la Comisión de la Verdad de Colombia**

Salto al vacío

Un hasta pronto convertido en adiós

La Mendy

Una mañana fría de Bogotá, con mi niña de pocas semanas de nacida en los brazos, recibí la noticia del asesinato de Alberto, mi primo querido. “Una moto y un disparo en la frente”. Eso fue todo lo que logré captar en medio a la incredulidad y la desesperación. La tía decía que lo había visto muy nervioso en las últimas semanas, que recibía llamadas extrañas. Era el presidente de una organización sindical importante, al parecer había descubierto y denunciado con coraje algo que no debía salir a la luz. Lo asesinaron en pleno centro de la ciudad cuando caminaba con su esposa. Acallaron su ser, silenciaron su bellísima voz.

Él era el orgullo de todos, el más alegre, el de las serenatas y los conciertos, el cantante que tenía la voz como la del Puma y cantaba todas sus canciones, el compañero de baile preferido en las pachangas familiares, el que se inventaba los pasos raros de salsa y se divertía en enseñarlos. Aunque han pasado 30 años, pienso en él y resuena en mi cabeza la música que bailábamos en aquellos tiempos, cuando cada uno llevaba sus discos a las fiestas, firmados en la carátula para que no se perdieran: el grupo Niche, el Binomio de Oro, Rubén Blades, Juan Luis Guerra, y por supuesto los Catorce Cañonazos Bailables.

Fue un crimen atroz que dejó en completa consternación a sus hijas pequeñas y a toda la familia. Y a mí me partió el corazón en mil pedacitos, aumentando la llama de la rebeldía que venía alimentando por varios años en la universidad y que hoy está a la base de mi militancia y mi lucha por un país en paz.

Nunca olvidaré su expresión un mes y medio antes de esta tragedia, parado en el portón de la casa, sonriente, bello y solar como siempre; estaba emocionado al ver a su prima con esa barriga de ocho meses de embarazo. Su visita fue insólitamente corta, pero en medio de grandes carcajadas alcanzamos a contarnos nuestras últimas desventuras y a hablar de los planes futuros con nuestras respectivas familias. Al despedirse me abrazó con fuerza, deseándome lo mejor para la hija que venía en camino y con una gran sonrisa me dijo:

–¡Hasta pronto prima!

–¡Hasta pronto primo, gracias por tu visita, nos vemos cuando nazca la nena!

Lo que nunca pude imaginar, es que ese sería el inicio del verdadero adiós. A su funeral no me dejaron asistir. Desde ese episodio, comenzaron las amenazas también para el resto de la familia. “Es mejor que te vayas y no regreses por un buen tiempo”. Un “no vuelvas” dicho de manera perentoria marcó el inicio de mi exilio.

Y así llegó de nuevo el momento de las despedidas, de los hasta pronto. Pero este “hasta pronto” era diferente al de otros viajes en el pasado, esta vez sería más largo, más incierto. Con mi mejor vestido, el dominguero, esperé el sábado siguiente en la tarde a los parientes que mi madre había invitado para despedirme. “Mi hija decidió irse del todo a Europa” les decía por el teléfono, “aquí los espero para las onces”. Para ella era importante que todos pudieran estar allí, sin mencionar los verdaderos motivos de tal decisión. La cara de tristeza se disfrazaría de falsas sonrisas.

Mientras todos iban llegando y se acomodaban en la sala, se sirvió el tintico caliente, cuyo olor se entremezclaba con el aroma del chocolate Corona que hervía en la cocina. De pronto comenzaron a llegar las tazas fumantes, con el pan francés, las mogollas y el quesito derretido. Todos conversaban animadamente con la típica compostura bogotana, que contrastaba ampliamente con mis otras raíces costeñas. Después de compartir una tarde bellísima y tomarnos tantas fotos, nos despedimos entre risas y llantos con un hasta pronto. “No te preocupes tío”, “no te preocupes tía”, “no se preocupen primos, pronto nos veremos de nuevo”. Recuerdo vagamente las palabras y las

recomendaciones de todos, pero no me olvido del amor recibido, de las mil bendiciones mutuas. A los pocos días, entre la zozobra, la incerteza, la impotencia y el luto, tomé el avión con rumbo a Italia con mi bebé.

Esa fue la última vez que vi a algunos de ellos en vida, varios fueron falleciendo sin que yo pudiera regresar. ¡Nos quedamos debiendo el adiós!



Un vuelo al vacío

Luna Llena

El avión había alcanzado finalmente su altura máxima, navegábamos en un vuelo transatlántico. Mi compañero estaba sentado al lado mío entreteniéndome a nuestra hija de 18 meses de edad, que poco a poco volvía a la calma. La molestia en sus oídos había desaparecido. Mientras tanto, yo seguía acunando entre mis brazos a nuestra bebé de 36 días de nacida. Por suerte, ella dormía en estos primeros momentos del vuelo. Actuábamos con la inercia de quienes se encuentran encapsulados en un cuerpo flotante. Ya atrapados en el avión, no había marcha atrás. La decisión era un hecho. No había lugar para más vacilaciones. Volábamos para huir del miedo y la zozobra que aquel día de mayo se nos instaló en las entrañas. Atrás quedaba toda mi existencia. Dejar todo mi proyecto de vida de manera abrupta era desgarrador y violento. En mí vertían sentimientos confusos y cargados de ambivalencias, mi cuerpo no lograba organizar el sentirse bien y a la vez hundirse en una incertidumbre absoluta.

Nuestros puestos estaban ubicados en las sillas del pasillo, justo antes de la división entre la “clase económica” y la “primera clase”. En la pared que separa estas sesiones, las azafatas anclaron una cunita para bebés. Ahí, por turnos, durmieron nuestras hijas durante las primeras diez horas del vuelo. Pasado este tiempo, hicimos una escala en París para luego continuar hacia nuestro destino final, Berlín, ciudad natal de mi compañero y padre de mis hijas. Condicionada por la quietud que se exige en los aviones, atendía las indicaciones y ofrecimientos de la azafata. Escuchaba sus voces como ecos lejanos, que apenas llegaban con un poco de aliento a mis oídos. Yo seguía en otro lugar, mi deseo y mi

voluntad tiraban de mí. Mi existencia volaba cual cometa que emprendía el vuelo sin soltar los hilos que la unen a la tierra, al lugar, al hogar.

Hundida en mis pensamientos, traje a mí la imagen de mi padre que abrazándome intentaba detener el llanto mientras nos despedíamos. Había viajado nueve horas para darnos un último abrazo en el aeropuerto y conocer a su nieta menor de apenas días de nacida. Junto a él estaba mi hijo, un jovencito con quien hacía apenas unos meses me había reencontrado y estábamos empezando a establecer una relación madre-hijo. Había burlado los condicionamientos de su papá para hallarme, pero de nuevo la violencia y las tragedias que esta arrastra, nos separaban. Al lado de mi hijo, estaban mis dos hermanas menores con quienes guardo desde siempre una relación estrecha. Esta vez su visita a la Capital no había sido divertida. Quién sabe cuándo volveríamos a los juegos de mesa, a hacer bolsos artesanales o a pintar cuadros en óleo. Ese año no iríamos a Rock al Parque, ni cocinaríamos juntas. Estaban también nuestras amigas y amigos más cercanos, esa familia extensa con quienes había reído, llorado, soñado, y confabulado espacios autónomos y solidarios. Unas y otros habían dejado sus actividades, hecho largos viajes, suspendido sus compromisos, para darnos un abrazo de despedida.

Los hilos que me unían a mi familia y a mis amigos, tiraban de mí con insistencia, como queriendo devolverme a casa. Recordar nuestra despedida con la promesa de “volver apenas todo se aclare” se antepone a la angustia que me consumía por dentro. Con la mirada puesta al vacío, reconocí la certidumbre de nuestra partida, aquella verdad me golpeó de lleno. Las lágrimas corrieron silenciosas por mi mejilla. Volver a aquel momento de la despedida había aumentado el dolor que me producía dejar a mi familia y a mis amigos más queridos. Me esforzaba por pensar en otras cosas, pero la voluntad no me daba para distanciarme de lo que estaba pasando con nuestras vidas por esos días. Desde aquel día de mayo, me abstraía con frecuencia de la realidad. Me sumergía en mis pensamientos por largo tiempo y volvía a recordar lo vivido, a repensar las situaciones, a buscar lugares de escape, para al final sobresaltarme con la idea de que esos hombres nos habían puesto al borde de un abismo, dejándonos ver la fragilidad de la vida.

Volví a mis pensamientos. Recordé aquella mañana de lunes. Mi compañero había salido junto con nuestra hija mayor a comprar el pan para el desayuno. Yo seguía en la cama, amamantando a nuestra bebé. Sonó el timbre y pensé: “¿quién puede ser tan temprano? Tal vez, olvidó las llaves”. Bajé las escaleras para abrir. Por prevención, atendí a la puerta abriendo sólo la pequeña ventanilla que me dejaba ver hacia afuera. “Tenemos un paquete para usted” dijo un hombre mientras me señalaba una caja, a la vez que decía el nombre completo de mi compañero. “¿Tan temprano?”, dije. “Sí. No pudimos traerlo ayer”, me respondió. En efecto, esperábamos por esos días un paquete, así es que abrí la puerta. De la caja que llevaba aquel hombre, asomó una pistola con la que me apuntaba directo al pecho. Sin pensarlo, intenté evitar que avanzara a la entrada de la puerta. En respuesta, aquel hombre me empujó hacia dentro, me apuntó con la pistola en la cabeza y me acorraló en la esquina, entre las chaquetas que colgaban de un guarda ropas. Grité, “¡quién es usted!”. Mientras lo hice, entraron dos hombres más que de inmediato cerraron la puerta. Con la pistola aun apuntándome a la cabeza, el primer hombre me amenazó y dijo: “callada, no grite y busque a su bebé. Vamos a esperar a que su marido vuelva de la panadería. Usted lo va a calmar, para que todo salga bien”.

Así inició aquel día de mayo, el día más horrible de mi existencia. Unos minutos después, al entrar mi compañero, aquellos hombres le apuntaron y lo amenazaron. Fueron fracciones de tiempo en los que el terror y la confusión se apoderaron de nosotros. ¿Qué quieren? ¿quiénes son? ¿qué nos van hacer? eran algunas de las preguntas que me pasaban por la cabeza. Ese día lleno de terror se prolongó por muchas horas. Después de la zozobra vivida, la primera acción que emprendimos fue informar de la situación a la Embajada de Alemania. La respuesta fue contundente. Se sugería no regresar a nuestra casa y dejar lo más pronto posible el país mientras se aclaraban los hechos. Fue así como terminamos en un vuelo al vacío, sujetos a una sugerencia que yo arropaba como una promesa. Volveríamos cuando se aclararan los hechos.

Mi bebé se empezó a despertar. La abracé queriendo ocultarle mis pensamientos. Respiré profundo hasta sentir una molestia en la herida

de la cesárea que cicatrizaba lentamente. Me esforcé por ganar un poco de calma. Revisé el espacio con mi mirada. Comprobé que seguíamos ahí, los cuatro, juntos en el avión. Volví a los recuerdos. A nuestra casa y a la habitación que recientemente habíamos organizado para nuestras hijas. Era de no creer, no regresaríamos a ella. Todas nuestras vidas habían sido removidas de un solo tajo. Cada pensamiento hacia el pasado me dolía y pensar en nuestro futuro era difícil, incierto, difuso. Volví a revisar el espacio y a comprobar que seguíamos ahí. Saber que estábamos juntos, volando lejos, a salvo, me produjo un alivio que aligeró la angustia que me acompañaba desde aquel día de mayo. Nosotros cuatro, sentados en las sillas de aquel avión, con la cunita que nos organizaron las azafatas, formábamos nuestro hogar.

La llegada

MariaE.

Después de más de cinco días interminables de viaje, que empezaron en la terminal de Cali, pasando por Bogotá, Caracas, Londres, llegamos finalmente a Estocolmo. Me veo sentada en un pequeño cuarto que tenía una ventana en la cual se reflejaban nuestros rostros. Fue a través de esa misma ventana que vi por primera vez el paisaje de estas tierras, alumbrado con las luces mortecinas del aeropuerto y envuelto en una neblina espesa que lo hacían aún más difuso. El frío era abrumador y el silencio intenso.

Pasado un tiempo, fuimos llamados para iniciar los trámites del asilo. Así, por primera vez, al salir del hermético cuarto, escuché un idioma totalmente desconocido, las palabras sonaban fuertes y no tenían ni el más mínimo parecido con las nuestras. Esto era otro mundo y aunque la mujer que me tomó las huellas digitales y me fotografió sonreía con amabilidad, me sentía totalmente indefensa. La vulnerabilidad de ese momento, es difícil de describir, sobre todo por la dificultad que representa el no poder comunicarse. El silencio obligado me hizo perderme en un mar de inseguridades que a veces llegaban al límite de lo absurdo. El poco inglés que sabía, lo olvidé y al final enmudecí por completo, porque no salía ni una sola palabra de mi boca. Como a eso de las tres de la mañana y sin saber si era de noche o de día y con un frío que cortaba la respiración, salimos del edificio y fuimos conducidos rumbo a nuestra nueva vida. Es el mes de enero del año 97, un año en el que las temperaturas oscilaron entre los -20 y -25 grados. Todo era nuevo, para mí lo más extraño era la sensación de estar siendo observada, controlada

en todo, era libre, pero me sentía como presa, sin libertad. La nieve, las bajas temperaturas, la ropa poco adecuada y el no poder comunicarme fluidamente hacía más evidente la sensación de no tener libertad, y es que además, en ese paisaje helado, las palabras no alcanzaban a salir de mi boca para quedarse suspendidas en el aire.

Desde la misma acogida en el aeropuerto por parte de los funcionarios de migración, fui entendiendo que mi estadía en estas tierras iba a ser para largo y que había que empezar a hacerse a la idea. Los primeros meses estuvieron marcados por nuestra llegada al campamento de refugiados, un tiempo cargado de situaciones nuevas, impactantes, combinadas con la nostalgia y el dolor por haber salido del país, dejando a la familia, a los amigos a la vida construida. Del campamento recuerdo muchos rostros de hombres y mujeres con sus niños, huyendo de las guerras. Eran personas de todas partes del mundo, algunos con sus vestimentas típicas y todos con rostros repletos de cicatrices por tanto dolor. Muchos eran de la antigua Yugoslavia, otros de Irak, Irán o de países africanos como Somalia. Había rostros muy duros, que nos observaban con cierta desconfianza. Había también muchos niños, algunos se veían enfermos y muchos hombres tenían secuelas claras de la guerra. Recuerdo que en los desayunos, los niños y los ancianos se llenaban los bolsillos de panes y si uno no se apresuraba, ellos se lo llevaban todo.

Había muchos días que no queríamos ir al comedor, era estresante, la comida era muy diferente a la nuestra, mucha papa y pasta, y el bullicio de tantos idiomas me sumergía en un estado de agotamiento. Los olores también me eran desconocidos, muchos me resultaban desagradables, muy fuertes, inclusive los de las comidas, y es que no estaba acostumbrada a tanta variedad de especies, a pesar de que Colombia es un país muy rico en alimentos, somos muy suaves en nuestros olores.

La primera persona con la que nos identificamos fue con un cocinero que resultó ser chileno, él había llegado refugiado cuando el golpe de estado en 1973. Él nos ayudó un poco y nos explicó las rutinas. Entre esas el desayuno, compuesto siempre de unos panes que me recordaban los panes que daba bienestar familiar a los niños en las

escuelas de Colombia. En esos desayunos me acostumbré al yogurt con cereal. Lo que en un principio no me gustaba mucho, terminó por ser mi desayuno favorito.

Los meses fueron pasando y poco a poco fuimos descubriendo la ciudad; me gasté lo que traía en llamadas por un teléfono con tarjeta, para después descubrir que unos cubanos tenían un servicio de llamadas internacionales, con unos teléfonos gigantes y uno podía hablar mucho más tiempo y pagar menos.

Siempre que pienso en mi llegada a Estocolmo, es como si me sumergiera en un sueño profundo, del que aún no he despertado. Muchas veces cuando recorro sus calles me pregunto cómo vine a parar a este lugar tan lejano, tan ajeno al mío. Allá se quedó una parte de mí, la que no viajó, la que me sigue llamando y espera a que algún día regrese, así que mejor miro los árboles, el paisaje, la nieve, las flores y doy gracias a Dios por la vida.

El hombre que me dejó fría

Linda Rakel Rengifo Cuero

Al ver a ese hombre de dos metros de estatura, vestido de negro, entré en pánico. El alma se me salió del cuerpo, me vi pequeñita, completamente indefensa, sentí que me iba a desmayar, mi cabeza quedó en shock, creí que me había llegado la muerte.

Empezó a hacerme muchas preguntas a punta de señas, hablaba noruego e inglés y yo no entendía nada, y menos con ese miedo que tenía. Luego sacó su celular y siguió con las preguntas, que por qué estaba pidiendo ayuda y cómo había llegado a Noruega, que cuántos días de viaje llevaba, que si tenía hambre, que si ya había comido, que si a quien llevaba en brazos, era mi hija.

Infinidad de preguntas que yo intentaba responder, también hablando con el traductor del celular. Nos llevó a un cuarto en el que había una colchoneta; tenía un aspecto aterrador, pensé que de allí no saldría. Me hizo entregarle mi celular, nuestros pasaportes y toda la ropa. Empecé a temblar y me despedí de la vida.

Era un policía y estaba siendo amable, incluso sonreía, pero yo solo lo veía como la autoridad, esa misma que en mi país me dejó quebrada por dentro al no creermelo cuando puse la denuncia de violación, es más, esa que parecía disfrutar mi historia. Cada detalle del momento exacto en el que se me quemó el alma y quedé vacía aparecieron ante mis ojos, vi mi cuerpo ultrajado, sentí de nuevo el aliento amargo, oí los golpeteos de las puertas, incluso el sonido de la lluvia al caer sobre el tejado. Todo, todo volvió a aparecer ante mí. No solo no me habían creído, no les había bastado que mi cuerpo hubiera quedado destruido, sino que

siguieron pisoteándome, preguntando detalles, obligándome a ir al lugar de los hechos, haciendo comentarios entre ellos. Mi violación había sido utilizada por las autoridades de mi país para su disfrute y me habían manipulado para sentir placer con mi tragedia.

Este hombre era amable, pero era la autoridad, yo estaba con pánico, agarrada a mi hija y esperando lo peor. Me eché a llorar y no me podía calmar. Entonces él dijo: “tranquila, aquí ya están seguras”. Sus palabras ayudaron a que poco a poco me calmara.

Camino al destierro

Yamileth Cuero Calzada

Hoy es 23 de noviembre de 2020, es invierno en Noruega, el mundo tiembla ante una pandemia, en América del Sur la gente muere en las calles víctimas del *covid* y de los malos servicios de salud. Mis dos hijas, están en Colombia, mi esposo, mis dos hijos y yo estamos en Noruega pidiendo asilo. Hace un año, cuando apenas empezaba la pandemia, tuvimos que huir de Colombia para salvar nuestras vidas; ha sido un tiempo largo de un penoso esperar y esperar, de noches de insomnio pensando en qué haremos si nos niegan el asilo, a dónde iremos si hemos sido desterrados de nuestra propia patria; ha sido un tiempo de sentir que la comida se nos atora por la angustia de la incertidumbre.

En este instante, mi esposo y yo vamos tomados de la mano por estas calles cubiertas de nieve, no hemos comido ni dormido desde ayer cuando recibimos la citación para presentarnos al centro de acogida de Steinkjer. ¡Por Dios! ¿quién piensa en comer, quién piensa en dormir en una situación como esta? En los días anteriores no hemos visto más que lágrimas y caras tristes de las muchas familias a las que les han negado el asilo, ellos han sido nuestros amigos de refugio, prácticamente nuestra nueva familia, con la que hemos compartido el dolor y la desesperanza de sentirse a la deriva, en este mundo apestado de violencia. Ahora, mientras caminamos, me siento como si fuese el coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento, porque mi mente, como mecanismo de defensa para no pensar en la respuesta que puede darnos o quitarnos la alegría, no hace más que recordar cómo empezó esta odisea.

Cansados de los muchos meses de zozobra ante las agresiones y amenazas de las Águilas Negras, vendimos lo que pudimos y, sabiendo

que el dinero que teníamos no nos alcanzaba para que todos pudiéramos escapar, tomamos la decisión de huir con nuestros dos hijos menores y confiar a Dios la vida de nuestras hijas mayores.

Huir al exilio

Recuerdo que el día anterior a nuestro viaje, era un día lunes, más exactamente el 27 de enero de 2020. En los últimos meses de mi estadía en Colombia no había hecho más que llorar, sí, lloraba, primero porque me sentía impotente ante las amenazas de muerte, y luego ese día mientras preparaba las maletas para el viaje, lloraba porque mi familia no solo se estaba fracturando, sino que los que partíamos, nos íbamos a un mundo desconocido, donde en un principio ni siquiera podríamos interactuar con los lugareños, porque no conocíamos el idioma. Quisiera volver a ser la misma mujer de antes, recuerdo que los domingos salíamos en familia a dar un paseo por el centro de la ciudad y comprábamos muchas cosas para nuestros hijos, ¡Ah, qué épocas aquellas! Luego, todos cargados de paquetes, nos íbamos a pie hasta la casa y al llegar, aunque cansados, todos empezábamos a desfilarse por la casa con nuestra ropa nueva, confirmando que habíamos hecho buenas compras, que todo nos quedaba bien y lo habíamos comprado a muy buen precio. Entonces se me hinchaba el pecho de contento, mi esposo y yo sentíamos que éramos unos excelentes padres y para nosotros la recompensa más grande era ver a nuestros hijos desfilarse felices con sus cosas nuevas.

Desde que empezaron las amenazas, yo permanecía con la boca reseca y amarga, imagino que por la deshidratación. La angustia me mantenía tensa y constantemente tenía que respirar grandes bocanadas de aire, porque sentía que me ahogaba; creí que moriría, mi corazón latía desesperadamente, y mis piernas se resistían a mantenerse en pie.

Conforme se acercaba la hora del viaje, mi confusión era mayor; en el afán de arreglar las maletas, terminé vaciando en mi alcoba el contenido de los armarios, como si lo que yo quisiera no fuera empacar sino crear el caos. Sí, lo que yo quería era olvidar que los tiquetes ya estaban comprados para el día siguiente, de modo que me sentí a ver el mundo de cosas que había comprado en las promociones de principio

de año, para regalarle a mis amigas en el mes de diciembre, o cuando tuviera que hacer algún regalo.

En ese revoltijo de cosas había ropa de marca con sus respectivas etiquetas, collares pulseras y aretes, todo era de fantasía fina, también había bolsos de cuero y perfumes costosos. Tomaba en mis manos cada cosa, las acariciaba mientras lloraba y recordaba el momento exacto en el que las había comprado, me daba tristeza saber que todo quedaba ahí tirado, junto con todo lo que había sido mi vida en Bogotá. A mi lado estaban mis hijas con los ojos rojos de llorar y diciéndome que no lloráramos, que algún día volveríamos a estar juntos, que confiáramos en Dios.

Separarme de mis hijas era algo para lo que no estaba preparada, yo las veía aún tan niñas, tan frágiles, tan mimadas por nosotros, y lo peor de todo, era que se quedaban sin un peso en el bolsillo, eso me tenía en shock, pero nada que hacer, la decisión ya estaba tomada, no había dinero para llevarlas con nosotros, ellas tendrían que quedarse a esperar la suerte que corriéramos nosotros en Noruega, nuestras hijas tendrían que aprender a sobrevivir por ellas mismas. A mi esposo y a mí sólo nos quedaba orar, sí, pedirle mucho a Dios para que no fueran a caer en manos de hombres inescrupulosos que quisieran aprovecharse de ellas al verlas vulnerables como estaban quedando. Temía que las embarazaran y las dejaran abandonadas, también me preocupaban que las Águilas Negras que habían declarado objetivo militar a mi familia, las encontraran y sabría Dios qué podrían hacer con ellas.

Finalmente llegó el 28 de enero, el día de nuestro viaje. La noche anterior habíamos dormido en nuestras camas abarrotadas de cosas. Recuerdo que dormí sobre una vajilla nueva y rompí un par de platos mientras dormía. Mis hijos no podían creer que yo, la que siempre trataba de mantener la casa organizada, fuera la misma que en ese momento tenía vuelto todo patas arriba.

—Mami contrólese —me decían. Pero yo en medio de un llanto incontrolable les decía que ya no quería irme, y era tanto mi desgarró que la casa se había llenado de un ambiente sombrío. La cabeza parecía que se me iba a explotar del dolor y de la tensión que me embargaba.



Alguien timbró en la puerta de la casa y mis hijos dijeron que era Mariela, una gran amiga mía, pedí que le dijeran que no estaba y que llegaba tarde en la noche. Solo las personas más allegadas sabían de nuestro viaje, y aunque Mariela era muy amiga mía, no podía contarle la verdad. Ella fue una de las personas que me convenció de participar en la Mesa de Víctimas, y sí, fue muy bueno estar ahí y luchar por nuestros derechos, pero cuán arrepentida estaba ahora de haberme hecho visible. Yo sabía que mi amiga estaba contenta con nuestros logros en la Mesa, pero ella siempre había sido de bajo perfil, en cambio yo andaba metida en todas las actividades, por eso era a mí a la que le tocaba salir por la puerta de atrás. Veía a mi familia vuelta pedacitos, los veía llorar y me arrepentí de haber sido tan activa, me culpé de estar arrastrándolos al exilio y de estar llevándolos a compartir mi suerte, en un país donde seguramente seríamos discriminados por tener una cultura diferente, esas eran las cosas que pasaban por mi cabeza en aquellos momentos de ansiedad.

Eran las cuatro de la tarde, nuestro viaje era a las diez y media de la noche, y recomendaban estar en el aeropuerto tres horas antes. Estábamos a pocas horas de tener que salir. Ahí fue cuando yo les dije a todos que dejáramos de jugar, que se acababa la farsa, que ya no viajáramos, que no era capaz de dejar a mis familiares y amigos, que prefería morir antes que abandonar lo que había sido mi vida, que me iba a quedar a enfrentarme con los criminales que me buscaban para matarme. Me llené de valor y me sentí capaz de todo, con tal de no marcharme. Mi esposo sabía que no podíamos quedarnos, por eso trataba de tranquilizarme, a la vez que metía desordenadamente cosas a las maletas. Tarde nos daríamos cuenta, que en medio del nerviosismo y en el afán por llenar unas maletas cuyo contenido no queríamos ver, terminamos llevándonos un montón de ropa vieja, y que la que habíamos comprado para el viaje, la dejamos tirada en la casa como parte del desorden que quedó en las habitaciones.

A las seis de la tarde mis hijos empezaron a poner nuestro equipaje en la sala; yo, destrozada como estaba por dentro, no fui capaz de ayudar a nada, solo me quedé sentada en la cama, mirando con el corazón encogido de dolor el rostro de mis hijas que llenas de amargura y de

desolación intentaban regalarme una sonrisa, pero lo que yo veía en sus caras no era más que la mueca de un llanto contenido que maquillaban para mí, sí, para que me fuera tranquila, para que no me preocupara por ellas, pero yo sabía que con ese viaje las estaba dejando a la deriva y sin posibilidades de seguir estudiando.

Mi corazón estaba a punto del colapso, el ver los rostros de mis hijas llenos de desolación, y sentirlas derrumbadas por dentro, al ver que la violencia nos estaba separando, y les estaba robando de paso sus proyectos de vida, me quebrantó por completo y, como una niña, empecé a llorar mientras veía que iban bajando las maletas, ya era la hora de irnos al aeropuerto. A las 6:30 de la tarde salimos de la casa con mucha prudencia, teníamos el temor de haber sido rastreados por la inteligencia paramilitar, aunque a la vez yo tenía ganas de encontrármelos y que de una vez por todas me dejaran muerta en mi tierra para no tener que salir huyendo, como si la delincuente fuera yo. Fue un momento de mucha tensión, ni nosotros ni nuestros familiares sabíamos si algún día nos volveríamos a ver, y tampoco sabíamos cómo nos iba a ir, si nos aceptarían o si un día terminaríamos haciendo parte de los cinturones de miseria de alguna ciudad europea.

Huir al exilio es un poco morir, morir a lo que uno ha sido; es perder nuestra propia dignidad, siempre serás visto como un inmigrante y te sentirás ajeno, porque en ese adaptarse a una nueva cultura habrás perdido parte de tu identidad, sí, porque para poder salir adelante tendrás que camuflarte como si fueras un camaleón en el nuevo paisaje que te acoge.

La despedida estuvo cargada de zozobra, nuestras alertas estaban disparadas, toda persona que veíamos pasar por nuestro lado era sospechosa de querer atentar contra nosotros. El ambiente a nuestro alrededor era desolador, lleno de lágrimas y caras tristes, parecía más un sepelio que la despedida para un viaje. Cuando miraba a mis hijas, a mi suegra, a mis cuñados y a mis demás familiares con esa cara de desconsuelo, sentía que me desgarraban en carne viva por dentro. No sólo era yo la que me sentía desfallecer, los que se quedaban también gimoteaban sin pudor delante del resto de viajeros. A mi suegra, una

anciana de ochenta años, que siempre ha sido fuerte como un roble, tuvimos que buscarle una silla de ruedas, era tanto su dolor y desaliento por nuestra partida que no podía mantenerse en pie.

Por fin, en medio de una dolorosa escena, tuvimos que dejar a nuestros familiares y entrar a Migración, desde allí, alcanzamos a ver cuando la madre de mi esposo se desvaneció en la silla de ruedas. La gente del control aduanero nos sacó de la fila para someternos a un interrogatorio. Por un momento llegué a pensar que habíamos caído en una redada paramilitar gestada por el mismo gobierno que, en el afán de evitar que denunciáramos la muerte de líderes sociales y muchas otras cosas más ante la comunidad internacional, nos estaban reteniendo para luego hacernos pasar por falsos positivos. La tensión aumentaba a medida que nos preguntaban por los pormenores del viaje. Verificaron de manera estricta cada uno de nuestros documentos y después de más de cuarenta minutos, nos dejaron ir. Tanta fue la demora, que fuimos los últimos en abordar al avión.

El tiempo en pájaros de hierro

Era la primera vez que me subía a un avión, de modo que entré en pánico de solo pensar que me tenía que subir a un pájaro de hierro de cientos de toneladas de peso, creí que ese sería el último día de mi vida, que nuestros cuerpos quedarían perdidos en cualquier paraje solitario del mundo en donde se estrellara o se fuera a pique el aparato ese.

Sin darme cuenta a qué horas, mi cuerpo comenzó a sudar copiosamente y mi ropa se empapó de sudor, mi corazón se aceleró, la vista se me nubló, comencé a temblar sin control y no lograba coordinar mis pensamientos, no veía más allá de mi propio miedo. Sin embargo, desde el cielo Dios me daba las fuerzas para seguir avanzando hacia el avión y poner a salvo a mi familia.

Mi susto fue mayor cuando entré a la aeronave y calculé que viajaban con nosotros más de trescientos pasajeros, pensé que con tanta gente montada en ese aparato, íbamos derecho a una muerte igual o peor a la que me habían decretado los paramilitares de mi país, porque era demasiado peso para que ese aparato pudiera sostenerse en el aire.

Con todo el miedo del mundo anidado en mis entrañas, seguimos caminando dentro del avión en busca de nuestros puestos, luego como si fuéramos unos cascarones de seres humanos, nuestros cuerpos ocuparon sus respectivas sillas, mientras nuestra mente y nuestra esencia cargada de sentimientos, se estaba quedando en Colombia al lado de mis dos hijas y el resto de mis familiares, junto con los recuerdos y el calor humano de cada uno de nuestros compatriotas con los que habíamos compartido la vida hasta ese momento.

Ahora, sentada al lado de mi esposo y mis dos hijos menores, sentí que la ausencia de mis dos hijas me dolía en lo más profundo de mi ser, me llené de ansiedad y en mi vientre las tripas empezaron a retorcerse en medio de unos espasmos dolorosos, acompañados de una diarrea que me obligó a ir varias veces al baño. Me sentía tan mal física y espiritualmente, que cuando las azafatas dieron las precauciones que se debían tener en el vuelo, yo apenas las oía, pero no comprendía lo que decían.

Cuando el avión despegó y tuve que enfrentarme a la realidad de que el resto de mi familia se iba quedando en Colombia, como si fuera una parturienta, me agarré del pasamanos del asiento, y ahí, yo hecha girones por dentro, cual tela vieja, empecé a hamaquearme como si un viento invisible me meciera. Hasta el día de hoy no he conocido un dolor más grande que ese de sentir que sin piedad alguna, la vida me arrancaba de mi tierra y de mi gente. No sólo era yo la que sentía que como una vela al fuego me derretía, sino que mi esposo y mis hijos estaban sintiendo lo mismo, de modo que nos abrazamos y lloramos juntos por ese dolor que nos estaba aniquilando.

Cansada del trajín del viaje y de las muchas angustias, me dormí profundamente y desperté horas después con la ropa emparamada en sudor. Mi esposo y mis dos hijos, como si hubiera estado muerta y estuviese resucitando, con una gran alegría me dijeron que estábamos volando en busca de nuestro destino, que no me preocupara, que Dios estaba con nosotros, luego me acogieron en un fuerte y caluroso abrazo que me hizo olvidar las penas y no volví a llorar.

En el resto del viaje estuve tranquila, aunque no dejaba de pensar en qué momento se caería ese pájaro de hierro, y se irían al traste

nuestras vidas, pero ya esos pensamientos no me asustaban, sino que me hacían sentir una mujer valiente, por haberme atrevido a retar a la muerte cruzando la tierra de un lado a otro en un aparato de esos; de todas formas, sentía una fuerte opresión y dolor en el pecho por las tantas emociones que había tenido que soportar. Esa fue la noche de las mil horas, así la he bautizado porque se me hizo eterna.

El vuelo IB6588 de la empresa española Iberia salía de Bogotá a las 23:10 pm. Nos dijeron que demoraría un promedio de diez horas, o sea que, si Dios lo permitía, deberíamos estar aterrizando a las 9:10 del día siguiente. Cuando llegamos a Madrid hacía una mañana soleada y llena de brillo; en el aeropuerto se escuchaban los gritos y la algarabía de la gente dándole la bienvenida a sus familiares y amigos. Nosotros mirábamos con cierta nostalgia cómo se abrazaban y se acariciaban, a la vez que con sus palabras expresaban el amor que se tenían, lo mismo que lo mucho que se habían extrañado en el tiempo de la ausencia. En cambio, a nosotros cuando llegáramos a nuestro destino, nadie nos recibiría, seríamos unos viajeros huérfanos de abrazos y caricias, eso nos llenaba de tristeza. Como si fuéramos muchachos pedigüños, veíamos pasar con la boca abierta por nuestras narices todo el afecto y el amor que se nos iba quedando atrás.

De repente en Madrid la mañana se me hizo rara, porque tenía tintes de ser tarde, la posición del sol y la sombra que proyectaba cada objeto me llenaba de intriga, poco a poco mi curiosidad fue creciendo, pero ahí no pude saber lo que estaba pasando con el tiempo, porque de un momento a otro mi esposo y mis hijos empezaron a correr desesperados y me invitaron a que los siguiera. Pasaba que el vuelo que nos llevaría a Barcelona estaba a punto de salir y nosotros que no teníamos experiencia en viajes nacionales en nuestro país, ahora estábamos enfrentados a un viaje internacional.

En medio de ese correr de ciegos, no tuvimos más que hacer, sino preguntarle a la gente del aeropuerto, que poco a poco nos fueron guiando, hasta que nos pusieron frente a la puerta de abordaje de nuestro vuelo, que había sido cambiada media hora antes del viaje, y que nos quedaba bastante distante de la anterior.

La carrera contra el tiempo fue brutal, y el estrés junto con el temor de haber perdido el vuelo, nos hicieron temblar. Finalmente, y muy cansados de correr, logramos vencer la distancia. Al llegar a la fila, solo quedaban dos pasajeros por ingresar para que cerraran la puerta de acceso.

Mientras ingresábamos al avión, a mi hijo menor se le ocurrió preguntar por la hora y la otra persona le contestó que eran las 5:15 de la tarde. Nos quedamos asombrados, porque todos habíamos estado viviendo en la mañana y realmente ya eran las últimas horas de la tarde. Hasta ahora no he podido entender cómo el tiempo se puede dilatar así, la única explicación que cabe en mi cabeza es que Dios es perfecto.

El encuentro con la nada y más allá, nos obligaba a seguir caminando en la dirección del itinerario trazado. Después de un agitado viaje Bogotá-Madrid y de una sufrida espera en el aeropuerto Suárez Barajas, iniciábamos un nuevo vuelo hacia Barcelona, ese era nuestro próximo destino. Esta vez al subir al avión mi tensión se aumentó. Los asientos asignados a la familia quedaban en diferentes lugares del avión. Hablamos con la azafata que estaba a la entrada y le comentamos que era la primera vez que viajábamos, que por favor nos pusieran en unos puestos contiguos, que no soportábamos separarnos, así fuera dentro del mismo avión. Ella nos miró un poco asombrada y acompañado de una sonrisa nos dijo que no se podía hacer nada, que cada asiento ya tenía un destinatario, no valieron súplicas con lágrimas en los ojos para que nos concediera viajar juntos, la respuesta y la sonrisa fue siempre la misma. Cada miembro de mi familia fue ayudado a ubicar su asiento en el avión y desde nuestros lugares nos volteábamos para mirarnos con los rostros llenos de tristeza. Ahora cada uno experimentaba el desarraigo desde su propia soledad, yo, muy asustada moría de angustia, mientras temblaba en el asiento que me había tocado en suerte.

Una transición eterna

El viaje Madrid-Barcelona tardó dos horas, nuestro próximo vuelo sería a Oslo y tendríamos que esperar 21 horas para poder viajar. El tiempo se nos hacía eterno y nuestra desesperanza, al igual que nuestro cansancio,

crecían. La noche no se hizo esperar y nos tocó hacinarnos en un rincón del aeropuerto. Ahí sobre en ese piso helado y cobijándonos con nuestros propios cuerpos, pasamos la noche.

No habíamos comido nada desde que salimos de Colombia y el hambre rugía en nuestras tripas mientras nos arrullaba con sus rugidos, a la vez que el ácido clorhídrico de nuestros estómagos nos carcomía por dentro. No podíamos gastar dinero para comprar comida, lo poco que llevábamos, según mi esposo, era la base para seguir juntando y en cuanto pudiéramos, comprar el pasaje de nuestras hijas. En eso él era muy estricto, decía con insistencia que él no renunciaba al sueño de, en un futuro cercano, volver a tener a su familia unida, y bajo ese argumento no permitía que tocáramos ni un solo centavo de lo que teníamos disponible en el viaje, así, eso significara morirnos de inanición. Hambrientos como estábamos, no tuvimos otra opción más que tomar agua en los baños públicos para refrescar el fuego que nos estaba quemando las entrañas.

A eso de las dos de la mañana mis hijos empezaron a sentir el rigor del hambre en sus vientres y con los ojos brillantes y encharcados de lágrimas me miraron con un poco de vergüenza y me dijeron: “Mami, tenemos mucha hambre”, esas palabras me taladraron por dentro, sin saber qué hacer, fui y le comenté a mi esposo lo que nuestros hijos me habían dicho, pero él, que es más terco que una mula en bajada, insistió en que no debíamos gastar en nada el dinero que nos iba a servir para volver a estar junto a nuestras hijas.

“Bien pendeja que soy, me dije, ¿acaso no soy yo la que traigo el dinero en mis bolsillos?”. De modo que sin pensarlo tanto, aproveché un momento en el que él fue a tomar agua al baño y me encaminé al primer lugar de comidas rápidas que vi. Compré una bolsa grande llena de variedad de productos que vendían en ese sitio, recuerdo que me gasté 150 euros. De regreso mi esposo me reprochó con la mirada y me recriminó por haber atentado contra el sueño de todos de volver a estar juntos otra vez; a mí, que estaba hambrienta igual que mis hijos y sabía que él también lo estaba, no se me ocurrió otra cosa que arrojarme en sus brazos y besarlo, mientras le decía: “Mijo, faltan muchas horas para nuestro vuelo y estamos tan débiles que casi no podemos caminar”. Y dicho

esto, le metí a la boca un pedazo de pastel de pollo que inmediatamente lo desarmó y comenzó a comer del contenido de la bolsa. Esa noche fuimos felices, la comida nos calmó el hambre y la digestión nos puso a dormir y a soñar con un destino maravilloso.

Al día siguiente en el aeropuerto de Barcelona, empezamos a mirar a cientos de orientales usando tapabocas, cosa que se nos hizo rara, hasta que preguntamos el porqué. Entonces nos enteramos de que en el Oriente Lejano estaba dando una fuerte gripe llamada *covid-19*, y que estaba matando a la gente; por esta razón las autoridades de los países asiáticos habían ordenado a sus connacionales el uso obligatorio del tapabocas. A partir de ese momento el *covid-19* empezaba a ser parte de la vida de todo el mundo, y en cualquier lugar donde uno estuviera, el tema más importante de conversación era ese. También a nosotros nos tocaría, pero eso lo contaré más adelante.

La llegada al mundo del hielo¹

Llegando a Oslo, descubrí que el mundo de Frozen es real, que es un paraíso frío, congelado y con mucha nieve. Me sentí estar viviendo un sueño, pero no, no era un sueño, era una pesadilla, una de desesperanza, de seres sin identidad que huyen en busca de un mundo desconocido. Era nuestra nueva realidad, escalofriante. Esos gigantes de casi dos metros con apariencia tímida y poco amigable, hablando un idioma desconocido, me parecieron indiferentes e insolidarios. No es fácil de describirlo con palabras. Me invadió la incertidumbre, creí que nada tenía sentido y que había tomado la decisión equivocada. Pero mi fe y mi falta de opciones, me llevó a seguir el camino.

Eran las 9 de la noche, estábamos solos en el aeropuerto, con una reserva para tres días en un apartamento ubicado a kilómetros de allí. Tomamos un taxi hacia una urbe desconocida. La dirección estaba errada en una letra, lo que le hizo perder la paciencia al conductor y terminó echándonos de su auto, después de obligarnos a pagarle 2000 coronas, casi 900.000 pesos colombianos. Tardamos más de dos horas

1. El contenido de este apartado fue publicado con anterioridad en *Te agradezco. Cartas de sororidad* (2021), una publicación del Grupo Internodal de Género.

deambulando, estábamos perdidos en el centro de Oslo, con nuestras maletas al hombro, la esperanza extraviada y la posibilidad de tener que dormir en las calles a menos de 15°C bajo cero. La desesperación de caminar y caminar y no llegar, y el poder de Dios, prendió la imaginación de mi hijo menor, a quien se le ocurrió ponerle zoom a una foto que teníamos del apartamento y así descubrimos la dirección correcta.

El apartamento al que llegamos era pequeño, helado y con una sola cama para los cuatro; un sofá nos tocó improvisarlo para dormir. Nuestro estómago silbaba, como decimos en Colombia, “la solitaria estaba suelta” y amenazaba con devorarnos las entrañas. Salimos con rumbo desconocido en busca de un pedazo de pan. Preguntando, llegamos a varias tiendas y nos aprovisionamos con lo más barato posible, eran los precios más caros que había visto en mi vida. Ya de regreso a la pensión, volvimos a perdernos y tras mucho deambular, llegamos. Esa noche fue larga, nuestros cuerpos estaban tan cansados que el sueño sobrepasó las preocupaciones y un concierto de ronquidos se inició en el pequeño apartamento. La noche duró hasta las 11 de la mañana del otro día.

Corría el 31 de enero del 2020, un día tan frío que dolían los huesos. Nos apresuramos a salir en busca de una entidad que habíamos leído podía acompañarnos en este proceso. Por señas y gesticulaciones le preguntábamos a toda persona con quien nos cruzábamos por nuestro camino. Al fin, a las 3 de la tarde llegamos al lugar que estaba a casi 600 metros de donde nos hospedábamos. Allí nos dijeron que lo sentían, que lo único que ellos ofrecían era un curso de noruego y que ese fin de semana no había quien nos atendiera. Nuestra desesperanza aumentaba, caminamos las mismas calles del centro de Oslo innumerables veces. Después de tanto preguntar y deambular, vimos de pronto un letrero que decía Rode Kors, con una crucecita roja, habíamos llegado a un sitio donde creíamos nos ayudarían.

Allí, una mujer radiante de pelo blanco, adornada por la nieve de los años, con una amabilidad extraordinaria y un corazón tan grande que se le salía del pecho, con una vocación de servicio infinita que nos dejó ver desde el mismo momento en el que nos saludó. Nuestros ojos seguro que irradiaban desconcierto y ella parecía un ángel; nos brindó café, el

café más rico que han podido sentir mis papilas. Entre señas logramos exponerle nuestra situación. En ese momento ocurre algo que da cauce a nuestra historia: nos dijo clarito que la única manera de ayudarnos era entregarnos a la policía. Mi impresión de ella cambió de inmediato, esa propuesta era lo último que queríamos escuchar, veníamos llenos de desconfianza con la Policía. Mis piernas temblaron, mi corazón se encogió del miedo y mi cuerpo se aterrorizó tanto que en vez de salir corriendo y buscar nuestra huida, como lo deseaba, entré en shock. Después de unos minutos, tímidamente empecé a hacerle preguntas a mi familia sobre cómo salir de esta situación.

Pasó poco tiempo y llegó la Policía, en ese momento perdí contacto con esa mujer que pasó de ser un ángel al demonio, aunque ahora sé que fue lo mejor que nos pudo pasar. Un hombre de casi dos metros, acompañado de otros con semblantes igual de aterradores, decían cosas que no entendíamos y nos hicieron subir a una patrulla. En el trayecto nos encomendamos a Dios, de todas las maneras posibles, nuestros rostros debían ser los de alguien que pierde la lucha y baja los brazos a merced de su victimario.

Al llegar a las instalaciones de la Policía mi esposo fue llevado aparte a un interrogatorio por más de una hora. Él nada que salía y yo empezaba a pensar lo peor, hasta me imaginaba que le estaban sacando fotos y que no lo volvería ver. No sabía si llorar, gritar, pedir ayuda o salir a la fuerza con toda mi familia en busca de nuestra libertad. Un policía trataba de tranquilizarme, grababa mensajes en su celular y me los traducía. Me decía que ese era el procedimiento, que ellos lo único que iban a hacernos era protegernos, que debían tomarnos nuestras huellas digitales, uno a uno, incluso dijo que no podía darme un abrazo, aunque lo quisiera, porque no se le permitía. Cuando volvió mi esposo, me tranquilizó con un guiño de ojo como seña de que todo estaba bien.

Luego nos condujeron por un laberinto de muchas puertas internas como si fuese una prisión, hasta llegar a un salón a donde, a eso de las 10 de la noche, nos dieron comida. Todos los que allí estaban, gente de muchas naciones, tenían sus ojos perdidos de desesperanza. A media noche fuimos trasladados a un lugar que parecía un campo

de concentración. Al llegar, nos hicieron desvestir por completo y nos dieron una bolsa con ropa nueva y con cobijas. Nos separaron, mis hijos y su papá fueron llevados a la carpa de hombres y yo a una carpa donde había otras mujeres. El baño era una cabina con la tasa del baño averiada, parecía más bien una letrina de esas que usaba cuando era niña en mi tierra natal.

Pasamos un par de días ahí, mi corazón estaba tan triste, pensaba que íbamos a ser encarcelados y regresados a Colombia para una muerte segura. Luego nos pasaron a un espacio con más autonomía donde ya podíamos estar juntos como familia. Ahí volví a vivir. Fuimos albergados por cerca de diez días y después nos mandaron a un campamento con unas 150 personas de diferentes nacionalidades en situaciones de desplazamiento extrafronterizo, similares a la nuestra. A los quince días la institución encargada de la inmigración en Noruega nos entrevistó, tres veces por cierto, en donde tuve que repetir lo mismo.

Después de esperar un par de meses, fuimos trasladados a un lugar donde tendríamos que aguantar la respuesta a nuestra petición de asilo. La llegada al sitio final de espera fue agradable; aunque el cuerpo de trabajadores de la oficina de asilo del lugar nos aisló por 14 días, que para nosotros fueron desgastantes, luego fuimos acogidos con mucha amabilidad.

El *covid* de manera siniestra llegó a visitarnos. Mi esposo en su desespero, no podía estar un solo momento en la casa, siempre ha sido excelente hacedor de amigos y se hizo muy conocido en el pueblo; a pesar del distanciamiento que se recomendaba en todos lados para evitar el contagio, un buen día llegó a la casa con una fiebre de casi en 43 grados y una tos de perro que lo asfixiaba. El resto de la familia, nos aterrorizamos y llenos de pánico lo convencimos de encerrarse en una habitación, que sólo abríamos para dejarle en la puerta la comida y remedios caseros para subirle las defensas. Desde afuera de la habitación, muy apesadumbrados y temerosos de un mal desenlace, escuchábamos los lamentos, los quejidos y la tos de tísico que amenazaba con arrancarle los pulmones. Su llanto se escuchaba por toda la casa y a veces gritaba en medio de la noche, presa de frecuentes pesadillas, mientras nosotros

desde mi alcoba lo acompañábamos en su llanto y orábamos a Dios para que no se fuera a llevar a nuestro aliado en esa travesía de la vida.

Pocos días después de que mi esposo empezó con los síntomas del *covid*, resulté contagiada y me fui a hacerle compañía en su lecho de enfermo; cuando volví a ver a mi esposo, lucía unos ojos de moribundo y una cara huesuda que le daban la apariencia de un anciano. Después de mí siguieron mis dos hijos, y la casa se nos convirtió en un improvisado hospital sin médicos, ni enfermeras, donde teníamos que ayudarnos los unos a los otros. Fueron dos meses de reencontrarnos con Dios a través de la oración y por lo tanto de un gran crecimiento espiritual, lo que hizo que los vínculos de amor, de solidaridad, de fraternidad y de todos los sentimientos que consolidan a una familia, se hicieran más fuerte entre nosotros, gracias a la adversidad del virus que nos había cobijado a todos por parejo y amenazaba con separarnos para siempre.

Una espera desesperada

Para el día 3 de abril del 2020, el *covid* estaba infectando a todo el mundo y Noruega no fue la excepción. Los diferentes sitios de acogida de refugiados estaban siendo contagiados. Tres semanas atrás Ankomstsenter Østfold, había sido puesto en cuarentena, porque la gente que lo atendía era foco de contagio. Los controles de prevención eran demasiado estrictos y un viaje chárter en un avión de más de doscientos asientos de la empresa Norwegian esperaba por nosotros para llevarnos de Oslo a Steinkjer, una ciudad en el centro de Noruega, que nos albergaría mientras esperábamos la aceptación, o el rechazo, de la solicitud de asilo. El viaje se hizo con demasiadas normas de bioseguridad, pero en resumen fue agradable. Sentirnos juntos en un nuevo viaje por los cielos fue placentero y esperanzador. Esta ciudad de 22 000 habitantes, solitaria como casi todas las ciudades noruegas, ofrecía ante nuestros ojos unos paisajes inimaginados, caminos de senderismo, bosques, parques, en fin, un sinnúmero de atracciones que harían más acogedora nuestra espera.

Pero para nosotros no era así. Escuchar todos los días vía WhatsApp las experiencias de vida y los lamentos de nuestras hijas era desgarrador; se nos encogía el alma al saber que tenían que vivir cambiándose de

un lugar a otro casi a diario, huyendo de las continuas persecuciones; sufríamos lo indecible cada que nuestras hijas eran desplazadas de un barrio a otro en el interior de Bogotá y en Soacha. Era tanto el estrés por la desesperación y la impotencia que sentía, que empecé a llenarme de granos y ronchas por todo el cuerpo y a sufrir de presión arterial alta, yo que nunca había sufrido de ese mal, además, mantenía una migraña tan fuerte, que me hacía fantasear con arrancarme la cabeza para no tener que sentir esos dolores tan incapacitantes.

Asistíamos a un curso de noruego al cual solo íbamos a calentar asientos; porque toda la atención y la energía de nuestro ser, la habíamos puesto en la preocupación que nos producía la tragedia que vivían nuestras hijas. Mientras debíamos esperar la respuesta del gobierno noruego con paciencia, un afán nos movía el día a día: reunir a nuestra familia en Noruega. No veíamos la hora de juntar el dinero para poder traerlas a vivir con nosotros. Era tanto el afán que teníamos, que nos dedicamos a recoger envases que tenían algún valor comercial, para venderlos, de hecho esa fue una gran fuente de recursos. Mi esposo se volvió experto en buscar ofertas en todos los supermercados, hacía recorridos diarios en busca de los productos alimenticios con el 70 o el 50% de descuento y así reducíamos el consumo de dinero en alimentos, el cual ahorrábamos para volver a tener a nuestra familia unida.

Jamás podré olvidar esos días soleados de 24 horas en los que mi esposo y yo nos íbamos a una playa de Steinkjer a las dos de la madrugada, con los rayos del sol sobre nosotros, a orarle a Dios para que nuestro asilo fuera aceptado. Aún me parece vernos, después de orar, caminando por la playa, mientras recogíamos conchas con las que hacíamos deliciosos guisados para poder ahorrar algo de dinero. Ese primer año nuestro en Noruega fue un año de aventuras en el que perdimos el pudor y la vergüenza.

Después de que en Colombia mis hijos usaban ropa de marca, ahora la violencia de nuestro país los había obligado a emigrar a Europa y, para cubrir sus cuerpos, recogíamos a los ojos de todo el mundo, la ropa de un estante donde la gente depositaba lo que ya no usaba, para que alguien más pudiera darle uso.

También ese fue el año en el que perdí a mi papá, un hombre de casi cien años, que desde Colombia me orientaba con sus sabios consejos. Me sentía afortunada de poderlo tener conmigo, así fuera a la distancia, hasta aquel día en el que lo llamé y quien me respondió me informó que había muerto en la noche víctima de las secuelas del *covid* y del desamparo de los hijos que estaban a su alrededor. Mis hermanos, en el afán de heredar las tierras del viejo, lo descuidaron, como si no supieran que desde hacía ya algún tiempo los grupos armados andaban tras esas propiedades y que era mi padre quien las había logrado mantener, pues en cuanto ellos intentaban invadirle sus predios, los enfrentaba y con el poder de sus palabras los convencía de que se fueran a otro lado a seguir sembrando los campos de muerte. Mi padre fue el líder social más auténtico que he conocido, de él aprendí el amor por la defensa de los derechos colectivos y el rechazo a la injusticia social. En cuanto mi padre murió, los grupos armados tomaron posesión de esas propiedades para la producción de coca y mis hermanos se quedaron sin padre y sin tierras, tal vez con el alma llena de remordimientos. Es una pena que mi padre no haya alcanzado a darse cuenta del desenlace de nuestra historia.

La presencia de Dios siempre se ha hecho sentir en nuestras vidas. En muchas ocasiones, mientras esperábamos en la fila de algún supermercado para pagar nuestros víveres, alguien nos pedía el favor de permitirle pagar por nosotros. Evidentemente era una acción humanitaria cuya única explicación posible es que el Creador hacía obras en favor de nosotros. Un señor de Siria golpeaba nuestra puerta al menos dos veces en semana para dejarnos alimentos. La lista de historias gratas y dolorosas que vivimos nuestro primer año en Noruega es interminable, pero el tiempo pasaba y nuestro desespero era mayor cuando alguien a nuestro alrededor recibía una respuesta de asilo negativa.

Renace la esperanza en medio de la incertidumbre

Después de caminar en silencio en medio de mis recuerdos, conectada con mi esposo a través de nuestras manos entumecidas por el frío, por fin hemos llegado a la oficina del Centro de Acogida de Steinkjer. Hoy es 23 de noviembre de 2020. Nos dicen que esperemos, en medio de esa tensión

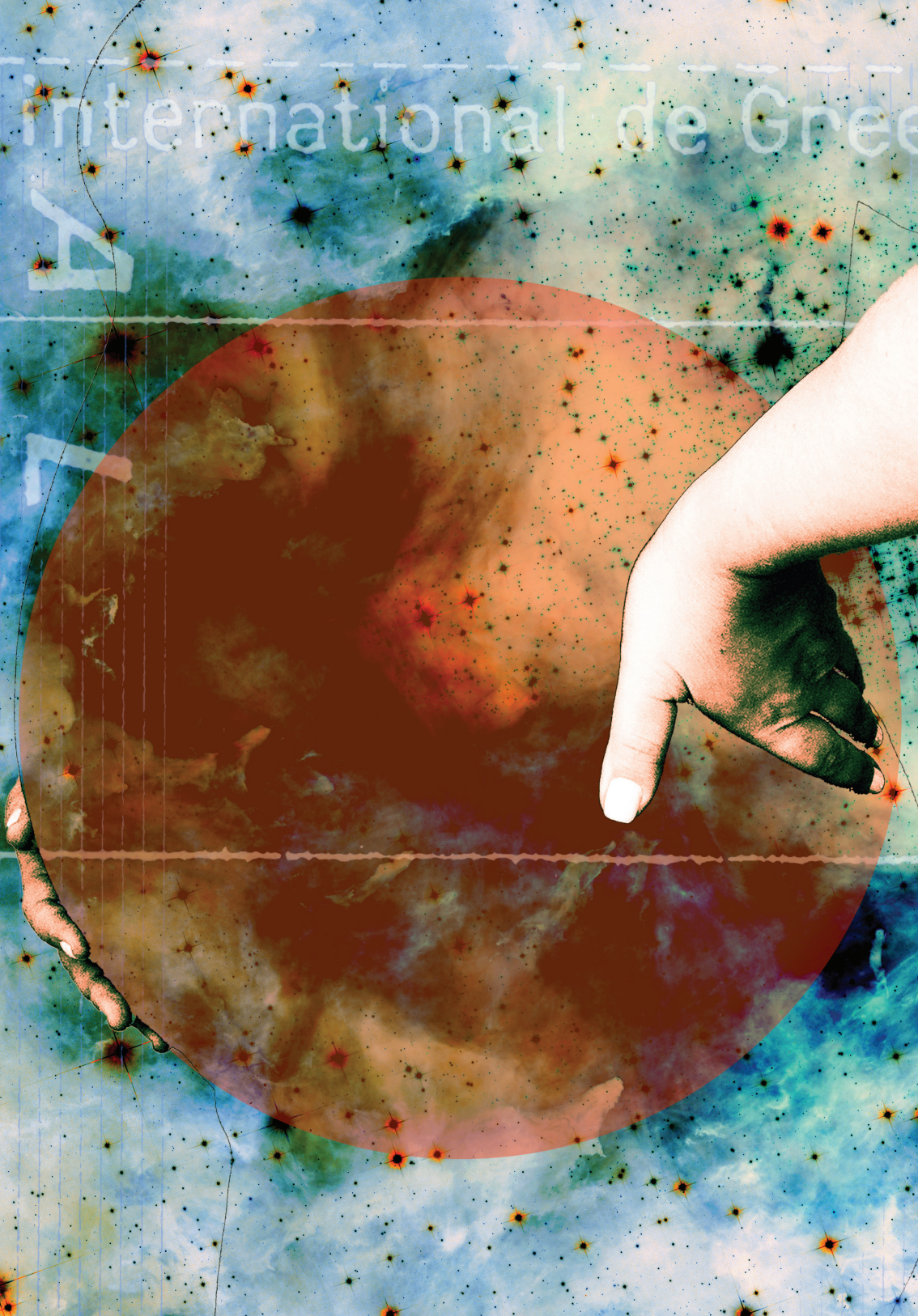
no atinamos a decir una sola palabra. Nos sentamos, y sin soltarnos de las manos, de cuando en vez nos abrazamos y nos miramos con los ojos aguados, nuestra tristeza es infinita. Desde el colegio nuestros dos hijos nos acompañan con sus espíritus y nos llaman a cada rato para preguntar si ya hemos recibido alguna respuesta. Ellos también están tensionados por la espera.

Este es un día oscuro en nuestra existencia, en todo este año de espera no hemos hecho más que pensar en lo que haremos si nos niegan el asilo. La decisión que hemos tomado es irnos a España, que es el único país de Europa donde podremos estar de manera ilegal. Sí, sabemos que no será fácil, pero estamos decididos a aferrarnos a la vida bajo cualquier forma de supervivencia, no dejaremos que nos regresen a Colombia donde nuestra cabeza tiene precio, y sobre todo ahora que hemos denunciado el asesinato de los líderes sociales, junto con la corrupción y el paramilitarismo al interior del Estado. La situación de orden público en mi país es cada día peor, los grupos de WhatsApp de incidencia política que aún conservan mi membresía, publican diariamente las masacres de líderes sociales y de todo tipo de defensores de los derechos humanos. Definitivamente Colombia vive en un escenario de violencia en donde ya nadie quiere quedarse a vivir.

En medio del estrés de la espera, de pronto vemos que la puerta de la oficina de la directora del Centro de Acogida se abre, con mucha amabilidad nos invita a pasar y acompaña con una sonrisa su gesto. Dentro de la oficina muy expectante también nos espera la traductora, una colombiana que lleva cuatro años en Noruega y por haber tenido un excelente aprendizaje del noruego, presta ahora sus servicios de traducción en este centro.

Sin más preámbulos, comienza el diálogo. De pronto la traductora recibe un mensaje e instintivamente, con los ojos llenos de lágrimas, se lanza sobre nosotros y nos cobija con sus brazos, da un grito de alegría y nos dice: “lo lograron”. La directora, anonadada por la reacción de la traductora hacia nosotros, fuera del protocolo, no hace más que sonreír y disfrutar ese corto instante, donde mi esposo y yo, unidos en un abrazo con ese ángel traductor, lloramos de la felicidad.

El corazón no nos cabe en el pecho, habíamos sido aceptados formalmente después de haber investigado exhaustivamente cada uno de los hechos que expusimos sobre nuestro riesgo de perder la vida en Colombia. Sentimos que hemos vuelto a nacer, que Dios ha hecho justicia y que es cierto que bendice al valiente. Sin embargo, nuestra felicidad no es total, en nuestro país de origen continúan llegando las intimidaciones que declaran objetivo militar a mi familia y mis hijas son el objeto principal de esas amenazas de muerte.



international de Gree

Éramos libres

Gloria Romero Moreno

Me subí al avión con cierto temor y miedo, fui la última del grupo familiar en abordar. Nunca me han gustado los viajes en avión y mucho menos en esas circunstancias que estábamos viviendo. Tal vez nunca más volveríamos a nuestro país. Éramos seis los que viajábamos a un mundo desconocido: mis padres, mi hermana, mi esposo, mi hijo y yo.

Buscamos los asientos y nos acomodamos. Mi mamá y mi papá estaban muy pálidos y tristes, parecía como si en lugar de irnos a un viaje que nos salvaría la vida, estuviéramos yendo al funeral de un ser querido. Todos teníamos los ojos irritados de tanto llorar; la despedida con la familia y algunos amigos cercanos en el aeropuerto fue muy emotiva.

Mi hijo era el único que no estaba triste, por el contrario, parecía feliz y estaba lleno de curiosidad, quería saber a dónde y en qué circunstancias íbamos a vivir, hacía muchas preguntas que no podíamos contestar. Era un niño que apenas había cumplido los ocho años, hoy ya tiene 25 años.

Recuerdo que cuando pasó la azafata por el pasillo le preguntó “¿cuál es el menú para hoy?”. Era tan inocente, la mujer sonrió y le preguntó que si tenía hambre, a lo que él le contestó que sí, que mucha, y es que de la angustia y el estrés durante el día no habíamos comido casi nada. Al poco rato le llevaron una hamburguesa con papas fritas y una bebida. El personal del avión fue muy amable con nosotros y nos atendieron muy bien; eso fue una bendición, porque para nosotros fue un viaje eterno cargado de sentimientos de desesperanza, rabia e impotencia, no merecíamos tener que salir de nuestro país por persecuciones y amenazas.

Después de largas horas de vuelo, el avión empezó a descender y por el altavoz nos anunciaron que en pocos minutos el avión iba a aterrizar en París, ya muy lejos de Colombia. Allí teníamos que hacer una escala de cuatro horas. No entendíamos nada, no sabíamos ni francés ni inglés, pero una empleada del aeropuerto que hablaba un poco de español, nos ayudó a ubicar en el terminal la sala de embarque en la que tomaríamos el siguiente vuelo que nos llevaría finalmente a nuestro destino final, Suecia, un país desconocido para nosotros.

Era una sala muy grande con asientos cómodos que invitaban a descansar. El tiempo transcurría lento, estábamos agotados y la incertidumbre de qué iba a pasar con nosotros era enorme. Mi papá nos ayudó a pasar el rato, habló del aeropuerto Chales de Gaulle, nos dijo que era el más importante de París y el segundo en importancia en Europa. Mi mamá a pesar de que era la que se veía más triste de todos, tomó la palabra y nos habló de la histórica Revolución Francesa y entre los dos nos comentaron la importancia de la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano hecha por la asamblea constituyente de Francia y del papel que jugó Antonio Nariño, quien la tradujo de manera clandestina en su imprenta y luego la publicó por medio de panfletos, también clandestinos, en la Nueva Granada y en la plaza de Santa Fe.

Por fin el altavoz anunció nuestro vuelo. Era la segunda vez en pocas horas que abordábamos un avión, este era más pequeño y lo encontré más incómodo. Mi hijo se sentó al lado de la ventanilla y me invitó a mirar con él cómo el avión iba tomando vuelo. Entonces vi las casas y las calles de París, esa linda ciudad de la que nuestros padres nos habían estado hablando, y luego vi las montañas que poco a poco se fueron desvaneciendo en la distancia hasta volverse invisibles. Pensé en mi tierra, en mi país que también desaparecía en la distancia. ¡Desde ya echaba de menos nuestro hogar, nuestra familia completa, nuestros amigos y los lugares que talvez nunca volveríamos a recorrer! Mi corazón seguía latiendo fuertemente, mientras la tranquilidad y el silencio reinaba sobre los pasajeros; algunos dormían plácidamente.

No sé cuánto tiempo pasó. De pronto sentí que el avión comenzó a descender y nos informaron que debíamos prepararnos para aterrizar.

Apenas si recuerdo, como en un confuso sueño, cuando el avión tocó territorio sueco. Minutos después los pasajeros se levantaron de las sillas, nosotros también, y empezamos a caminar buscando la salida en medio del tumulto de los demás pasajeros y del personal del aeropuerto.

Mientras nos adentrábamos en los pasillos de ese edificio que era nuevo para mí, me ocurrió algo extraño: me embargó una sensación de libertad y sentí una gran emoción, era algo irreal y mágico, solo miraba a mi familia que venía conmigo, los contaba una y otra vez. Ahí estaba mi mamá, esa mujer aguerrida y defensora de sus derechos e ideales a quien en la época de la Violencia en Colombia le mataron a su padre y junto con sus hermanos y mi abuela sufrieron persecuciones. También mi papá estaba a salvo, ese líder agrario, que participó en la lucha por la tierra en la región de Sumapaz y había sido presidente de la Asociación de Usuarios Campesinos de una región de Cundinamarca, batallas que hasta ese momento había librado siempre con su inseparable compañero de vida y de lucha, el tío Carlos. Y estaba mi hermana, otra luchadora, mi esposo, mi hijo y yo. Estábamos a salvo.

Después de haber caminado un largo trecho por los largos y fríos pasillos con ayuda de una mujer que hablaba un poco de español, recogimos las maletas y llegamos al terminal No. 5 en Arlanda. Era después del mediodía, hacía un poco de calor, nosotros vestíamos ropa de verano y en los brazos llevábamos chaquetas por si hacía frío, además de las maletas que no eran pocas.

Miramos alrededor de la inmensa sala y vimos a un hombre alto y robusto que llevaba en sus manos una cartulina blanca con nuestros nombres. Se acercó a nosotros y nos habló de manera displicente, incluso dejaba ver su malhumor. Era un funcionario de la oficina de migración que enviaron a recogernos, según nos dijo en inglés; nosotros apenas si entendíamos, confiamos y lo seguimos, ya afuera nos ayudó a subir las maletas a una camioneta que él mismo conducía. No era precisamente un hombre amable como las azafatas que nos atendieron en el avión o en los aeropuertos y como lo necesitábamos en estas circunstancias.

Era el verano del 2007, una tarde soleada con el cielo azul que iluminaba la bonita y emblemática ciudad de Estocolmo. Miré a través

de las ventanas y respiré profundamente un aire fresco y con olor a flores y me perdí en un paisaje hermoso totalmente desconocido para mí. Todo era tan nebuloso... quería recordar cómo era el aeropuerto de Arlanda, tomar conciencia de que ya estábamos en Estocolmo y que no se me olvidara, pero todo se borró de mi cabeza.

En el recorrido por la ciudad todos íbamos silenciosos, pensativos, ¿cuál sería nuestro destino? Teníamos que empezar una nueva vida, sin nada en las manos, sólo con nuestros recuerdos, esos que nos darían fuerzas para seguir adelante.

A pesar de sentirme en un país extraño, sin saber el idioma, sin ser yo para expresar lo que sentía, con el resto de mi familia tan lejos, por primera vez en muchos meses, y talvez años, sentí una paz inmensa y una enorme tranquilidad, con una mezcla de alegría. Ya no estábamos al alcance de los que nos perseguían. Éramos libres y nuestras vidas estaban a salvo.

Los tambores rotos

La Mendy

Aterrizamos en la ciudad de Roma en la noche. Pasé el terror de los controles de documentos y no me hicieron preguntas, así que me fui a recoger mi equipaje más lleno de símbolos que me conectaban con Colombia, que de cosas útiles. Allí estaba yo con mi inseparable chaqueta de jeans, un saco amarrado a la cintura (por si las moscas, pues me habían dicho que era conveniente vestirse como una cebolla con varios estratos), mis pantalones holgados (con las llaves de la casa en el bolsillo, que todavía están en mis cajones y las conservo como amuleto para regresar), mis botas y mi morral de cuero. Y claro, por supuesto, con una expresión de valiente, el corazón arrugado y una montaña de cabellos rizados.

No sé a qué me parecía, si a una estudiante rebelde o a una terrorista o quién sabe a qué, porque el caso es que ya llegando a la puerta de salida me cerraron el paso dos policías, que me hablaban en italiano. ¡Oh no! ¡Otra vez! ¡No, por favor! Ya en la escala de Londres había pasado por algo parecido, me habían sacado de la fila de inmigración, delante de todo el mundo, y ahí mismo habían comenzado a revisar mi morral, me había sentido avergonzada como nunca. Un interrogatorio de media hora en inglés y en español con mil preguntas que repetían cíclicamente para ver si me equivocaba en la respuesta, más una requisita a cargo de una mujer policía. Estaba muy asustada y despistada, me sentía indefensa y tratada como si fuera una delincuente.

–Signorina! Da questa parte prego! Documenti! Passaporto! Apra la valigia! E questi cosa sono? Señorita, pase por este lado por favor, ¡sus documentos, su pasaporte! ¡Abra la maleta!

Me lo repitieron varias veces. Y respondí solo cuando me hablaron en inglés. Entregué el pasaporte, abrí mi maleta, me preguntaron cuánto tiempo me iba a quedar y por qué no traía ropa de invierno y solo ropa ligera. ¿Cómo explicarles que era lo único que tenía, que así me vestía de donde venía? Después se centraron en mis percusiones.

–Y ¿qué es esto? *E queste che cosa sono?* –dijeron en un tono sarcástico y despectivo que se me quedó grabado. –*My percussions*, mis tambores –respondí con tono seguro.

–*Che cosa? Porta qualcosa dentro?* ¿Qué cosa? ¿Trae algo adentro de ellos?

Ni siquiera me permitieron explicarles y fueron sacando los tambores de sus forros y, sin ninguna piedad, rajaron las pieles con un bisturí, en busca de no sé qué. No valieron las protestas en español o en inglés. Hecho el daño, uno de ellos me dijo: –siga su camino.

Salí en lágrimas de ahí. Esos tambores representaban todo mi ser, lo que habían roto no era solo el cuero de los tambores, sino la esperanza en una vida nueva en otro país, donde aspiraba a compartir mi cultura y continuar alimentándola con una nueva. ¡Qué experiencia tan ultrajante! ¡Y qué violencia tan innecesaria!

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera encontrar unos cueros y quién reparara mis tambores, por fortuna ese hecho no detuvo mis ganas de vivir. Terca como soy, al cabo de tres años ya estaba iniciando mis proyectos de danza y música en Roma y empecé a hacer parte de una red cultural que me abrió una infinidad de puertas.

Y ahora, ¿para dónde vamos?

Erika Julieth Osorio

Media vida mía se quedó allá en mi amada Colombia, mi familia, mis amigos, mis abuelos, mis tesoros más preciados que no sabía si podría volver a ver. Aún retumba en mi corazón ese adiós mudo por no poder decirles la verdad, esa verdad que los habría atormentado, que aún no saben mis viejos, los que me criaron. Y es que no había una manera suave para contarles la situación. ¿Cómo explicarles que nuestra vida corría peligro por ser defensores de derechos humanos, que los paramilitares habían amenazado de muerte a mi esposo por liderar el retorno de 83 familias que 15 años atrás habían sido despojadas de sus tierras y obligadas a huir viendo sus casas arder en llamas? ¿Cómo decirles que por eso habíamos tenido que salir de nuestra finca dejándolo todo? ¿Qué esa era la razón del caos de nuestra vida en los últimos meses?

La guerra parecía perseguirnos sin piedad. Ahora los mismos que causaron tanto dolor en la vereda “El Congal”, ese rincón de Caldas donde mi esposo nació, nos perseguían. Esos mismos que habían asesinado a sangre fría a su abuelo y a algunos de sus familiares delante de sus esposas, vecinos y niños. Luego de muchos años de estar viviendo lejos habíamos decidido ayudar a estas personas a volver y recuperar su terruño, sus raíces y su dignidad. También mi esposo lo deseaba para él y su familia. Por eso, después de que nuestra vida transcurriera con normalidad en la ciudad de Medellín, tomamos la decisión de trasladarnos al lugar a donde mi esposo había vivido su niñez y al que él llamaba un paraíso.

Quién iba a saber que, en este mismo lugar, años después, sería donde yo más temor sentiría. No puedo negar que al llegar allí y encontrar las ruinas y rastros de la guerra, dudé de que ese fuera un paraíso, pero me fui enamorando del proceso. Tanto a mi esposo, como a mí, nos motivaba ver a todas esas personas que iban regresando de diferentes partes del país a recuperar sus tierras y a luchar por lo que todos llamábamos un “sueño llamado retorno”. La comunidad depositó su confianza en mi esposo, quien se convertiría en vocero de la comunidad ante todas las instituciones para iniciar un proceso judicial que les garantizara a estas familias una reparación digna por parte del Estado colombiano. Y lo había logrado; un fallo judicial ordenaba devolver lo que la guerra les había arrebatado. Fue un proceso que se convirtió en un referente no solo en el departamento de Caldas, sino en todo el país.

Pero no todo era felicidad, los proyectos mineros y la presencia de grupos paramilitares en la zona se convertirían en el principal obstáculo de este proceso; empezaron las amenazas, inicialmente en contra de la persona que era la cabeza más visible, mi esposo y nuestra familia. Él trabajaba en la alcaldía como promotor de juntas de acción comunal y era el representante de víctimas y líder de restitución de tierras a nivel departamental, y yo pertenecía a la Mesa de Víctimas del municipio y era gestora de memoria para el Centro Nacional de Memoria Histórica. Es decir, ambos liderábamos procesos a favor de la paz y los derechos humanos en diferentes escenarios; el amor por lo que hacíamos nos llevó a involucrarnos sin considerar que seríamos nosotros los próximos desplazados.

Las amenazas e intimidaciones empezaron a ser más frecuentes y más directas, nuestro perro Hanco, el que nos cuidaba, fue asesinado. Nuestra preocupación era cada día mayor, de nada servían las denuncias, ni la alerta temprana que emitió la Defensoría del Pueblo, ni las resoluciones de riesgo extraordinario por parte de la Unidad Nacional de Protección. Un día mi esposo fue alertado de que atacarían contra su vida, de inmediato se comunicó con las autoridades departamentales de Caldas y lo citaron de manera urgente a una reunión en Manizales con el gobernador de Caldas, los secretarios de Gobierno y de Seguridad, el

director de Fiscalías y un delegado de la Unidad Nacional de Protección; en esa reunión el director de Fiscalía confirmó que tenían conocimiento de la presencia del mismo grupo paramilitar en la zona, por lo cual la recomendación era no regresar al territorio.

Recuerdo como si fuera ayer cuando mi esposo me llamó a decirme que él ya no podía volver, y que sus padres, nuestras hijas y yo debíamos salir en la madrugada con el acompañamiento de la Defensoría del Pueblo y la ayuda de una ONG. Todas mis angustias se juntaron, por un lado, la preocupación por el peligro, y por otro lado, no hallaba respuestas a las preguntas de mis hijas ¿por qué nos tenemos que ir? ¿dónde está mi papá? Me acuerdo que nos llevaron a La Dorada a un hotel, mi esposo estaba en Manizales, teníamos que definir un punto de encuentro; escogimos Medellín, ya que allí teníamos algunos familiares que nos apoyarían. Pero allá llegaron nuevas amenazas, muertos de miedo rodamos durante un año por siete ciudades y en ninguna encontramos tranquilidad, pasamos varias noches en vela por el terror de ser perseguidos. Psicológicamente estábamos demasiado afectados. Cada día yo me sentía más frustrada por no poderles brindar a nuestras hijas la estabilidad que necesitaban. La orden de la Fiscalía era que dos policías nos prestaran seguridad para llevar a las niñas a la escuela, pero en ellos tampoco podíamos confiar. Tratábamos de disimular el desespero delante de ellas, pero era difícil. La menor, quien es la más curiosa, se la pasaba preguntando por qué su papá usaba ese chaleco para poder salir, y él la tranquilizaba diciéndole que era un chaleco para adelgazar.

La presión y la falta de garantías nos llevó a tomar la decisión de salir del país. Nada de eso sabían mis seres más cercanos, ¿cómo decírselo? En mi corazón guardo el tierno abrazo de despedida de mis abuelos y ese Padre, Hijo y Espíritu Santo que pronunciaron al echarme su poderosa bendición que me sirvió tanto para controlar todo lo que sentía en el aeropuerto de Rionegro, Antioquia, ese 25 de septiembre del año 2019. Tenía que disimular los nervios, ocultar mis lágrimas, no dejar ver la tristeza de dejar a los míos y poner cara de turista feliz para pasar por migración y abordar un avión que nos llevaría a una nueva vida.

Un desplazamiento a la fría lejanía

Por fin arrancó ese avión y en él nosotros con la esperanza de estar tranquilos e iniciar una nueva vida. Hicimos una larga escala en México y después volamos a París donde nos esperaba un amigo de una conocida en Colombia, Juan David a quien llamo “nuestro ángel de París”; fue una bendición conocerlo, nos ayudó tanto que le estaremos eternamente agradecidos. Sin conocernos nos hospedó en su apartamento y nos acompañó a conocer la torre Eiffel, algo mágico estando en esas circunstancias.

A Suecia llegamos un día hermoso de otoño. Aterrizamos con tan solo dos maletas para los cuatro, mudos, ciegos y con frío hasta en el corazón, vestíamos lo que para nosotros era ropa abrigada, pero no era suficiente, ese viento nos traspasaba los huesos, pero teníamos la alegría de estar a salvo. Era como volver a nacer. Por suerte un amigo en Colombia nos recomendó con una amiga en Estocolmo, una gran mujer que también nos brindó su ayuda, y aunque para ese entonces ella no estaba en el país, dejó a unos amigos encargados para que nos esperaran.

En Migración empezó nuestro calvario en estas tierras lejanas. Estábamos desorientados, con mucho miedo; teníamos un nudo en la garganta por querer decir tanto y no poder decir nada, pues no sabíamos el idioma. Teníamos una sensación de impotencia muy grande y a la vez confianza. Un oficial de migración nos entregó unos tiquetes de tren y sin explicación alguna solo nos dijo: “vayan a la Estación Central ¡ya!”. No podíamos perder ese viaje al que sería nuestro nuevo hogar. Nos fuimos con el corazón a mil y de la mano de Dios. Afortunadamente quien nos estaba esperando, amigo de una amiga, nos llevó en su carro; y ya en la estación, recuerdo la prisa corriendo en medio de la gente. Muy agitados llegamos justo antes de que el tren cerrara sus puertas.

La constante inestabilidad

Durante la espera de nuestro proceso de asilo político nos hemos mudado en ocho ocasiones. Muchas personas van y vienen, hemos hecho grandes amistades, algunos paisanos y también de otros países en las mismas condiciones. De todos tenemos recuerdos y con todos nos encariñamos,

pero talvez donde más vínculos hicimos fue en el tercer lugar en el que estuvimos, en la ciudad de Enköping. Era un edificio grande de cuatro pisos, con un ambiente pesado; en los pasillos se respiraba angustia, era muy común ver rostros tristes y miradas desconfiadas. Frecuentemente veíamos llegar gente, hombres raros, familias grandes, madres solas con sus hijos. Siempre estábamos atentos a lo que se necesitara y poder ayudar, obviamente anhelábamos escuchar a alguien que hablara español; durante una semana llegaron varios latinos y eso fue emocionante, por fin teníamos con quién hablar; con unos de ellos, venezolanos, aún tenemos una gran amistad.

Nos reuníamos en apartamentos diferentes, al nuestro lo llamaban “La cafetería de los paisas”; era pequeño, pero todos eran bienvenidos. Se trataba de una sola habitación con dos camarotes, una mesa, cuatro sillas y un sofá rojo que nos regalaron, y aparte un baño y una cocina en la que compartíamos nuestras comidas típicas y fechas especiales. Si había gente, cada uno trasteaba unas sillas con tal de reunirnos, charlar un rato, desahogarnos, reírnos, y si había que llorar, llorábamos, nos dábamos ánimo unos a otros, entre todos nos ayudábamos. Tuvimos muchas despedidas tristes, varios se fueron porque no aguantaron, otros fueron devueltos a sus países de origen. Nuestras hijas han sufrido mucho al ver partir a sus amigos, estar de paso se ha convertido en costumbre.

Aunque no teníamos todas las comodidades, contábamos con lo necesario, estábamos tranquilos y agradecidos de tener un lugar donde cubrirnos del frío. Lo que sí era muy incómodo era cuando llegaba el personal de Migración a hacer su respectivo control; todos los lunes llegaban, entraban a revisar, miraban todo; un día nos dijeron que no podíamos tener ese sofá allí porque este era un lugar de paso y que nosotros ya íbamos de salida, cosa que no entendimos, ¿cómo que de salida, si apenas estamos llegando? Cosas como esas nos desestabilizaban.

Expulsiones

Cuando ya creíamos estar un poco más adaptados, tranquilos y seguros, empezamos a recibir las decisiones negativas por parte de Migración y la presión para que saliéramos del país. Según las autoridades suecas, era



DIGNIDAD

Equateur

PACIF

1st Marqu

1st Touamot

(F)

Taïti

(F)

1st Toubouai (F)

500 LB

Ilustración inspirada en el relato de Erika Julieth Osorio

hora de regresar a Colombia porque “ya no había peligro”, afirmación que repetían con tanta seguridad como si ellos tuvieran el control de la situación en nuestro país.

En noviembre del año 2020 llegó la noticia de la manera más cruel y sin compasión: el personal de Migración envió a nuestra casa unas copias de los pasajes de regreso a Colombia de los cuatro, sin siquiera un sobre, y se los entregaron a los primeros que abrieron la puerta del edificio, y ellos a su vez se los entregaron a nuestras hijas que eran quienes estaban en casa. Al ver esto, ellas reventaron en llanto y me llamaron ahogadas; yo estaba trabajando y no entendía nada, y en medio de mi angustia solo pensé en llamar a Oriana, una amiga venezolana que vivía también en el edificio, para que fuera a ver qué era lo que pasaba y ella me lo confirmó. En ese momento se nos vino el mundo encima, mi esposo y yo solo queríamos llegar a casa con la esperanza de que todo fuera un error, pero no, efectivamente teníamos que desocupar el apartamento al día siguiente. En ese momento empezaron a pasar mil cosas por nuestra mente, ¿será que nos quedamos ilegalmente? ¿o nos volamos para España en el carro? Pensábamos y pensábamos, pero llegábamos a la misma conclusión, tendríamos que regresar a Colombia; estábamos acorralados porque Migración nos tenía los pasaportes y las fronteras estaban cerradas por la cuarentena. Nuestros amigos llegaron a ayudarnos, todos llorábamos, había tanta confusión, el empaque fue toda una odisea, empaque y desempaque, esto tenemos que llevarlo, lo vamos a necesitar, pero si ya no les cabe nada más a esas cuatro maletas, meta cosas, bote otras; yo sentía que me iba a enloquecer, otra vez salir corriendo, dejar todo lo que con tanto esfuerzo habíamos conseguido, la tranquilidad, los amigos la escuela de las niñas y nuestros trabajos, ideas iban y venían. En medio de tanta confusión, viendo que todos estábamos tratando de encontrar alguna solución, a nuestra hija de siete años se le ocurrió la fantástica idea de que hiciéramos carteles en varios idiomas que dijeran “Nos quieren devolver para Colombia y allá nos van a matar”. Ella decía que tal vez alguien en el aeropuerto los vería y así nos podrían ayudar.

Fuimos trasladados a un campamento de Migración cerca del aeropuerto, un lugar frío, aburrido, parecía un hospital. Había muchas personas de diferentes países con la misma angustia nuestra de ser devueltos, sus miradas tristes y de preocupación lo decían todo. Parecíamos como ganado para el matadero, el ruido de las maletas rodando por los pasillos interrumpía el silencio de aquel lugar. El miedo era constante, a lo que se sumaba el temor al covid.

Sentíamos terror al ver esas caras largas de los funcionarios de Migración, esos mismos que nos ordenaban abandonar el país. Me sentí revictimizada, agobiada, había días muy difíciles en los que tenía los ánimos por el piso, no quería salir de la habitación ni para ir a comer, me desahogaba en silencio, sentía que no podía más y tenía mucha rabia de que no nos creyeran. A veces eran las niñas quienes no querían estar allí; en otras ocasiones era mi esposo el que se desesperaba por la impotencia de no poder encontrar una solución.

Allí pasamos dos largos meses en pleno invierno, que parecieron años; jamás habrá un diciembre tan amargo, pero Dios siempre estuvo ahí para darnos fuerzas. Él nunca nos desamparó, puso ángeles en nuestro camino para ayudarnos y el 28 de diciembre revivieron nuestras esperanzas. Ese día salimos del campamento con la frente en alto. Nuestra abogada había logrado detener el viaje en dos ocasiones, la primera vez presentó un impedimento a la ejecución de la decisión de expulsarnos, esto lo hizo ante las autoridades migratorias de Suecia; después les solicitó que se reabriera el caso y se revisaran las pruebas, sin embargo la respuesta de Migración fue nuevamente negativa, lo que hizo que nuestra abogada llevara el caso de manera urgente ante las Naciones Unidas. El 23 de diciembre a las 11 de la mañana teníamos que tomar un vuelo de regreso a Colombia, pero una hora antes, y tras esa angustiosa espera, llegó de manera milagrosa la respuesta de la ONU donde aceptaban y reconocían nuestro caso, también le advertían a Suecia del riesgo que corríamos si éramos enviados de regreso a Colombia. Teníamos una nueva oportunidad, parecía una inocentada, pero no, era la cruda realidad que cuesta creer. Ahora teníamos una carrera contra reloj, necesitábamos encontrar por nuestros propios medios una vivienda de

manera urgente, porque de lo contrario nos trasladarían a otra ciudad lejos, quizás al norte y en nuestros trabajos nos estaban esperando.

Llegamos a un apartamento vacío, frío y oscuro que logramos alquilar en un abrir y cerrar de ojos, cosa que no es tan fácil en Suecia. Recuerdo tanto ese día, volvimos con lo único que teníamos, las mismas maletas, pero repletas de esperanza y dispuestos a volver a empezar una vez más. Unos amigos nos prestaron dos colchonetas y algunas cosas de cocina; después de estar este tiempo comiendo lo mismo todos los días, se nos hacía agua la boca poder comer algo preparado por nosotros mismos y lo primero que hicimos fue un arroz con huevo que nos supo a gloria.

Y vinieron más y más momentos difíciles, tantos que llegué a pensar que nunca encontraríamos la felicidad. Sin embargo, nuestra vida cambiaría gracias a la gestión de Francisco Rico, un hombre salvadoreño de gran corazón y con un deseo muy grande de ayudar a los nuevos migrantes en Canadá. Una amiga desde Suecia lo contactó y él, después de escuchar nuestra historia, no dudó un minuto en iniciar de inmediato el que sería su último trabajo. Hoy puedo decir con alegría que hemos encontrado un hogar en Canadá, un lugar donde hemos podido empezar de nuevo y dejar atrás los recuerdos dolorosos. Aunque Francisco ya no está con nosotros, su legado vive en nuestras vidas y en nuestros corazones.

Esta experiencia me ha enseñado que, aunque la vida puede presentarnos situaciones difíciles, siempre hay una luz al final del túnel. Y si bien nunca olvidaremos nuestras raíces y nuestras vivencias, estamos agradecidos por haber encontrado un nuevo comienzo y una oportunidad para ser felices.

Avatares en el destierro

Polvo en fa sostenido

María Rosas

Una ya conoce bien el guion. Primer acto: dulcecito de miel y ojos mirando para arriba con fragancia de inocencia. Segundo acto: bajada de la mirada, pupila arriba que sube y baja; aerosol rosado que nubla el ambiente con estrellitas, suspiros, exaltaciones, mentiritas piadosas; luz baja, pero no demasiado para que no se malpiense y se acelere la trama echando a perder la tensión de la obra. Tercer acto: coqueteo al placer, tira y jala, jala y tira, que se sienta el sufrir de la conquista y ese deseo de coronar algo, no importa qué. Los actos siguientes se aderezan con diálogos simples, como un comentario exaltado sobre el decorado de la habitación. A continuación se pasa a las fibras sentimentales, de preferencia haciendo alusión a esos momentos del primer cruce de luces, “en aquel café cuando te vi, sentí...”, “sí, yo también sentí...”, “sentí que hasta me faltaba el aire...”, estimulando el cosquilleo que va subiendo, va mojando y va calentando. Seguidamente se incrementa el acercamiento corporal: dedo al labio y viceversa, de mano a nariz, de nariz a nariz, de boca a dedo, de labio a labio, de lengua a labio, y así por todas las partes del cuerpo en recorridos ascendentes o descendentes. Los comentarios climáticos ayudan a acabar con la distancia física, un llamado de protección corpórea de orden termométrico de frío o calor según sea el caso, un “ay, ¡qué sofoco!”, facilita mucho el paso a la retirada de la primera pieza de tela. Se recomienda terminar con pocas o ninguna tela encima. En adelante es apropiada la reducción de diálogos con frases de máximo cuatro palabras para terminar en exclamaciones monosílabas, o en bis, en *legato* o *staccato*, en tono ascendente, descendiente, *sostenuto*

forte, fortísimo, piano, pianissimo, a fine. Acto final: fuga *ricercata*, suspirando en *staccato*, cerrado de ojo, secado de líquidos, aireo o vuelta, tapado de sábana, regreso espacial, mirada perdida a la pared, almohada o ventana, llegada del sueño, ronquido, molestia, cuestionamientos, arrepentimientos, salida, disgusto, exaltación o dicha, según haya sido el desenlace. *Bis chroma*, si se percibe la esperanza de cabalgar sobre las cimas de la felicidad eterna de las nubes que parecen existir detrás de este valle de lágrimas. Fin de la escena o mero fin de la obra, dependiendo de los factores químicos, económicos, históricos, políticos o etcéteras.

Ya llegué al piso siete de esta torre arquitectónica en la ciudad más grande del planeta, tan sola y confusa como nunca y tan deseosa de que mi entrada en la obra referida se desarrolle con éxito, pues si no, ¿cómo voy a quedarme en esta urbe desconocida, sin conocidos, con los centavos bajos y sin entender el idioma?

Tengo unas ganas locas de que este man me salve en su caballo mustio y me quite los miedos de las balaceras, de la huida, de la pena, de la culpa, de todos los sinsabores que me he estado comiendo en este extraño lugar y, en especial, que sea tan amable de quitarme el olor insoportable a amor perdido, a amor muerto con arma de fuego calibre no sé qué y manchado de la impunidad típica de mi país.

Antes de cruzar el umbral saco el guion del seno derecho, ya con la intuición de que igual como había sido en los meses posteriores a mi huida de la patria, no iba a poder adaptar el conocido libreto a las coordenadas foráneas. Aquí voy, con esperanza y con la necesidad imperante de que me salga bien el numerito, le voy bajando el tono a las aspiraciones, voy agachando la cabecita porque la misión es tener techo por lo menos una semana mientras tomo aliento y veo cómo es que voy a seguir.

Toco el timbre y entro triunfal al escenario que está fuertemente iluminado con un bombillo blancuzco como de Inspección de Policía, ¿cómo voy a darle el toque de iluminación baja y romántica si el *switch* de la luz no es de sube y baja, sino es una rueda rara, que no sé cómo se usa? Por si hay que salir corriendo, hago un escaneo geográfico: al fondo a la izquierda, en el salón central, un sofá. A la izquierda la cocina, con un patio de ropas con ventana sin vidrio, desde donde se oyen las teles,

los radios, los gritos y las conversas de todo el vecindario, ¿será que aquí no hay ladrones? ¿no será que se van a meter a robarme la carterita con los últimos dólares que me quedan? ¿no será que alguien se va a escurrir a fisgonear? A la derecha el baño, no tiene tanque ni palanquita, solo un redondel duro para bajar el agua. En seguida, la entrada al cuarto íntimo unimobiliado con colchón al piso, sin detalles ni adornos. ¿Cómo irá a ser aquí el acto del desencuere, cómo pasaremos al besuqueo y a la miradita de cordero degollado? ¿Cómo haremos para superar el no entenderse y la pendejada que llevo encima, ahora que estoy como presa fácil y sin ningún as escondido bajo la manga?

Jodida pero optimista, me lanzo a mi suerte y me dejo a merced de lo que me depare el destino. Tengo el tesoro de mis carnes frescas, ganosas y gustosas, aunque lamentablemente acompañadas de una maleta gigante que estoy arriando como si fuera un cofre de galeón hispano. Está resultando un lastre y su contenido ha quedado solo como un valor simbólico, pues ni la ropa cuadra con el tono del lugar, es más, chilla y demuestra lo salida de contexto que ando; ni las queridas obras maestras de la literatura macondianas me invitan a leer, es más, me agobian, pues es inminente que me debo aprender las cuarenta mil palabras contenidas en el diccionario amarillito que no desamparo, y tampoco los materiales artísticos me inspiran a mezclar colores y lanzar paisajes en perspectiva con dos puntos de fuga. Resumiendo: la maleta pesa demasiado y no sirve para mucho, pero polvo, ieso sí que va a haber!

Vuelvo al guion suprimiendo la parte de los diálogos simples sobre el decorado y los sentimientos del primer encuentro debido a las deficiencias idiomáticas, pasando directo a los acercamientos y juegos corporales, sin comentarios climáticos, por la razón ya expuesta, llegando rápidamente a los monosílabos de lenguaje universal y musicalizados de piano a *forte fortísimo*.

Hace un calor infernal que se pega a la piel y se siente como el mismísimo purgatorio bíblico. Aquí no es como en mis Andes, en donde verano significa solo la ausencia de lluvias. No logro bajarle a la intensidad de la luz que me permite pillarle al muchacho todas las espinillas e irregularidades del rostro, y él, seguro, me ve con todo detalle

los poros cansados por el polvero de las seis horas de bus que me gasté en llegar a esta metrópoli.

Después, solo veo cómo se me vienen encima sus barbas. No conocía esto, allá en mi barrio sabanero, los manes o se afeitaban o eran lampiños. Este pelero no me gusta, pues se me viene a la mente el estampado con los pegotes de sopa y seco. Mejor pienso en otra cosa y me concentro en el tema: emitir faes y soles de mezzosoprano, embriagarme en la pronuncia del tonito extranjero y extasiarme en el correr de las nubes que se alcanzan a ver entre los rascacielos.

iPerformance aceptable, aunque con un dejo de nota en sostenido menor! Cierre con sonrisas y sin fuga, por las necesidades ya expresadas. Después de diez días de convivio, conocimiento incipiente de la urbe, derroches culinarios y amorosos, logro que la maleta se quede allí en consignación. *Intermezzo*: sigo camino a otra ciudad a seguir buscándole sonrisitas a la fortuna, encontrar un cuarto y un lugar para estudiar. *A coda*: regreso con repetición del numerito y retirada de la maleta para establecerme en la tercera escala del exilio: sin caballo, sin príncipe y aún con el olor a muerto arraigado y clavado con mil espinas en el fondo de mi corazón.

Silencios

Luna Llena

“Eres una persona muy silenciosa, tímida y solitaria”. Así fue como una compañera de clases en un curso de alemán me describió. Recuerdo que sus palabras me atravesaron como punzadas heladas en el vientre. Quise decirle que se equivocaba, pero me contuve y solté una sonrisa simplona, a la vez que le daba las gracias por sus comentarios, al fin y al cabo, ella solo estaba cumpliendo con un ejercicio de clase. Éramos aprendices de idioma, intentando decir algo sobre una persona a la que solo topábamos unas horas al día. Qué tarea más compleja.

“Ella no tiene ni idea de quién soy yo”, pensé. ¿Yo?, si soy una feminista que da arengas en las calles, que construye espacios de autogestión colectiva, que participa en debates para exigir los derechos de las mujeres y las comunidades. Así era reconocida por quienes estaban a mi alrededor o sabían de mí, y así era como me gustaba reconocirme. Autónoma, libre e independiente. Una mujer luchadora que nunca se daba por vencida. Y alguien así, no era silenciosa, tímida y solitaria.

Intenté regresar al ejercicio de la clase, pero no podía, me costaba mucho mantener la concentración, estar ahí. Internamente seguía luchando contra las palabras que mi compañera había dicho y, a medida que las rehacía en mi mente, unas punzadas me robaban la calma. Pensaba, “para nada soy esa persona, ella está muy equivocada”. Y mientras más lo pensaba, más me sumía en la angustia. Una angustia que no sabía de dónde venía. Quería gritar que no era cierto lo que decía, quería levantarme y salir de ahí. Sentía que no iba a poder contener el llanto si me quedaba. Estaba mareada. La sensación punzante iba y venía,

y se me hundía en el fondo del vientre. Fue un dolor que me acompañó el resto de la clase, del día y de ahí en adelante. Con el tiempo, el dolor se volvió cotidiano. Se alojó silencioso donde reposan las cosas que no son fáciles de hablar.

Una mañana estando sola en casa, luego de dejar a mis hijas en la guardería, el dolor volvió repentinamente. Esta vez la punzada me dejó sin aire para respirar. Pensé que me iba morir. Sentí que algo crecía en mi garganta y que me ahogaba. Desesperada empecé a andar de un lado a otro de la sala en una angustia desbordada. Al paso de unos minutos logré un poco de calma. Me senté en el sofá. Volví a recordar la frase “eres una persona muy silenciosa, tímida y solitaria”. Sin más, irrumpí en llanto. No sé cuánto tiempo estuve llorando. Lloré con la libertad que me permitía el estar sola. El dolor se fue aquietando y mis pensamientos aclarando. “Es cierto, lo que ella dijo de mí, es cierto”. Y así, entre cavilaciones, se fue revelando ante mí una realidad que por mucho tiempo me había negado a ver.

Era mi tercer año en Berlín y mi historia en la ciudad se componía de un relato muy diferente al que había dejado en Colombia. Aquí mi voz no estallaba en reflexiones públicas o políticas que eran escuchadas animadamente. Mi experiencia como activista feminista y social no estaba certificada en títulos que pudiesen acreditarme para trabajar o emprender los estudios que quería. Además, el español no era el idioma para comunicarse. Mi mundo había dejado de ser comunitario, los grupos de activismo ya no eran mi referente, las reuniones para debates habían pasado a ser relatos del pasado. Berlín era para mí una ciudad gris, en la cual deambulaba como un ser anónimo, invisible, que portaba una etiqueta difícil de quitarse: migrante.

La zozobra con la que habitaba la ciudad me hundía en un desasosiego que me asfixiaba. Me sentía muriendo cada día. Todo lo que yo era, lo que había vivido, aprendido, luchado, había desaparecido por completo. Mi historia de vida no era reconocida y todo mi saber resultaba insuficiente. Mi hoja de vida portaba un sello de “no validez”. Me habían dicho que para “integrarme” lo más importante era aprender alemán, y en mi afán por lograrlo, me presionaba para ir más rápido de

lo que podía. Terminaba por volver cada idea que quería expresar en algo confuso que, a juzgar por los gestos de mis oyentes, era incomprensible. Me dolía verme así, intentado decir algo. Me sentía tonta, humillada. La indignación que sentía me obligaba a rechazar todo lo que fuera alemán, pero sobre todo, odiaba las oficinas burocráticas y las universidades que me habían negado un cupo para estudiar. La lucha contra el poder monumental de las leyes migratorias me robó toda la energía. Y terminé exhausta. De a poco fui callándome, apagándome. Ante las negativas constantes me fui escabullendo en mis propios pensamientos y evitaba entrar en contacto con la gente. Me sentía fracasada, derrotada. La imposibilidad de existir como un ser autónomo y libre, terminó por convertirme en una mujer silenciosa.

Estando allí sentada, en el sofá de mi casa, y luego de sobrevivir a una angustia sin igual que me dejó sin aliento, pude entender por qué las palabras de mi compañera de clase me seguían resonando y doliendo tanto. Permanecí por un instante inmóvil, sentada en aquel sofá que me sostenía con mi existencia fracturada, retomé el aliento y, con esfuerzo, salí del espanto que me producía mi vida. Me levanté con dignidad, fui a la cocina y me serví un vaso de agua que me tomé de un sorbo. Respiré profundo. Ya liberada del dolor y de la sensación de ahogo, pude finalmente aceptar mi derrota. Pensé: “estoy enferma, necesito ayuda”.

Unas semanas después me encontraba hablando por video conferencia con mis dos grandes amigas y mi compañero, ellas en Bogotá y nosotros en Berlín. Con pudor, y una voz tenue y desgastada, les conté que hacía varios meses me acompañaba una desazón de la cual me había sido imposible deshacerme. Les hablé sobre los ataques de pánico que me sobrevenían hacía ya varios meses y de los episodios de largo insomnio. También les conté que evitaba salir de casa, que tenía miedo de cruzar los semáforos en mi bicicleta o pasar el umbral de los vagones del metro, porque pensaba que nadie me vería al cruzar. Reconocí que estaba tan sorprendida como ellas con las palabras que acababa de pronunciar, “desazón, ataques de pánico, miedo, insomnio”. Pero mientras las decía, me sentí comprendida, acogida, liberada. Con una voz rota les dije: “no tengo más fuerza para luchar”. Ellas, mis amigas, mi compañero y yo,

sabíamos lo que significaba que yo lo dijera. Concluí, diciéndoles que vivir en Berlín era muy difícil para mí. Les dije que había empezado una terapia en español, con una muy buena psicóloga y que ella me estaba ayudando a entender lo que me pasaba. Mi compañero, que había estado todo el tiempo a mi lado, me abrazó, y viéndonos a través de la pantalla, los cuatro nos sumimos en un silencio sobrecogedor, que terminó por volverse un llanto colectivo.

Ese día empezó el camino de salida de la depresión en la que me había hundido y en la cual había vivido muchos meses sin saber el por qué de la profunda tristeza que me acompañaba día y noche. Salir del vacío en el que sentía se hundía mi existencia fue posible gracias al amor de mi compañero, mi familia y mis amigas. También, gracias a otras mujeres migrantes, como Almudena, mi compañera de clases, quien con su agudeza para leerme me permitió despertar del letargo en el que me consumía. La contundencia de sus palabras me ayudó a desatar los nudos que me mantenían viviendo en un pasado al que no era posible volver.



la
esperanza
siempre se
filtra

Mi quebranto

Linda Rakel Rengifo Cuero

Dolor en los huesos. Lo llevo sintiendo hace ya mucho tiempo. Aparece cuando tengo miedo, cuando estoy ansiosa, cuando no tengo el control de una situación, cuando no hay nadie a quién abrazar, como ahora, en este cuarto helado, solitario, oscuro de una noche eterna de invierno. Lloro, tengo el corazón roto y la cabeza llena de recuerdos que me atormentan. Sostengo a mi bebé en brazos, un ser inocente que no merecía vivir esto, tanta fragilidad mía, tanta angustia, tanta nostalgia. Mientras la amamanto, la miro y ella me mira. Sé que siente lo que yo siento. Sus ojos parecen decirme “de esta vamos a salir”. La acaricio con mi cabello hecho un nido. Estoy con depresión. ¿Por qué no actué ante tantas situaciones en las que fui atropellada? Infinidad de preguntas sin respuesta, en un país que no es el mío, con unos seres que son fríos, helados como esta noche que me quema por dentro.

¿De qué me hablas?

Berta Ligia Quiroz Botina,
enlazadora del mundo

Era el año 2004 y me encontraba en Sevilla. Era mi primer día haciendo limpieza en una casa. Todo marchaba bien hasta que la señora de la casa me pidió que le pasara el mocho; yo no comprendía y miraba para todo lado, ella me insistía “pásame el mocho, pásame el mocho” y yo no atendía su pedido, solo miraba con desespero buscando alguna persona a la que le faltara una mano, pues en Colombia le decimos así a quienes les falta una de sus extremidades superiores. Y esta señora seguía diciéndome lo mismo y yo sin saber qué hacer.

Hasta que la paciencia se le esfumó a esta mujer joven con buen traje y muy peinada, y con paso decidido se fue a la cocina, se dirigió a una esquina, agarró el trapeador que estaba en remojo dentro de un balde y dándose vuelta me los mostró, a la vez que se salpicaba todo. Yo quedé paralizada, me sentía mal por no haber comprendido su pedido y llegar a perder mi trabajo apenas empezando, pero a decir verdad, seguía sin entender lo que había ocurrido. Me costó trabajo volver a recomponerme y seguir con mis labores, pero por fortuna para Carmen, así se llamaba la señora, fue algo que pasó casi desapercibido.

Esa tarde, cuando llegué al piso donde vivía con otra familia, todos estaban muy expectantes y cuando me atreví a narrarles lo sucedido, mostrándoles la misma cara de ignorancia que había puesto en la mañana, todos se echaron a reír y me explicaron que en España al traperero lo llaman mocho o fregona. También ahí me reí de lo lindo y desde entonces narro este episodio para hablar de lo importante que es, cuando llegas a un nuevo país, aprender su lengua, así crea uno que es la

misma de uno, en mi caso el español. Como lo muestra mi anécdota, es necesario conocer más sobre la homologación del lenguaje.

Y es que, si de sobrevivir se trata, como nos ocurre a quienes hemos huido de nuestro país y nos hemos desplazado de manera forzada, debes empezar de cero, por más formación que tengas y en ello el idioma puede ser o un gran aliado o un gran obstáculo. Mi experiencia me dice que si te espabilas, encuentras oportunidades para trabajar, así sea en asuntos que no son de tu total agrado, y sobre todo te ayuda a seguir formándote y enriquecer tu hoja de vida. Yo inicié en el servicio doméstico, es al que más acceso se tiene, pero deseaba retomar mi profesión y lo logré. En Colombia me había formado como Licenciada en Educación, con una especialización en Educación Sexual y Desarrollo Humano, y en España, gracias a las becas y oportunidades que busqué de manera perseverante, terminé otra carrera como educadora social, hice dos formaciones como técnica en integración social y promotora de igualdad, dos especializaciones y además dos maestrías en mediación intercultural y cooperación al desarrollo con especialidad en movimientos migratorios. Ahora me desempeño en el área de acción social.

La boda

María Rosas

A la salida de la iglesia está el combo de invitados con las manos llenas de arroz tirándonoslo encima para que la felicidad bendiga el santo sacramento. En la foto quedamos sonrientes los recién casados y todos los presentes, aunque por el granerío quedó muy borrosa la instantánea.

Yo con un vestidito *beige* prestado y coquetón a media pierna, llenito de encajes, que me quedaba muy pispo. No tenía mucho dinero para comprar uno nuevo, ni tampoco ganas de buscar mucho, así que acepté el préstamo del traje feliz para, de paso, quitarme uno de los mil puntos de la lista de detalles por hacer a la hora de formalizar el concubinato. Tampoco me ocupé en pensar en la suerte final del debut anterior del vestidito y si esta pudiese salar mi ilusión actual. Además, me gustaba bastante el cremita que manchaba con sutileza el blanco inmaculado de la reprimida virginidad contra la que me había revelado en mis años adolescentes.

El príncipe amado iba disfrazado con un chaqué que compramos en un mercado de pulgas que le daba un toque clásico y hacía juego con la tradición y las contradicciones históricas del portal de la anciana catedral ante la que posábamos y donde se percibían aún los estragos del fuego al que la habían sometido los rojos para borrar los oprobios de la fe.

Los invitados iban de punta en blanco con sus trajes alisados para celebrar la primera boda del grupete de amigos. A todos los había conocido hacía pocos meses, a algunos incluso apenas unos días atrás. No eran los que me habían acompañado desde el kínder en el colegio, ni eran de la familia; no, eran unos amigotes recién hechos en la cofradía

del sobrevivir en estas tierras extrañas. Amores fulgorosos y potentes, aunque como la foto, difusos. A los pocos meses se fueron marchando a otros países o se devolvieron a la patria por no soportar la nostalgia y los aprietos. Unos se arrejuntaron, otros se separaron, y hubo quienes incluso se suicidaron. Casi todos se esfumaron de mi vida y hasta sus nombres se disolvieron en mi memoria, así como también se diluyó en mí el amor enamorado de los sueños de infancia, teñido con estrofas de Corín Tellado y todo el recetario inculcado para llegar a ser una mujer de bien.

Yo estaba tan enamorada que casi me tiraba de rodillas a besar las pisadas que estampaba en la arena mi príncipe con sus sandalias calzadas con medias. Es más, no me importaban esos gustos diferentes, pues el amor parecía poderlo todo y quitarle el disgusto hasta al mal gusto. El numerito de la boda era por pasión, no era por la estampilla, aunque se agradecía el detalle y el derroche de solidaridad del amado, que con este acto ponía fin al problemón de la visa expirada y a esos miedos malucos bañados con sudores colorados al ir rehuyendo a los carabineros al andar por la calle. Finalmente, pasado el gran festejo me sellaron el pasaporte y de un día a otro me convertí en la señora de tal, con visa, con quedada y con marido.

Sin embargo, con el pasar de los años la vida se fue volviendo tristona y el amor pelión y chillón. Había negado el aroma de sus pecuecas y la tristeza de sus ojos, esas pepas verdes que brillaban como las esmeraldas de mi tierrita. Su verdor llegó más a parecerse al de las aguas estancadas, arrastrándome hacia abajo y haciéndome sentir cada vez más pequeña, hasta que finalmente un día estalló volando en mil pedazos lo que me quedaba de corazón. Entonces me puse rapidito un marcapasos y me abracé a los sellos de mis documentos para defenderme de las posibles expulsiones.

Hoy, mirando la foto con la experiencia de Cronos, me pregunto si ésta solo quedó borrosa por el nerviosismo del fotógrafo *amateur* o era ya una premonición del desenlace de frustración y despecho en el que terminé sangrando gota a gota la ponzoña de su amor.

Octubre de 2016

MariaE.

En el año 2016 estaba estudiando para convalidar mis estudios en la universidad y tenía un grupo de compañeras de estudio muy jóvenes con quienes solíamos reunirnos para hacer trabajos en grupo; yo era la mayor, y una de las pocas extranjeras. Era bastante común que siempre aparecieran diversos temas en nuestras tertulias. Por esa época, Colombia estaba en el centro de las miradas internacionales a raíz de los diálogos de paz en La Habana entre el gobierno del presidente Santos y las FARC-EP, una de las guerrillas más antiguas del continente y del mundo. Estas chicas, aún muy jóvenes, pero acostumbradas a viajar, solían preguntarme sobre lo que estaba pasando en Colombia. No era muy fácil explicar una situación tan compleja, pero se hacía el intento. Recuerdo que después de la firma de los acuerdos, me preguntaban si me iba a regresar, pues se veía en los acuerdos un paso muy importante la normalización de la vida en un país tan azotado por la violencia.

Recuerdo, como si fuera hoy, el carrusel de noticias y propaganda en contra de los acuerdos, y cuando, con mucho ímpetu, se anunció el plebiscito por el sí o por el no. En un principio, leía todo lo que se decía y escuchaba en la radio las entrevistas a diferentes personas que habían estado directamente involucradas en el proceso. De pronto y sin saber cómo, empezó un verdadero calvario cuando llamaba a Colombia.

Uno de esos días antes del 2 de octubre, llamé como de costumbre a una de mis tías que vive en el Eje Cafetero y después del saludo correspondiente y algunas risas compartidas, le pregunté sobre el plebiscito y me respondió con una voz sombría y llena de rabia que esos

acuerdos no servían sino para darles salvoconducto a delincuentes y que ella iba a votar por el *no*. En ese momento algo se rompió dentro de mí y le dije: “tía, cómo se le ocurre ir a votar en contra de la paz, hay que pensar en la niñez, en las nuevas generaciones, en los que queremos regresar a un país en paz”. Pero ella no escuchó y cada vez decía cosas más incoherentes. Entonces me despedí con un nudo en la garganta y no la volví a llamar por muchos meses.

Pasados los días llegó el momento de la votación. Era horrible escuchar tanta gente llena de odio; el rencor y la inconsciencia brotaban por los poros de muchos colombianos y colombianas; hasta estas tierras cercanas al Polo Norte me llegaban las voces ahogadas de quienes gritaban “queremos paz” y los gritos ensordecedores de los que querían más guerra.

Esa madrugada, después de los resultados vergonzosos para la historia de Colombia, mi esposo y yo no pudimos dormir, él se fue a su trabajo, mientras yo me quedé llorando amargamente. Mi niño me preguntaba que por qué lloraba y yo no sabía cómo explicarle que mi país no quería la paz. No me cabía en la cabeza, no lo podía digerir, ni razonar. Cuando llegué a la Universidad, tenía el rostro desencajado, unas ojeras impresionantes y me sentía con la boca seca, sin saliva. Era una sensación muy extraña, el dolor que tenía en el alma, se me había proyectado al cuerpo. Cuando mis compañeras de grupo me vieron, ya la noticia había salido en los periódicos: “Colombia dice no a la paz”. Me preguntaron y me sumergí en un mar de lágrimas, que no paró hasta muchos meses después. Esta horrible experiencia también la sufrieron muchos de los amigos y compatriotas con los que hablamos durante esos días. Ese *no*, mató en muchos de nosotros la ilusión y la esperanza y dejó ver a miles de personas al descubierto, sin sus caretas, llenas de mentiras, los dejó ver tal y como eran, llenos de ignorancia, resentimiento, egoístas y con muy poco amor por la vida, y eso dolió mucho.

Fueron unos días horribles porque, en lo profundo de mi ser, odié la tierra en la que nací, no quería identificarme con un pueblo que prefería la muerte a la vida, la guerra a la paz. Me sentí como nunca antes parte de un país al que no quería seguir perteneciendo, y no dejaba de

llorar por mis seres queridos, por los muertos sin sentido de una guerra despreciable, por los perseguidos y por los olvidados, los que fueron acallados con las balas asesinas y por la intolerancia agigantada de un país negado a vivir en paz. Así es que pensando y pensando en todo lo vivido durante mi exilio, he repasado muchos momentos que han marcado mi vida, pero dentro de toda esta gama de alegrías y tristezas, el *no* a la paz del 2016, me sacudió en lo más profundo e hizo tambalear mi amor por mi país.

El camello

María Rosas

A este trabajo me llevaron mis compañeras de piso, que se la pasaban buscando por todo lado camello para pagarse el alquiler y el estudio. Eran unas duras en el tema del rebusque. Ya habían metido a Fanny, a Rita y a la Marta, así que me uní al combo muy feliz y agradecida por la oportunidad. A la Montse, que era la que nos contrataba, la vi una sola vez y bien cortico. No pedían mucho para incorporarse: una iba a una oficina sin nombre, te contaban cómo era el asunto y si te salía bien, te enganchaban y te daban aún más rapidito más trabajo. No preguntaban por permisos, ni visas, ni por otros asuntos legales. Habíamos oído que mucha gente no aguantaba el boleo y, seguro por eso, no perdían tiempo en preguntaderas y contratos. Tampoco parecía importarles qué títulos teníamos o qué competencias lucían nuestras historias laborales.

El camello consistía en hacer encuestas en pueblos de la región, equipadas con una carpeta con gancho para asegurar las hojas y un bolígrafo pagados desde el propio bolsillo. Debíamos abordar gente de perfiles variados en la calle, puerta a puerta, o como se nos ocurriera. Nos pagaban el tiquete de ida y vuelta en tren y algunas *pelas*, que no estaban nada mal, por cada encuesta terminada y entregada. Parecía galleta: fácil y lucrativo.

Salimos un grupito de seis compatriotas, muy tempranito y muy animadas. A la salida de la estación nos dividimos de a dos y nos citamos en cuatro horas allí mismo para intercambiar y comernos juntas los sanduchitos que traíamos en la mochila. Con la Fanny, que era dicharachera y divertida, hicimos dúo para atarzanar a los transeúntes

con las mil preguntas del formulario de diez hojas. Cuando nos interpelaban que para qué tanta preguntadera, nos inventábamos que era para mejorar la calidad de los servicios públicos, o para potenciar la vida comunitaria o para cualquier otra mentirilla piadosa, ya que no nos habían dicho cuál era el objetivo de las encuestas, ni tampoco lo habíamos preguntado. Me fui pillando que indagaban mucho sobre la luz, los vatios, los bombillos, etcétera. Por la malicia criolla que poseo, sospeché que se trataba de un sondeo sobre energía nuclear o una central eléctrica. Seguro no nos decían para que no saliéramos corriendo por la culpa de ser cómplices de esas grandes empresas de bolsillos gordos, o porque era medio ilegal sacarle así, casi a la fuerza, información a la gente de a pie o quién sabe por cuál otra razón.

No era tan mamey la vaina, parecía más una cacería e íbamos fallando en casi todos los disparos. La mayoría de las personas nos volteaban el cachete, sin dejarnos siquiera terminar el encabezado. Los manes no se rebajaban ni a mirarnos, sería por el valor hiper cotizado de sus tiempos o por suspicacia, y de una nos echaban a un lado con un ¡quita, quita! Solo algunas personas mayores y una que otra mujer se compadecían de los ojos caídos que se nos pintaron rápidamente en el rostro. Decidimos enfocarnos en las presas fáciles y a la porra se fue lo de la diversidad de edades y el estatus social de los encuestados. ¡Qué tristeza tan tenaz nos fue invadiendo! Se hacía evidente por qué la gente no duraba en este camello.

Esos eran golpes muy duros a la autoestima y a los temores más primarios, a esas necesidades básicas de amor y aceptación de las que hablan los psicólogos. Venga y tenga que le tiraban a una groseramente la puerta en la jeta, o nos decían iandaos a preguntar esas mierdas a otro lado, sudacas...! En ese par de horas se me escurrieron hasta los talones el orgullo y el amor propio.

A la cita para almorzar llegamos muy aburridas, la mayoría había hecho solo una o máximo dos encuestas. Haciendo cálculos, la ganancia dividida por las horas sudadas daba una chichigua, y si se le sumaban el tiempo del trayecto de ida y vuelta, los costos de la carpeta con gancho, el bolígrafo, los sanduchitos, más los tres o cuatro cafés que ya nos

habíamos enchufado para subir energías, pues quedábamos en rojo, a pesar de que el sentido único de toda esta movida era ganar billete.

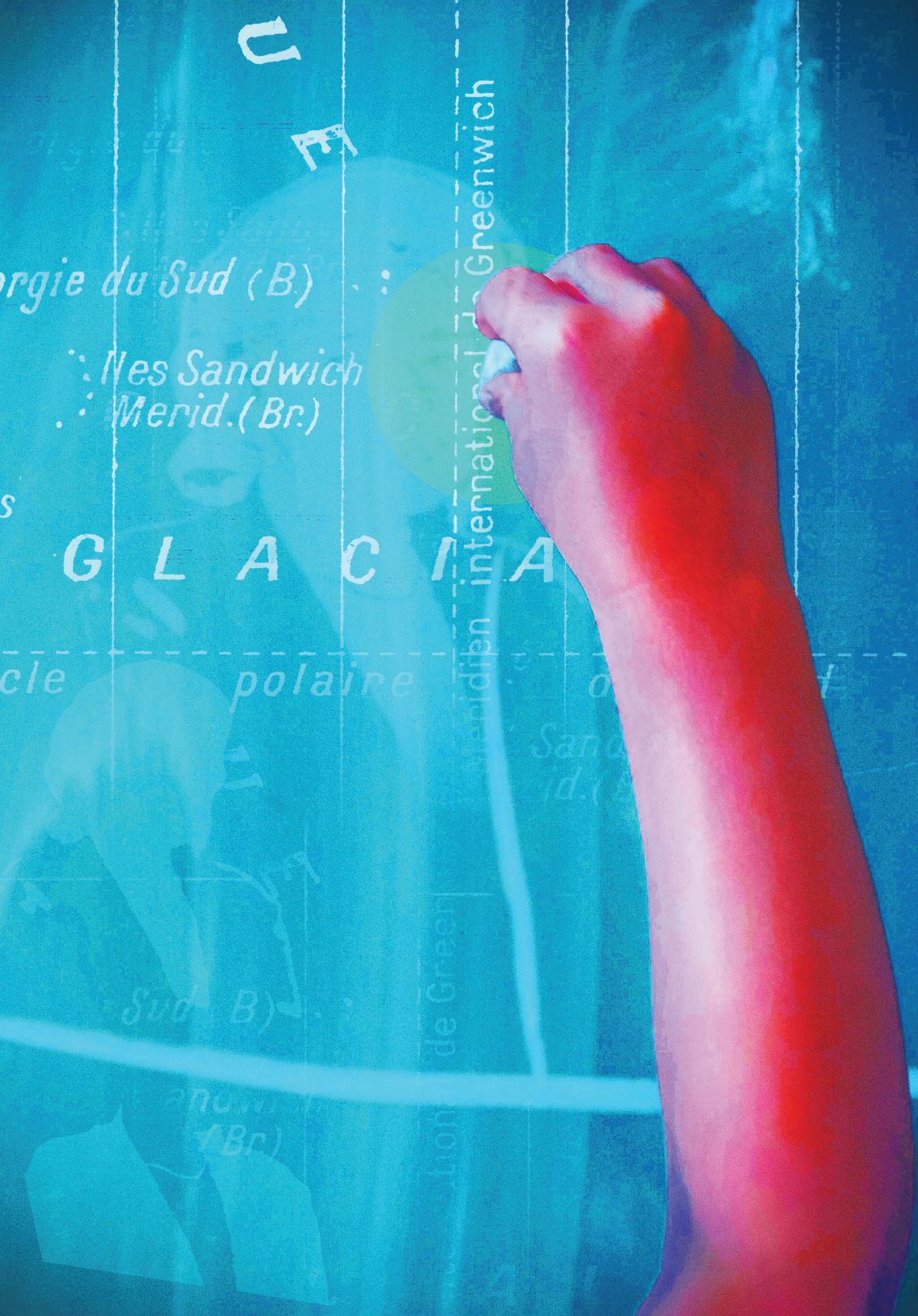
Después de la pausa decidimos cambiar la estrategia. Nos dividimos unas cuadras de apartamentos residenciales y cada una se fue sola. Por seguridad, nos pusimos cita cada dos horas en el bar de la calle Fortuny. Hágale mamita, saque fuerza y no se me desanime; cambio de acera; persíguese a ver si el Divino le ayuda, y vuelva y timbre; tómese otro café para subir la moral; dele mami, a sonreír y a seguir buceando en las cloacas del empleo informal; uy, le abrieron la puerta, eche labia: si este es mi primer trabajito, venga hágame el favor que esto es importante para usted y de paso me colabora a mí, si, es que como extranjera y medio varada, una tiene que ayudarse con estas labores; qué bueno que me cuente de usted y de su vida, pero no se me extienda mucho que lo importante es que me diga si usa muchos electrodomésticos, qué piensa de los precios del agua y de la luz, con cuantas personas vive; ay no, usted está triste porque se le murió hace poco su esposa, ay, qué pena, cómo duele eso; ah, usted viajó por América y conoció el Caribe; cuántos son sus ingresos mensuales: entre 0 y 500, entre 500 y 1000, entre 1000 y 2000 o más de 2000; las muchachas allá son muy bellas y tú estás muy guapa también, no será que tú y yo...; no se me acerque de a mucho, ni si le ocurra ponerme encima la mano, imarrano!; no gracias, no me puedo quedar a cenar con usted; disculpe, ya me tengo que ir; le agradezco mucho y que mi Dios se lo pague. Dele a otro timbre ya con mejor humor y auto amor y muy sorprendida por esa gracia innata para conversar con la humanidad, mirándole profundo a los ojos para escucharle sus cuitas.

Como a las ocho de la noche ya no nos daban más las patas, y emprendimos el regreso. ¡Qué éxito, me hice diez! Qué sagacidad para averiguar dónde hace la gente sus compras, y si sabe quién le vende la electricidad que consume. Qué memoria la que tiene, ya se sabe todo el formulario; y le fluye suave cuando mira con el ojo empático que abre los corazones y se le sale ese amor que lleva rebotando en el pechito con la paciencia para hablar con los ancianos que se sienten oídos por sus oídos. Y descubrir que los saberes de ese título universitario, al que le dedicó tanto tiempo y trasnochos, son mucho menos elocuentes que esa magia

de llegarle al alma a la gente con su cotorreo paisa. ¡Lástima mamita que haya sido solo para regalarle datos a los tentáculos del capital!

Por el maravilloso talento que se le destapó al realizar esta tarea, me la enviaron a unos pueblos aún más lejanos y más cercanos a parajes desolados, ideales para la construcción de centrales térmicas. Allí por esas lomas saltó al estrellato en la carrera de llenaencuestas, se fajó en hacer mapas de consumo y aperturas para nuevos mercados. Qué eficacia y qué manera de entrarle suavcito al chismorreio, y lo mejor, a ese precio barato y de manera bien dudosa. Tanto fue el éxito, que ya me la querían mandar por todo el territorio nacional a ensuciarse las manos con esas pesetas de engaño.

Sin embargo, gracias a los anhelos rebeldes de transformación que me habían obligado a salir huyendo del territorio patrio, al cabo de un par de meses y después de lograr resolver las premuras económicas más urgentes, le saqué el cuerpo a ese camello. Seguro que encontrarás rápidamente a otras inmigrantes necesitadas tan eficientes como yo, dispuestas a irse hasta los confines del universo a saquear información a precio de huevo. ¡Chao, gracias y hasta nunca querida y amable Montse, y que la vida nunca nos vuelva a juntar!



orgie du Sud (B) :

... Nes Sandwich
... Merid.(Br)

G L A C I A

cle polaire

Sud (B) :

... Sandwich
... (Br)

Meridien international de Greenwich

Huellas de la guerra

Gloria Romero Moreno

Hacía mi primera práctica de trabajo en un pequeño pueblo del norte de Suecia al que llegamos de Colombia. Hacía poco tiempo que habíamos empezado a estudiar el idioma y una persona conocida me comentó que la alcaldía necesitaba una persona que quisiera hacer una práctica en la escuela del pueblo para ayudar con los alumnos que hablaban castellano. Me pareció una buena forma para integrarme a esta nueva comunidad, así que me ofrecí. Mi trabajo consistía en hacer refuerzos de matemáticas y lenguaje a algunas niñas y niños latinoamericanos que habían llegado como refugiados.

Ayudarlos y hablar mi idioma con ellos era muy reconfortante y agradable, los sentía cercanos y les protegía de las agresiones de otros chicos; la mayoría eran de Colombia como yo y habían llegado por el mismo motivo, la guerra interna de nuestro país.

El más pequeño de todos se llamaba Pablito y tenía cuatro años. Era muy tierno y rebelde a la vez, a su corta edad ya cargaba con una historia de tragedia. Llegó con su madre y sus dos hermanitas mayores. El padre había sido asesinado en una de las tantas y espeluznantes masacres que tristemente han ocurrido en Colombia. Ellos se salvaron milagrosamente, pero vivieron el horror de ver morir a su padre.

Este pequeñito no quería hablar con nadie, tampoco quería comer. Cuando lo integraban a las clases, con frecuencia le daban las crisis de rebeldía, gritaba, pateaba y agredía a los demás, no importaba quién fuera. Entonces me llamaban a mí para calmarlo y ayudar a controlarlo, pero nada que lograba acercármele. Empecé a observarlo a lo largo del

día y me di cuenta de que cada mañana, cuando recibíamos a los niños en la puerta de la escuela, Pablito se quedaba mirando con mucha tristeza a un compañerito que siempre llegaba tomado de la mano de su papá, así que pensé que quizás el camino era hablándole de su papá. Y sí, así me le pude acercar. Fue un proceso largo y dispendioso, me costó mucho ganarme su confianza y que hablara conmigo, pero lo logré.

Cada que hacía una pataleta, lo tomaba de la mano y le decía “vamos a hacerle un dibujo a tu papá”. Entonces sus ojos le brillaban de alegría y su carita se iluminaba con una sonrisa. Con el tiempo me tomó afecto e hicimos un cuaderno con historias y dibujos para su padre. La clave había sido entender las razones de su agresividad y rebeldía y avanzar pasito a pasito. Pablo me enseñó que a pesar de la adversidad y la tragedia era posible volver a reírse y a jugar.



¿Infusion o infusión?

Luna Llena

Desperté adolorida por los efectos de la anestesia general. La enfermera entró para controlar mi estado. Me preguntó cómo me sentía y si tenía dolor. Yo, en un alemán relativamente fluido, respondí: “no me siento muy bien, estoy un poco adolorida” y ella, muy atenta a mi dolencia, me preguntó si quería una *Infusion*. El ofrecimiento me pareció adecuado, por lo que acepté gustosa. La enfermera salió en busca de esta. Yo seguía soñolienta. El efecto de la anestesia aún no desaparecía del todo. Cerré los ojos para descansar. Cuando los abrí de nuevo, ella estaba frente a mí con una jeringa terminando de ponerme algo por el catéter que tenía incrustado en mi mano derecha. La situación me pareció extraña, por lo que le pregunté: “¿qué medicamento es?” “¡La *Infusion*!”, dijo ella con un tono de obviedad. “¿La infusión?”, repliqué yo. La respuesta me dejó completamente confundida. No entendía nada de lo que estaba pasando. Yo había esperado una agua aromática en una taza, no algo que me mandara a dormir unas cuantas horas más. Necesité varias semanas, o meses quizás, no lo sé muy bien, para entender que lo que había ocurrido, era una confusión entre dos lenguas.

Hacía poco había superado los tiempos en los que aprender alemán era un asunto existencial con el que lidiaba cada día. Y es que aprender este idioma ha sido para mí, con justa medida y sin hipérbole alguna, la carga más dura de llevar como migrante en Berlín. Mis pocos avances me hacían sentir culpable y me desgastaba buscando las razones que me aclararan tal destino. La pregunta por el qué hacía tan difícil mi aprendizaje, se había instalado en mí. La estructura del idioma era sin duda

una justificación poderosa, bien porque no lograba aprender las reglas gramaticales *auswendig*, o sea de memoria, como cuando en la escuela intentaba aprenderme las tablas de multiplicar, o bien por lo agobiante que me resultaba seguirle el ritmo a las declinaciones y preposiciones que se mueven a su antojo según la posición, el movimiento, el lugar y los géneros. Y ni qué decir de mi acento, bastaba el ceño fruncido de mis oyentes, para incurrir en un balbuceo que me bloqueaba al punto de hacerme sonrojar y callar.

Con cada intento fallido, la culpa iba creciendo. Entonces me dediqué a elaborar nuevos argumentos a los que pudiese achacarle tal falencia, y en esa búsqueda, familiares, amigos o meros conocidos, fueron aportando ideas. Algunos decían que la causa de mi problema era la falta de voluntad para aprender, y aunque abiertamente nunca acepté esa razón, en el fondo, bien en el fondo, no estaba del todo en desacuerdo con dicho juicio. Y es que aquí entre nos, después de visitar por meses los cursos de alemán ofertados por el Estado me daba una hartera enorme ponerme a estudiar. ¡Cómo no desanimarme cuando se me obligada a aprender el idioma supuestamente para “integrarme”, así los llaman en Alemania, “cursos de integración”, pero lo que experimentaba en la cotidianidad era lo contrario! Era como un castigo “tener que integrarme”, pues al final, mi empeño por aprender no era suficiente para cubrir las exigencias burocráticas. Por ejemplo, ya sabía que a mí la dichosa integración no me alcanzaría para obtener un cupo en la universidad, dizque porque mis estudios no tenían el reconocimiento debido. Pensaba yo, “entonces cómo me integro”.

Además de que la causa de mis escasos avances en el alemán fuera la “falta de voluntad”, encontré otras razones para justificar mis déficits en el idioma. Siendo como lo soy, una feminista y activista social, me dije que el asunto se debía a las causas estructurales de la sociedad. Mi procedencia campesina y humilde sólo me permitió el acceso a colegios públicos que ya en mi época de estudiante habían dejado de ser institutos de buena calidad, lo que hacía que mi conocimiento de los idiomas extranjeros fuera muy básico o nulo. Pero el asunto es que fueran las razones que fueran, ninguna de ellas me llevó al “deje así” y

en cambio ganó ese otro dicho popular que pregonaba que “nunca es tarde para aprender”. En síntesis, concluí que el asunto era mi problema y la solución contundente: había que seguir aprendiendo con voluntad y esfuerzo. Entonces no sé cómo, me convencí de que lo que había que hacer era “tirarme al charco” y me dediqué a chapotear en el idioma. Sí, decidí hablar en alemán. Comencé imitando el acento de mi compañero y el de mis hijas, y me pareció que estaba progresando. Me llené de confianza y pensé: “Esto está como fácil, incluso, las palabras hasta se parecen. ¡Qué práctico!”. Ahí empecé a sacarle gusto a eso de aprender el idioma.

Todo marchaba muy bien. Hasta aquel día en el hospital. Resulta que, en mi alegría de estar por fin aprendiendo alemán, di por sentado que las palabras tenían su parecido, pero lo que no advertí en medio de mi fiesta de la anestesia, es que pueden sonar parecidas, pero eso no implica que signifiquen lo mismo. La palabra *infusión*, con letra minúscula y tilde en la “o”, que en español refiere a una bebida de hierbas aromáticas, es tremendamente diferente a la palabra *Infusion*, con mayúscula y sin tilde, que en alemán significa administrar un medicamento de modo intravenoso, y en mi caso, un analgésico para aliviar el dolor. Pasado el tiempo y aclarada la confusión, me quedaron dos grandes lecciones. La primera, que la similitud entre los dos idiomas en realidad es muy poca. Y la segunda, la más poderosa, aprendí a soltar las culpas. Las propias y las ajenas, dejé de sentirme culpable por no hablar un perfecto alemán y, por supuesto, aprendí a reírme de mí misma. Desde entonces, cuando veo cómo me saca canas este idioma, digo, “¡no mija, es que este idioma no me entra ni por vía intravenosa!”.

Nadie los ve

MariaE.

Cuando uno vive mucho tiempo en un lugar, las cosas pasan de manera desapercibida. Al salir de Colombia, me di cuenta de que aquello que parecía normal allá, en realidad no lo era; sí, todo se normaliza, incluso el terror. También empecé a recuperar la capacidad de asombro que se va perdiendo cuando el miedo gobierna la cotidianidad, como ocurría en mi Cali querida por cuenta de la muerte y la inseguridad.

Y es que allí pasaba de todo y a diario. No había día sin accidentes con muertos o heridos, robos y mucha pobreza, esta era la cara oscura de mi ciudad; pero también había una cara linda, fresca, de amigos en tertulia, de familia, de comidas ricas, de gente sencilla y muy alegre. Era tanto el contraste que me desbordaba a veces y ya viviendo fuera del país, trataba de conservar sólo la cara amable y alegre de Colombia, pero siempre algo o alguien me devolvía de un golpe a la realidad.

Así pasó un día cuando iba en el tren con una amiga sueca, que conocía muy bien a Colombia y por cuestiones de trabajo iba constantemente al país. Con ella hablábamos mucho de todo lo que pasaba allá, ella era una enamorada de mi linda tierra. Un día entre charla va y charla viene, me preguntó de qué ciudad venía y le contesté que de Cali. Entonces me dijo, “he estado allí en mi último viaje, en una zona muy pobre, donde los niños tienen el pelo blanco”. Yo me quedé mirándola y le dije, “estás equivocada, en Colombia no hay niños de pelo blanco...” y me respondió, “mujer, que sí, que los he visitado, en un sector de Cali, por eso te lo cuento. Son niños que están en un nivel de desnutrición tan alto que el cabello pierde su color”. Quedé muda y solo atiné a decirle: “yo nunca en mi vida vi esos niños en mi ciudad”, a lo que mi amiga me respondió: “¡es que nadie los ve!”. Sin poder contener las lágrimas lloré en silencio, en un tren repleto de gente.

**Vínculos que
nos sostienen**

Ejercicios de desnudez

La Mendy

Estoy sentada en un escritorio blanco, dentro de una habitación blanca, con los muebles blancos, en un escritorio que no es el mío, en una habitación que no es la mía, en una casa que tampoco es mía y en un país que no es el mío. Miro con insistencia una hoja de papel blanca y una pantalla de computador también blanca, buscando un momento de catarsis y de suprema valentía para plasmar letras negras en esa blancura.

Debo escribir unas postales de vida. Estoy participando junto con otras mujeres en un taller de narrativas del exilio; vivimos en países diferentes, no todas nos conocemos. Nos reunimos virtualmente, con la misma alegría de quien sale a tomarse un café con sus amigas de toda la vida en la tienda del barrio. Me reconforta la sororidad que puedo encontrar allí; ellas, al igual que yo, están haciendo el difícil ejercicio de excavar dentro del alma y plasmar momentos e instantes en palabras que otros leerán. Sé que de sus voces saldrán historias fuertes, tocantes, plenas, con la humanidad galopante, llenas de aquella dignidad que sólo quien ha caído y se ha levantado sabe tener.

Ellas serán mis primeras lectoras, mujeres en mi condición, mujeres de aquellas que saben arrugar el alma cuando es necesario, alzar la cabeza y caminar erguidas con la mirada fija hacia adelante, mujeres que tuvieron la valentía de dejarlo todo y de reconstruir sus vidas en tierras lejanas y desconocidas, mujeres que van batallando por la vida, militando su destino y que hoy tienen el coraje de contarle al mundo qué significa eso de vivir sin tierra.

Comienzo el viaje interno excavando en mi memoria que más parece uno de aquellos laberintos de Matera, la ciudad italiana dragada en la roca desde los tiempos del paleolítico. Un laberinto lleno de puertas que no son puertas, sino más bien huecos abiertos. Huecos que en el acto

de vivir, yo transformé en puertas conectadas entre sí por un corazón pulsante de alma antigua con raíces que voy plantando y arrancando de continuo. Tantas puertas. Unas cerradas con candados gigantes, cuyas llaves no tengo idea dónde están. Unas mal cerradas, otras apenas ajustadas. Otras que no recordaba que existieran y otras abiertas de par en par, ahí, pulsando. Algunas se niegan a abrirse con el viento, otras en cambio, se conceden al recuerdo con candidez. Puertas, puertas y más puertas.

Aquí se trata de ponerse al desnudo. Por cada puerta que abro, se derrama un torrente de lágrimas que emergen con más velocidad que las palabras. Es una experiencia que me asusta y a la vez me sorprende, pues el sujeto de la escritura soy yo misma. Todo un reto, siempre he sido exageradamente reservada, no estoy acostumbrada a hablar de mí, vivo con el frenesí de alguien a quien se le va a acabar la vida y con la parsimonia de quien piensa que tiene todo el tiempo para vivir por delante. Como un salmón nadando siempre contracorriente. Me resulta difícil mirarme o analizarme, siempre estoy en función de los demás. Pero aquí me veré y permitiré por primera vez que otros me vean.

A veces me siento como un “Juan sin tierra” y su canto continuo a la rebelión. ¿Qué imágenes escoger? ¿Sobre qué escribir? ¿Cuál historia narrar entre tantas vidas vividas y negadas, para que aporte algo valioso a otras mujeres y se una armónicamente a otras voces que harán este mismo ejercicio, sin resultar melodramática? ¿Sobre cuál mujer hablar, somos varias las que vivimos aquí dentro, tantas como las vidas que he tenido que reinventar?

No hay otro camino que dejar que las cosas vayan fluyendo, que se abra la puerta que quiera abrirse y que salgan las palabras que quieran salir con humildad y sin pretensiones literarias. La tinta negra dejará plasmados algunos de mis adioses, de mis lutos, de mis pérdidas y de mis derrotas, pero también saldrán a flote mis triunfos, mis resiliencias, mi amor por la cultura, por la danza y la música, mis momentos felices de reconexión con Colombia y el recuerdo de mi bella madre, mi compañera y cómplice incondicional en esta aventura llamada vida, cuya ausencia aún me duele.

La voz de la esperanza

Linda Rakel Rengifo Cuero

En esos días que se me hacían eternos y sentía temor cada vez que me hablaban, un ángel se presentó en mi camino. Sabía español, me dijo que ahí estaba para servirnos, que con todo gusto podía preguntarle lo que quisiera y que si queríamos podíamos usar su WhatsApp para comunicarnos con mi familia. Ese ángel era una mujer, venía de El Salvador y estaba en proceso de asilo, al igual que mi hermana y yo, y nuestros bebés.

Cada una quería ser la primera en llamar, hicimos *chin bum papas* y yo gané, no podía decidir a quién llamar primero y sabía que mi hermana también estaba deseosa de hablar, así que optamos por llamarlos a todos al tiempo: a mi mamá, a mi cuñado, al papá de mi niña y a mi abuela que vivía con una prima. No nos aguantábamos las ganas de verlos y oírlos de nuevo. Uno a uno fui guardando los números en el celular de nuestro ángel para hacer la videollamada grupal. Fui yo la que marqué. Apenas contestó mi mamá, la primera en hacerlo, esa habitación con dos camas de hierro vacía y fría, se llenó de alegría. Me temblaba la voz, todos lloramos de emoción, llevaban casi diez días sin saber nada de nosotras, ya que habíamos quedado incomunicadas al tener que entregar los celulares en el proceso de pedir asilo. Todos preguntaban al tiempo de todo, querían saber cómo estaban los bebés, cómo habíamos llegado, cómo nos habíamos podido comunicar con ellos, que si estábamos comiendo bien, que si hacía mucho frío, que si había sido muy fuerte el viaje, que cuándo saldríamos de ahí, que qué seguía. La llamada no fue muy larga, nos pasábamos el celular la una a la otra y les mostramos a los niños. Como yo había cumplido recientemente, mi prima me preguntó qué se sentía de cumplir años por fuera de Colombia. Con pesar nos despedimos, pero con la esperanza de algún día podernos reencontrar y abrazarnos con todas nuestras fuerzas.

Lazos de amistad

Gloria Romero Moreno

Nunca pensé que en este país tan lejano y tan frío fuera a escuchar a alguien de aquí decirme en sueco *Jag äskar dig som min lillasyster*, lo que traduce “te quiero como si fueras mi hermana menor”. Así ocurrió.

Mi primer empleo en Suecia fue en las oficinas de migración e integración del pequeño pueblo en el que vivíamos. Cuando llevaba algunos días trabajando allí, me di cuenta de que había una empleada que nunca salía a almorzar. Era una mujer madura, alta, rubia, de ojos azules; cuando joven debió ser muy bonita, aunque aún lo era, ahora estaba muy delgada y en su rostro se reflejaba el dolor y la tristeza. Siempre que llegábamos del descanso de medio día la encontraba sentada en un sillón al lado de la ventana con la mirada perdida y los ojos irritados como si hubiese llorado.

Pasaron varios días hasta que por fin decidí preguntarle qué le pasaba y por qué lloraba. No me contestó gran cosa, o mejor, no le entendí, pero al día siguiente me buscó y me pidió que la acompañara a la cafetería a donde tomábamos el refrigerio en los descansos. Llevaba en sus manos un paquete envuelto en papel amarillo que puso sobre la mesa en la que nos sentamos y al desenvolverlo me mostró un álbum fotográfico donde aparecían ella y tres niños preciosos jugando en un parque. Luego, poco a poco, fue mostrándome las demás fotografías, mientras que por sus mejillas rodaban las lágrimas. Estaba desecha y conmovida, hacía apenas un mes su hijo menor de solo trece años había muerto. Estaba viviendo la peor tragedia de su vida y, según sus palabras, que yo apenas entendía, no tenía fuerzas para seguir viviendo.

Yo quedé muy impresionada con ese relato, sentí mucha pena y dolor, y traté de darle ánimos, le dije que aunque no podía hablar bien el sueco, contara conmigo y con mi apoyo. Al día siguiente la invité a almorzar a mi casa, le dije que talvez en compañía de nosotros y viendo otra comida, sintiera un poco de apetito. No aceptó, pero le arranqué la promesa de que un día ella llevaría su propia comida y así compartiríamos mi mesa y hablaríamos un poco. Entendí que su negativa obedecía a razones culturales muy arraigadas. Los suecos son hospitalarios y amables, pero para muchos es muy difícil probar comida de otros países, son muy cuidadosos con las alergias y las intolerancias a ciertos alimentos. Durante varias semanas ella llevaba su propia comida y almorzábamos juntas en mi casa, eran sólo unas cuantas cuadras las que caminábamos desde el trabajo. Así empezamos nuestra amistad.

Con Margareta, así se llama mi amiga, conversábamos mucho, a pesar de las grandes limitaciones a causa del idioma. Los temas más comunes que tratábamos eran nuestras pérdidas, ella había perdido a su hijo y yo mi rumbo en la vida, mi país, mi identidad, me sentía extraviada en un país que no era el mío. Después de un tiempo, ella y su esposo Jordi por fin aceptaron una invitación a degustar una crema de ahuyama y unas ricas empanadas colombianas que son una de mis especialidades. Desde luego les encantaron y las denominaron *Got Mat* que significa “comida rica”.

El esposo de mi amiga era un danés que vivía en este país desde hacía mucho tiempo. Con ellos compartimos momentos inolvidables, nos invitaban con frecuencia a una finca hermosa que tenían a la orilla de un lago en las afueras del pueblo; acostumbraban a preparar una exquisita comida sueca en la que siempre había salmón o carne de alce, el animal nacional de Suecia que cazan cada año por el otoño, su carne es deliciosa. Así, fue naciendo entre las dos familias una bonita amistad. Estaban muy agradecidos con nosotros porque habíamos sido un apoyo para salir de la crisis y aliviar un poco el dolor que tenían.

Fue una época de descubrimiento de este país, conocimos muchos lugares, mejoramos el idioma y aprendimos de la gastronomía sueca; también dimos a conocer con mucho orgullo la nuestra.

Tiempo después mi esposo sufrió un terrible accidente en el trabajo y ahí estuvieron presentes para ayudarnos a llevarlo a la clínica, que quedaba a muchas horas de donde vivíamos. Fueron un apoyo muy grande con el idioma, y sobre todo con sus palabras de fuerza y solidaridad. Mago y Jordi constituyeron un pilar en esos momentos tan difíciles que nos tocó vivir.

Desafortunadamente Jordi murió hace algún tiempo y para nosotros significó una gran pérdida, era nuestro amigo. Aunque ahora vivimos a muchas horas de distancia, Mago es mi mejor amiga en este país. Nos comunicamos con frecuencia y tenemos largas conversaciones por teléfono, ella dice que me quiere como a una hermana. Para mí ella también es como una hermana.

Nostalgias sensoriales en la lejanía

La Mendy

Una mañana de invierno desperté con ganas de comer algo que me devolviera en el tiempo y el espacio a un pedacito de Colombia. Cerré los ojos en busca de aquellas imágenes de la cocina criolla de las abuelas y por un instante me pareció ver sus manos mulatas y mestizas trajinando con los calderos, las viandas y los aliños. Se me hizo agua la boca, el bendito hipotálamo y el estómago vociferaban con fuerza. ¡Me muero por un sancocho de pescao! Me muero por un jugo de guayaba, de lulo, de tamarindo, de corozo, me muero por un mango biche con sal y limón, y me muero por un agua e' panela con queso. ¡El deseo era tan fuerte! Entonces comprendí que era nostalgia, esta vez no por las personas, sino por los sabores y los olores de la tierra en que crecí.

¿Y si pudiera cocinar algo de esto aquí? ¿Pero dónde carajo puede uno encontrar los productos en esta parte del mediterráneo que parece hecha sólo de pasta y de pizza? Horas después, en el curso de italiano para extranjeros, mis compañeros me hablaron del lugar donde vendían los llamados productos y alimentos “exóticos”.

Aún no conocía bien la ciudad, pero decidí irme a la aventura y siguiendo las indicaciones dadas, me recorrí el centro histórico a pie y fui a dar al famoso Mercado de Piazza Vittorio, un mercado de cien años que sobrevivió al fascismo y a la guerra, ubicado en el barrio Esquilino, conocido por todos como el corazón de la Roma multiétnica. Allí estaba, en esa plaza maravillosa y colorida, llena de árboles, que para ese entonces me parecían enormes.

Emocionada inicié el recorrido entre los rostros y las voces incomprensibles bangla¹, africanas, chinas, marroquíes, filipinas, era un viaje a un mundo de colores, flores, quesos, carnes, verduras, legumbres,

1. Término romano para referirse a las personas de Bangladesh.

frutas y especias de todo tipo. Me sumergí como en un trance, oliendo cada cosa, probando todo lo que podía y hasta lo que nunca había visto, incluido un kiwi que mordí con todo y cáscara. ¡No! ¡Se come sin la cáscara! ¡Ah, no sabía!

En el fondo del mercado, finalmente encontré lo que buscaba. Para quienes fuimos criados a punta de yuca, ñame, batata, plátano y suero, dar con esos productos en estas lejuras es como ver al Espíritu Santo. El quiosco lo atendía un africano altísimo y sonriente que se esforzaba para hablarme en español, explicándome que la mayor parte de sus clientes eran de Latinoamérica y que muchos de los productos que vendía, también hacían parte de los platos tradicionales africanos. Me sentí en casa y poco me importó que, paradójicamente, casi todos los manjares tuvieran procedencias tan distintas: la harina para las arepas era venezolana, la canela venía de Ceilán, la pimienta de olor y el arroz venían de la India, el arequipe era argentino. ¡Y cómo así que al piloncillo mexicano, se le llama panela! El bocadillo, los mangos y la papaya del Brasil, el achiote de México, la guayaba de Marruecos, los aguacates de Israel, la piña de Costa Rica.

Ese día me reconcilé con la vida a través del paladar y decidí que esa plaza se convertiría en el refugio perfecto para las varias urgencias gastronómicas y ancestrales que de vez en cuando me afligieran. Compré todo lo que me cupo en dos bolsas, incluida la carne, y regresé feliz, lista para preparar mi primer sancocho en otras tierras. El resultado fue un plato deliciosamente híbrido y levanta muertos. Por supuesto no sabía igual al de mi abuela guajira, sabía a la diversidad de todos los mundos que cupieron en ese plato de sopa.

Desde entonces, cuando me siento desorientada y sin brújula, me basta una cucharadita de algo así para recordar de qué fibra estoy hecha y quitarme esa sensación de no ser ni de aquí, ni de allá. La cocina es una de mis resiliencias. Por increíble que parezca, esta experiencia me ayudó a comprender que en realidad soy parte de un todo y que no son los lugares los que me determinan. Mi hogar está en la memoria que llevo dentro, en la que construyo día a día y en la huella que voy dejando en mi trasegar por el mundo.

Una alianza impredecible

Berta Ligia Quiroz Botina,
enlazadora del mundo

Es invierno y estoy embarazada de dos meses, poco se nota mi barriga. El frío y el viento azotan mis labios, los tengo un poco agrietados, a veces hasta llegan a sangrar, debo de protegerlos con hidratante. Llevo puestas unas botas, sin tacón, muy cómodas para caminar, y un gorro rojo. Voy muy arropada, hoy me he puesto un suéter grueso de lana colorido que me regaló una amiga en Ecuador, país en el que viví asilada junto con mi familia durante dos años, y de donde tuvimos que salir luego de un atentado contra mi vida.

A España habíamos llegado en 2003 gracias a la gestión de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el apoyo de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) que nos dio los pasajes. Ya aquí en Sevilla, por orientación de Naciones Unidas, la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) nos tramitó un “permiso de residencia” que debíamos renovar cada año. Esta era una gestión de la que me encargaba yo; en los países de destino, solemos ser las mujeres las que realizamos las gestiones de tipo administrativo, jurídicas, de salud, en educación, de ayudas sociales, entre otras, puesto que nuestros compañeros, en su mayoría, están laborando en los horarios de atención, así que sí o sí debemos encargarnos de los trámites, lo que además nos dan una tranquilidad que es extensiva a nuestras familias. Debo reconocer que al ocuparnos de este tipo de gestiones, las mujeres terminamos adquiriendo este tipo de habilidades instrumentales y, a la final, somos las únicas que podemos hacerlas.

Ahora estoy aquí de nuevo para renovar nuestro permiso, la abogada de CEAR me dijo que esta vez lo harán con mayor cobertura o sea que nos lo extenderían a permiso de trabajo. Mi familia está muy ilusionada con la noticia de que pronto nos acompañará otro integrante en nuestro hogar y queremos recibirlo en otras circunstancias.

Las gestiones administrativas se realizan en la Oficina de la Subdelegación de Gobierno de Valencia ubicada la Calle de los Maestres; el edificio es antiguo, color marrón, sus techos son muy altos y cuenta con varias divisiones o cubículos abiertos de manera que quien quiera puede enterarse de lo acontecido. Las pocas sillas no dan abasto para atender el gran número de personas que acudimos con una cita previamente pactada; como he dicho, hay muchas mujeres y algunas llevan a sus bebés en brazos o en cochecitos. Todo es muy bullicioso. Los tiempos de espera son muy largos, por lo que hay que tener mucho aguante y a la vez estar alerta, porque si uno se descuida pasan a la persona siguiente en la lista y se pierde el turno.

A quien le corresponde nuestro caso es a un funcionario que se llama Francisco, su asistente le dice Paco. Se trata de un hombre alto, delgado, de unos 45 años, con los ojos achinados. Es él quien, en voz alta, me lee la resolución de renovación no favorable a nosotros que ha llegado de Madrid por parte de Organización de Asilo y Refugio (OAR). Siento que una vez más se pisotea mi dignidad y la de mi familia. Mi mente rememora los momentos dolorosos que hemos vivido haciendo declaraciones en Colombia y en Ecuador sobre el motivo de nuestro desplazamiento forzado, la indiferencia de la mayoría de las funcionarias y funcionarios de los ministerios de Relaciones Exteriores por el sufrimiento ajeno, y la angustia de tener que retornar a mi país de origen que prácticamente nos expulsó, que nos ha desconocido como ciudadanos y ciudadanas, un país en el que la vida no vale nada. Después de terminar su lectura, el funcionario me dice: “Te recomiendo que solicites también asilo en este país”. Con la voz quebrantada, casi tartamudeando y llorando, le digo que no entiendo cómo España, que en su momento aceptó nuestro reasentamiento o acceso a un tercer país, ahora no nos permite renovar nuestro permiso de residencia, a lo que fríamente me responde: “Si

quieres estar regular en este país, debes solicitar asilo como lo hiciste en Ecuador y tu caso entrará a ser valorado”.

¡Cuánta impotencia! Mi dignidad hecha añicos me da fuerza argumental; le dije que la Oficina de Protección de ACNUR en Ecuador me había dicho que ya todo estaba gestionado con CEAR, que aquí tendríamos más garantías al llegar y contaríamos con la visa 12 IV o status de refugio al ser reasentados y que nos documentarían por más tiempo para lograr iniciar con mayores garantías un nuevo proyecto de vida. Con mucha contundencia le dije al funcionario que me sentía engañada y eso que en ese entonces no era consciente de que se trataba de otro tipo de violencias, en este caso era la institucional. Con esa resolución nos encontrábamos en un limbo legal, éramos unos más de los que mal llaman “sin papeles”, estábamos nuevamente sin ningún tipo de protección en un país que un día nos había prometido otro trato.

Francisco fue tan contundente como yo y de manera fría me dijo que empezara los trámites para solicitar nuevamente asilo en España y que de su parte ya no tenía nada más que decir, que había más personas esperando su atención, de modo que me hizo el gesto con su mano para que desalojara el lugar. Su ayudante me dio un papel pequeño con los datos para que empezara los trámites. Salí desecha y me senté en el pasillo. Mi cabeza estaba muy confundida, no me esperaba esto, todo iba en contravía de lo dicho por ACNUR en Ecuador, nuestra sobrevivencia se desmoronaba, más aun con menores a cargo, sin redes familiares, amistades de confianza, estatus, empleo, formación que acreditara mis capacidades, sin experiencia laboral en el país de destino y lo peor: con mi dignidad más que pisoteada y sin una brújula que me señalara un rumbo para nuestra sobrevivencia.

Aunque mi dolor no mitigaba, luego de unos días de parálisis, empecé de nuevo la lucha. Atendiendo a la información requerida por el ayudante de Francisco, así como a las recomendaciones de la ACNUR tanto de Ecuador como de Madrid, conseguí los papeles para efectos de solicitar asilo nuevamente en este país, aportando pruebas para demostrar la negligencia y violencia de la institución pública por no saber qué hacer en un caso atípico como el nuestro.

Aún no se había acabado el invierno y aquí estaba de nuevo en la Subdelegación de Gobierno con todos mis papeles. Hoy es mi día de suerte, me han atendido pronto, lo que disipa la molestia que se me revive al entrar al recinto. Cuando estoy sentada frente a Paco, él me observa y me sonríe, situación atípica en nuestros encuentros; su mirada se dirige a mí, abre más sus ojos achinados y no duda en preguntarme por mi tiempo de gestación y el sexo del o la bebé; yo creo que rápidamente hizo cuentas del tiempo que transcurrió desde nuestra última cita y recuerda a la mujer afligida, con los ojos encharcados de lágrimas, por la noticia que me había transmitido.

Ese día tenía frente a mí a otro Paco, le conocí su sonrisa bonita y la paciencia en sus orientaciones, lo sentí empático y con más capacidad de escucha, incluso me orientó para completar algo que me faltaba; pero que era parte de la burocracia. La comunicación entre los dos era más asertiva, tanto así que le confié que mi hijo sería varón y que su primer nombre sería como el de él, Francisco. Para despedirnos me atreví a reconocerle que este había sido un encuentro muy especial para mí, pese a estar tan preocupada por si los documentos que llevaba cumplían las expectativas. A manera de broma le dije que, si así sería a futuro su manera de atender, iría más a menudo, con lo cual logré sacarle otra sonrisa; su ayudante, un estudiante de derecho que era más simpático, celebró mi comentario haciendo eco. Le dije que para las personas migrantes era muy importante interactuar con funcionarios amables, seres humanos que nos abran las puertas para poder hablar con tranquilidad.

Meses después Paco y yo nos volvimos a encontrar. Esta vez, al igual que otras mujeres, acudí con mi bebé en su cochecito, quería presentarle a Francisco Geovanny. Apenas me vio sonrió y me hizo un gesto de espera, y apenas pudo se acercó a observar a mi niño. Fue tal su ternura que no se aguantó y me pidió permiso para cargarlo en sus brazos, lo presentó a sus compañeros y compañeras, y me dijo que era un niño muy especial y que sería como su madre, un chico aguerrido, que tenía genes para seguir mis pasos como lideresa.

Como tuve que acudir en varias ocasiones a su despacho por la solicitud de protección internacional y a hacer declaraciones nuevamente,

nuestra amistad se fue consolidando y se dio más confianza, entre nosotros, así que hasta le comentaba de mis gestiones en otros ámbitos. Yo siempre iba con mi bebé, por lo que Paco se encariñó con él al punto que un día me pidió que le regalara una foto de él y así lo hice, era un gesto que señalaba de alguna manera una bonita amistad que lleva ya más de quince años.

Paco se ha convertido para mí en un referente de funcionario y ha sido un gran apoyo en mi trabajo como educadora social y mediadora intercultural en organizaciones del tercer sector en la atención a la población migrante.



await (EU)

Équ

Phénix
(B)

mo

La visita

MariaE.

Después de la muerte de mi padre, pasaron varios años antes de que mi madre y mi hermana pudieran venir a visitarme a Estocolmo. Fue en una primavera, llegaron en el mes de mayo y aunque la ciudad estaba vestida de colores con sus hermosas flores, el calor aún no se sentía en las calles. Mi madre ya no era la mujer acuerpada que había dejado años atrás en Colombia, ahora estaba muy delgada, tenía la tez de la cara muy blanca, llena de arrugas finas que le daban un aspecto señorial. Mi hermana por su parte había recuperado un poco de peso y se había dejado crecer nuevamente su hermosa cabellera.

A las dos las recuerdo saliendo de Migración, por ese túnel decorado con rostros de artistas y deportistas famosos que dan la bienvenida a quienes llegan; aún guardo en mi memoria la imagen de mi madre entregándome un hermoso ramo de flores amarillas y ese fuerte abrazo en el que los cuatro nos fundimos como si no quisiéramos separarnos nunca más.

Recuerdo como si fuera ayer la llegada al apartamento. Los regalos más preciosos que me traían eran los olores de mi Colombia. Al destapar una de las maletas, nos transportamos a mi Valle del Cauca, mi madre sonreía al vernos; es increíble cómo el olfato de los alimentos de la tierra, despierta imágenes y recuerdos, amores y sentimientos. El olor a chontaduro me transportó a las tardes frescas en la colina de San Antonio, abrazada a un amor o en compañía de mis viejos amigos. Los pandeyucas me llevaron al campo, a la casa de mis abuelos maternos, a las tardes en familia, disfrutando de un café con pandeyuca. Todos esos

lores eran maravillosos, recuerdo que mi hermana me dijo, “te traje dos manguitos de los que te gustan”, mango común, solo dos y los disfruté con tanto placer; ese olor acaramelado y dulce que siempre me conduce a mi niñez; me hizo sentir que había esperanza del regreso.

Durante la estadía de ambas en Estocolmo, solíamos caminar por las callejuelas de la ciudad vieja, admirando esta cultura antigua y añorando la nuestra, llena de carcajadas y desparpajo para hacernos la vida más llevadera en medio de tanta muerte, injusticia y olvido. Muchas cosas admirábamos juntas en este hermoso país, la limpieza de las calles y parques, la cantidad de árboles y bosques que hay en toda la ciudad. Suspirábamos las tres mientras comentábamos: “lástima que en Colombia se talen más árboles de los que se siembran y que no nos duela destruir árboles milenarios, para construir avenidas, como lo hicieron en Cali, para hacer las tales vías del MIO”. Y así entre charla y charla, en la calle o mirando a través de la ventana del apartamento, nos decíamos: “aquí no pasa nada, ni un chisme, ni un suceso” y reíamos a carcajadas al comparar la situación con lo que se acostumbra a vivir en el barrio. Mi hermana decía, “es como si todos se hubiesen escondido para no verse, ni tocarse, ni olerse”, y yo contaba la anécdota de mi amiga caleña que decía: “yo puedo salir desnuda a la calle, gritando como loca y nadie se dará cuenta”.

“Es la soledad de la riqueza, de la individualidad, de la autosuficiencia”, les explicaba yo, “aquí todo está planeado para que cada persona sea responsable de sí misma y tenga lo que necesita”. “Muy bueno”, respondían ellas, “pero no hay como nuestra querida Colombia, allá todo falta, pero se lucha; aquí todo se tiene, pero se vive sin ilusión, es una jaula de oro”.

“Estocolmo es realmente frío”, se quejaba mi hermana, “pero no es solo el clima, es la frialdad de la gente, no miran a nadie, en los trenes todos leen o miran sin ver, qué cosa más rara son estos suecos, realmente fríos y oscuros”. Ella, con su mirada de filósofa y artista, no dejaba pasar de lado sus reflexiones sobre mi nuevo país: “te viniste a vivir al país más cuadrículado del mundo. No hace falta sino mirar las pinturas que hay en las estaciones del tren, los diseños de las casas, la forma como visten para

ver la simetría en todo, mucho cálculo hay aquí, no entiendo cómo no se vuelven locos, con tanto orden y planeación. Es extraño, es todo muy bonito como de cuento, pero es tan frío y tan vacío. Mucho hielo, aunque no es invierno y las flores tan lindas, la ciudad sonríe, pero la gente es seria, ay hermana ¿cómo te has acostumbrado?”.

Mi madre, por su parte, pensaba que todo era muy bonito, solo que la gente quería transmitir que eran autosuficientes, que no necesitaban de nadie y por eso se negaban a la comunicación y vivían metidos en sus propias burbujas. Mamá era así, miraba el mundo con lentes de benevolencia, por ejemplo, un día antes de regresar me dijo: “hija, cuando te sientas triste, piensa que Dios está en estos bellos paisajes y que no importa que esta gente no necesite de nadie”.

Durante un mes logramos reconstruir un poco lo perdido y ellas descansaron del bullicio y del ajetreo de una ciudad como Cali, recuperaron el sueño perdido en el silencio profundo que se vive a diario en esta ciudad, durmieron mucho, como nunca lo habían hecho. Pero también aprovechamos el tiempo, para estar muy juntas, compartir, reír y llorar. Mi exilio siempre fue muy difícil de entender para ellas, pero logramos en la tranquilidad de estas tierras al norte del mundo, asimilar un poco más lo vivido. Atrás quedaron los reproches de mi ausencia en momentos en los que debí haber estado a su lado para apoyarlas; atrás quedaron las historias sin contar y las llamadas a medias; ahora estábamos presentes, nos podíamos ver, nos podíamos abrazar. Así que, al verlas desaparecer a través de las puertas del aeropuerto, cuando regresaron a Colombia, me quedé con un dolor muy profundo.

40



Por fin juntos

Linda Rakel Rengifo Cuero

Los nervios dominaban mi cuerpo. Mis manos sudaban, mi corazón latía a mil y tenía ese dolorcito en el pecho que me da cuando estoy ansiosa. Después de un mes de no vernos y pensar que nunca más nos veríamos, estaríamos por fin juntos. Al día siguiente vería a mi príncipe azul. Quería verme lo mejor que pudiese para él, para nuestro reencuentro, para empezar esta nueva vida. Hice todo para estar hermosa con lo poco que tenía, otras chicas que estaban en el campamento me habían ofrecido su ayuda para arreglarme. Pero no alcancé a hacer todo lo que tenía pensado.

De pronto tocan a la puerta del cuarto. Abrí pensando que eran las personas de apoyo del refugio que con frecuencia pasaban a ver si necesitábamos algo. Pero no, era él, no lo podía creer, pensé que era un sueño, lo vi hermoso, lo abracé, me dijo también que yo estaba hermosa y lloramos abrazados. Fue lindo sentir su cuerpo, olerlo, palparlo, escuchar su respiración y el latido de su corazón. Era de verdad, no me lo estaba imaginando. Salomé lo miraba una y otra vez.

Él tuvo que quedarse un tiempo en Colombia, pues no había dinero para su viaje. Se sacrificó viviendo ese infierno donde nos robaron la voz, la tranquilidad, la felicidad, por no pensar igual que unos cuantos y defender a la gente que le da miedo hablar, a la gente que cree que no vale, que no tiene derechos.

Yo me vine con el corazón en la mano y por semanas no supe de él. No sabíamos si podría viajar y si llegaría a Noruega. Un día me prestaron un celular y me dijeron que alguien me llamaría; como no conocía a

nadie, estaba un poco intrigada. Cuando sonó el celular y escuché su voz diciendo “mi amor, lo logré”, lloré de la emoción. Gracias a Dios estaba vivo y ya cerca a nosotras. Esos cortos minutos en los que pudimos hablar fueron hermosos, mágicos.

Después de su viaje pasaron cuatro eternos días para vernos; los pasó en un *container* en aislamiento por causa del bendito *covid*. Todos los días preguntaba si ya nos podíamos ver, hasta que se hizo realidad. Nos abrazamos, nos besamos, estábamos juntos. El amor da fuerzas y una gran valentía.

Raíces

Luna Llena

Ante el impedimento burocrático para acceder a la universidad, logré que me financiaran una formación continua en terapia sistémica y asesoría social en un instituto privado. Y aunque esta formación no era lo que yo, de haber tenido la libertad plena para escoger, hubiese elegido, no era tampoco algo que me disgustara del todo. La rutina de ir a estudiar, encontrarme con mis compañeras y compañeros, hacer las prácticas colectivas y crear escenarios de reflexión y aprendizaje, me entusiasmaba. Aprender me llenaba de satisfacción. Éramos un grupo de doce estudiantes. Solo dos éramos migrantes, un hombre iraní y yo. Nuestras clases se dividían por módulos y aprendíamos, como es común en los estudios psicosociales, a partir de la experiencia propia.

Una de estas prácticas fue hacer mi genograma familiar. Teníamos cuatro semanas para explorar nuestra historia familiar y plasmar la información en un esquema con símbolos y orientaciones de tiempo muy precisas. Sin advertir la dimensión de la tarea asignada, consideré que cuatro semanas eran un buen tiempo para ello. Ya puesta en la labor, mi opinión cambiaría prontamente; hubiese necesitado de unos cuantos meses para hilar con verdadero juicio el tejido familiar que me arropa. Sin embargo, el tiempo no fue lo más difícil de conciliar en esta tarea. Lo fue esa melancolía sosegada, esa nostalgia profunda en la que quedé atrapada y con la que debí lidiar duramente.

Al tener que indagar por mis orígenes y vínculos familiares, la distancia de mi terruño me empezó a doler al igual que en los primeros años en Berlín. La elaboración del genograma me estaba volcando hacia

sentimientos que por mucho tiempo había tratado de moderar y ocultar. De repente, estaba ahí de nuevo ante un torrente de emociones que tiraban de fibras profundas, enterradas en el silencio apacible que deja el paso del tiempo. Con nostalgia iba destapando los recuerdos, buscando fechas, abriendo álbumes familiares, haciendo preguntas, juntando datos, recordando recetas, escuchando anécdotas, anhelando olores y sabores como el del pan recién salido del horno, el fogón a leña y las recetas de mi madre. Así, impregnada por los recuerdos de mi infancia, fui de a poco elaborando mi genograma familiar. Para dibujar aquella red extensa de la que procedo se necesitaron varios metros de papel *Kraft*, el único papel que resistió las largas jornadas de trabajo en las que transité por mi historia familiar.

El comienzo del otoño me anunció que el plazo había llegado a su fin. Me encontraba frente a mi curso y debía compartir mi experiencia en estas semanas de trabajo, Y, claro está, presentar el genograma. Al momento de hacerlo, vacilé un poco. La gran mayoría ya había expuesto, y al ver sus trabajos me parecía que yo no había entendido el ejercicio. Dudé en desplegar el rollo de papel que sujetaba en mis manos como un tesoro, pero al final, tiré del hilo que lo mantenía atado. El papel se desplegó hasta el piso y me faltó altura para exponerlo por completo. Decidí ponerlo en el piso y, tirando de uno de sus extremos, lo fui extendiendo por el salón. Mientras lo hacía, mis colegas expresaban su sorpresa: “¡hermoso!, ¡increíble! ¡qué trabajo!” La profesora bloqueó el paso de quienes se agolpaban para verlo y les dijo: “Un momento, primero hay que fijarlo a la pared, como todos los demás”. Atendiendo a su llamado, varios de mis colegas, la profesora misma y yo, tomamos por los extremos la tira de papel y la pegamos a la pared. Ya expuesto, mi genograma se extendía por casi tres de las paredes del salón.

En su elaboración me había tomado el tiempo para dibujar con mis colores preferidos los símbolos que representan a mis parientes. Las mujeres se hacían visibles por un color violeta que se iba degradando a través de las generaciones; mi mamá tenía el tono púrpura, el más brillante de todos. Para los hombres había escogido un verde que se esparcía ralo por todo el diagrama y que dejaba en evidencia que procedo de un linaje

conformado en su gran mayoría por mujeres. Mi padre lucía un verde esmeralda que resaltaba su existencia como hijo único y como hombre presente en tres generaciones familiares. Las líneas entre parientes y los vínculos que señalaban un nuevo grupo familiar, también tenían sus propios tonos. Aquel genograma era una red extensa multicolor de la que se asomaba mi existencia con un punto que decía “yo/*ich*”.

Recorrí con la mirada toda la extensión de aquel esquema y me percibí completa. Me reconocí como parte de un tejido multicolor unido por los lazos familiares que se extendían en todas las direcciones. Constaté que existía, con un relato, con una historia. Con absoluta calma y con un orgullo que me desbordaba, pausé mis acciones mientras sentía que un torrente de sentimientos me invadía. Esta vez se sentían quedos, apacibles, amorosos. Sus bordes suaves se fueron adentrando por todo mi ser. Advertí cómo mi alma y mi cuerpo entero se llenaban con una energía vital que me hacía sentir resplandeciente en la sala. Las dudas de pronto se disiparon, entonces supe qué y cómo compartir mi experiencia ante mis colegas. Con absoluta calma les conté de los sentimientos que se habían avivado en mí mientras elaboraba mi tejido familiar. Compartí los recuerdos que me llegaron y hablé de mi madre, de mi padre, de mi hijo, de mis hermanas y hermano, de mis abuelas y abuelos, y del campo donde crecí. Al final de mi relato, en medio de una paz interior que no había experimentado jamás, emergió uno de los actos más sanadores que he vivido dentro de mi experiencia migratoria. En ese momento me sentí fuertemente enraizada a una energía ancestral que desde aquel instante me acompaña, sin importar la tierra o el continente que pise. Desde aquel día camino con la certeza de que todas mis ancestras y todos mis ancestros caminan a mi lado.

Regreso para el abrazo

MariaE.

Era el año 2000 cuando viajé por primera vez de regreso a Colombia. Lo hice sola, después de más de dos años de estar exiliada muy lejos del país. No fue un viaje fácil, sobre todo por los miedos acumulados durante varios años y por la ansiedad del reencuentro con mi familia. Ahora que pienso en este viaje, veo con claridad lo que significó para mí el amor hacia mi familia y todo lo que estuve dispuesta a vivir para volver a reencontrarme con ellos. Pasar a Colombia a través de la frontera ecuatoriana fue una odisea, llena de peligros que se hicieron mínimos a mis ojos, porque mis deseos de llegar a Colombia eran mucho más grandes.

Mi llegada a Quito fue en horas de la mañana. En el aeropuerto me esperaba mi hermana. Salí angustiada, buscando entre la multitud su rostro, que no veía, me sentía perdida. De pronto, escuché que alguien me llamaba desde esa multitud en espera y allí estaba ella levantando las manos para que la reconociera. Nunca olvidaré que en un principio no la reconocí, se había cortado su hermosa cabellera rojiza y estaba muy delgada. Cuando la abracé sentí que abrazaba a una niña muy pequeña, que aunque se mostraba fuerte y dura, era toda ternura y me necesitaba.

Después de una noche en Quito, salimos rumbo a la frontera. Las calles de la ciudad estaban totalmente militarizadas, a raíz de la tensión que se vivía por la dolarización de la economía ecuatoriana. En la terminal de transportes abordamos un bus intermunicipal muy viejo, que iba repleto de gente y mercancías. La tensión era generalizada, en muchos retenes militares detuvieron el bus en el que íbamos. Sufrí mucho hasta que salimos de Quito y dejamos atrás las calles empinadas

y limpias de una ciudad militarizada. Los caminos hacia Tulcán eran en su mayoría carreteras destapadas, muy estrechas y polvorientas. Íbamos con el cuerpo molido tras más de seis horas de viaje, de salto en salto; si mal no recuerdo entramos a muchos pueblos y veredas, hasta que por fin llegamos a Tulcán. Ya entrada la noche, se fueron bajando uno a uno los pasajeros, hasta finalmente quedar solo mi hermana y yo. Entonces fue cuando nos atrevimos a preguntarle al conductor si conocía a alguien que nos ayudara a pasar la frontera, porque queríamos llegar lo más pronto posible a Ipiales. Y fue así como, con él, en su viejo bus, nos sumergimos en un barrio ubicado en las laderas de Tulcán, donde el fresco de la noche, con sus vientos suaves me traían a la memoria las veredas aledañas a mi ciudad natal en Colombia.

Muy temprano en la madrugada y después de un largo y agotador viaje llegamos mi hermana y yo a la frontera colombiana en el puente Rumichaca. En Ipiales nos hospedarnos en un pequeño hostel para esperar el amanecer. Estábamos exhaustas, llenas de polvo, solo queríamos darnos un baño y acostarnos a descansar, para seguir nuestro viaje de regreso a casa. Todo me parecía un sueño, sobre todo tener a mi hermana tan cerca, después de más de dos años de no verla, de diálogos a medias a través del teléfono, de tantas palabras sin decir y cosas sin contar.

Así, y después de muchos ires y venires, a la mañana siguiente, logramos abordar un taxi hacia Cali. En él íbamos siete personas, recuerdo como si fuera hoy el rostro moreno del chofer, un hombre alto y recio, que sonreía constantemente. Nosotras íbamos en silencio, la verdad no me sentía segura, era una sensación entre la alegría del regreso y el temor de lo vivido. Viajamos por una carretera serpenteante, que subía y bajaba las montañas majestuosas del macizo colombiano. Aun llegan a mi memoria los colores y los olores de esas imponentes montañas. Fue maravilloso conocer lo que antes no había visto, a pesar de haber nacido en Colombia. Los abismos eran impresionantes y los ríos parecían hebras de hilos blancos que se tejían entre las montañas. El viento nos acariciaba la cara, íbamos bien hasta que el chofer dijo “me quedé sin frenos, trataré de parar, no se preocupen”. Todos nos miramos,

yo abracé a mi hermana y pedí por nuestras vidas. Afortunadamente el carro frenó en una cuesta y aunque el chofer insistía en seguir el viaje, todos nos bajamos, para luego continuar en buses repletos de gente.

Serpenteando llegamos a Cali. ¡Ah! cómo me llegan los sentidos, los olores y los ruidos de la ciudad, el calor combinado con los vientos frescos de la noche. Nos bajamos en la terminal de transportes y abordamos de inmediato un taxi. Yo estaba en un parasismo, no hablaba y solo miraba a través de la ventana, reconociendo las calles de mi bella ciudad. Era tanta la ansiedad, que tenía un nudo en la garganta y no podía llorar. El recorrido se me hizo largo, hasta que por fin entramos al barrio y vi la casa y su puerta.

La puerta de mi casa en la que hacía más de dos años había dejado a mi padre, muy enfermo, despidiéndose de mí con su mirada triste y una leve sonrisa. La primera en salir a mi encuentro fue mi madre; no tengo palabras para describir lo que sentí cuando nos abrazamos. Al fondo mi padre, de pie como lo dejé; cuando vi su rostro, supe que había hecho el viaje conmigo, estaba extenuado, muy pálido, había dormido tan poco como mi hermana y yo. ¡Por fin llegaron, gracias a Dios! Y me abrazó y nos abrazamos y lloramos y reímos porque al fin estaba de regreso en casa.

Mutaciones

En bici por Berlín

Carolina Mantilla

El primer verano sabía que tenía que conseguirme una bici. Para los berlineses ir en bicicleta es parte del vivir y hoy puedo decir que es un modo de sentir la vida. Y encontré la soñada, una de los años 70, como aquellas que había visto en el cine; fue un día de junio en el mercado de las pulgas *Flohmarkt*, en Neukölln, un barrio periférico reconocido por la inmensa cantidad de ciudadanos extranjeros que en él residen, y es que en Berlín uno de cada tres habitantes es migrante o de origen foráneo. Estos mercados son el lugar ideal para encontrar objetos de segunda mano, con precios asequibles, justo para una estudiante recién llegada como yo, cuyos pesos colombianos valían la mitad al retirarlos del cajero.

Recuerdo ese verano recorriendo Berlín en mi bici, por sus calles planas y su infraestructura ideal para moverse en bicicleta. Recuerdo sentirme libre, con la certeza de que estaba en un lugar seguro en donde no me pasaría nada. “Tranquila, de ahora en adelante vas a poder vivir sin miedo”, eso me decía en mi interior. El temor y el ruido de la zozobra y la desconfianza que desde niña me había acompañado, había encontrado al fin un lugar dónde ocultarse.

Día a día transitaba por la ciudad en mi bici conllevando la rutina propia de una estudiante migrante que acude a una escuela de idiomas. Compartía mis cursos con gente de todo el mundo, chicas y chicos huyendo por algo de sus países. Compartíamos un mismo objetivo, aprender rápido el alemán para conseguir un cupo en la universidad y así lograr obtener una visa renovable que nos permitiera vivir un par de años tranquilos. Muchos como yo olvidábamos de paso la zozobra de nuestros países, entregados al placer que representa conocer una ciudad

y su gente, a la aventura que significa comenzar una nueva vida en un país con otra cultura y otro idioma, como el alemán, que no es nada fácil de aprender con sus infinitas declinaciones y la odisea de hablarlo conjugando adecuadamente sus verbos, especialmente el dativo, sin descontar la pronunciación.

Recorrer Berlín en bicicleta es admirar una ciudad que mantiene viva su memoria, especialmente después de haber vivido dos guerras mundiales, cuidando las huellas de trágicas historias que dejaron deshilachada una nación, así como a mí me dejó otra guerra tras haber sobrevivido al secuestro de mamá. Historias de dolor y desazón como la mía y las que han tenido que enfrentar muchas personas en mi país por cuenta de la pérdida de un ser querido, o peor aún de desaparecidos, se me reflejaban por doquier cual rastros de heridas físicas y psicológicas que quedan de por vida. Allí iba yo en mi bici, con ese dolor hondo de patria y el rechazo a mi sociedad, sí, es que lo que yo ansiaba, lo que necesitaba después de la liberación de mi mamá, era huir de allí. Mi camino, el exilio.

Hoy, después de 18 años de estar viviendo en Alemania, puedo decir que, así como he pasado tiempos en los que los dolores de las heridas que generó mi patria han estado ocultos, también he enfrentado las entrecruzadas de los odios y amores hacia ella. He vivido días de ilusión y otros de desesperanza, disfrutado las dichas de los momentos de alegría y afrontado las tristezas, experimentado la libertad y la dependencia, me he reconocido en mis certezas y me han carcomido mis frustraciones.

Mi primer verano llegó a su fin y vinieron otras vivencias, otras memorias. Pasear por Berlín en bici al inicio del otoño es un placer. Es contemplar la metamorfosis de las hayas, los tilos y los robles cuyas hojas van cambiando de colores ofreciendo un espectáculo de luces que a lo largo del día, por cuenta de los rayos del sol, va mezclando a su antojo los grises, los naranjas y los ocres, hasta llegar a los tonos de la melancolía. Inevitablemente llega el *Heimweh*, palabra en alemán que nombra ese revivir de la distancia, el sentir la lejanía de tu lugar de origen, la nostalgia de estar lejos de casa, de los tuyos y de tu patria. Entrado ya el otoño, cuando llegan las lluvias, los viajes en bici se van volviendo más difíciles

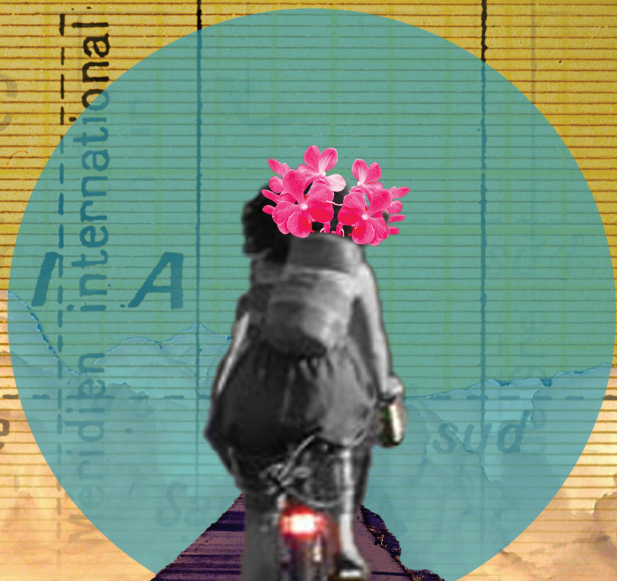
por cuenta del agua, la neblina y la oscuridad que empieza a asomarse cada vez más temprano. Así mis andares en bici fueron cambiando, las sensaciones de paseos planos y tranquilos empezaron a mutar; las calles se iban poniendo más difíciles de transitar, las hojas caídas de los árboles, junto con la lluvia, volvían el camino resbaloso, poco seguro, sensación que me conectaba de inmediato con mi país cuando caminaba en medio de la incertidumbre sin saber si cada paso que daba sería en falso y todo se vendría abajo.

Como aquel día en la calle 72 en Bogotá cuando caminaba casi sin rumbo, llena de dolor, rabia, angustia, desolación y conociendo la soledad en su mayor resplandor, porque eso es lo que se vive cuando se tiene a un ser desaparecido. Me parece estar viendo aquel letrado que decía; “Fundación País Libre por la Libertad y la Paz”, el haberme decidido a entrar y preguntar en la recepción: “Señora ¿ustedes acá ayudan a la gente que tiene un familiar desaparecido o secuestrado y de quien aún no tienen noticias? ¿Ustedes ayudan a las personas a buscar a sus familiares desaparecidos?”. La respuesta no pudo ser más desoladora: “nosotros somos una organización que trabaja por los derechos humanos, pero no estamos en la facultad de ayudar a buscar personas desaparecidas”. El desconsuelo debió reflejarse en mi rostro, de manera que después de unos segundos de silencio, me dice la señora: “la opción que le puedo dar es que se acerque a la calle 26, a las instalaciones de Radio Nacional, ahí tienen un programa radial especial, los viernes, dirigido a todos aquellos que están en el monte, en las montañas de Colombia”. ¡Qué desazón no saber dónde se encuentra, justo en ese momento, el ser máspreciado de tu vida! De solo recordarlo, revivo en mi cuerpo el dolor y la rabia que sentía al tener que aceptar que mamá estaba desaparecida en su propio país, en la patria que la parió y donde pareciera que se ignoraba su realidad o cuando menos no se la tomaba en serio. Toda la esperanza depositada en un programa radial. Salí de nuevo de allí a transitar por la calle 72 sin saber qué pasos dar: “Será que voy a esa emisora?”.

Al caer la tarde de ese mismo día, decidí llamar a mi mejor amiga a contarle mis dudas, a lo que me dijo: “Yo de usted iría mirar cómo es y qué hay allá”. Eso me dio impulso y al siguiente viernes, al finalizar la

Sud B

de Greenwich



última clase en la universidad, me decidí a tomar el bus que me llevaría a una emisora donde podría enviarle un mensaje a mi mamá. Ignoraba dónde la tenía el grupo guerrillero que la había privado de su libertad, tampoco sabía si ella escucharía mi mensaje en la radio, pero era lo único que tenía para acercarme a ella y poder decirle lo mucho que la extrañaba y la amaba.

Con el corazón a mil logré llegar a las instalaciones de la Radio Nacional de Colombia en la calle 26, un portero como todos los porteros cuidaba la entrada. Con un poco de temor y angustia le dije; “Señor, ¿dónde es el lugar donde se puede enviar mensajes a las personas secuestradas?”, me señaló unas escaleras y llegué a una sala donde había muchísima gente esperando turno para que los dejaran entrar al estudio a grabar sus mensajes. Yo comencé a acercarme a la gente poco a poco para indagar cómo era y tímidamente fui contando mis angustias, a quién buscaba y los demás también me hablaron de sus pesares y desde hacía cuánto tiempo estaban grabando el programa. Efectivamente el programa se llamaba “Entre las montañas colombianas” y supuestamente lo escuchaban los grupos guerrilleros y toda la gente que estaba con ellos secuestrada.

Ese día, después de más de veinte días de no habernos comunicado, logré enviarle un primer saludo a mi mamá y seguí haciéndolo todos los viernes. Era un saludo a la intemperie sin saber si ella lo escucharía, pero lo cierto es que mis sentimientos de dolor y rabia eran acariciados por una extraña sensación de cercanía con ella a través de un micrófono. Allí, en la cabina de una emisora, podía contarle a mi mamá cómo eran mis días, como lo hacía antes cuando la tenía conmigo; aprovechaba al máximo esos tres minutos para enviarle un mensaje de optimismo y fuerza, siendo esos los valores que ella siempre nos había inculcado para sobrellevar la vida; también le decía que acá la estábamos esperando para seguir luchando esta vida juntas, agarradas de las manos, sin que nadie más nos volviera a separar.

¡Cuántas imágenes revive mi mente mientras ando por Berlín en mi bici! Ese primer año, y los que le han seguido. El aire fresco otoñal tiende a recordarme tiempos pasados tristes, muy tristes. Entonces la

tranquilidad se esfuma y se ve carcomida por la melancolía que trae el recordar las vivencias crueles a las que tuve que verme afrontada en mi país. Pero hay otros días de otoño frescos y soleados dignos para ser disfrutados, tomar mi bici y salir sin un rumbo fijo, retirarme de la infraestructura perfecta de la ciudad, buscar los senderos y bosques de los alrededores de la ciudad para reconectarme con la naturaleza, buscando la paz y la felicidad. Y hay días en los que la aventura va más allá, es cuando recorro kilómetros hasta llegar a algunos de los pueblos cercanos a encontrarme con casas rodeadas de jardines florecidos que traen a mi memoria la finca de mis abuelos, aquel lugar donde sentí de niña el amor en su mayor resplandor. Es increíble cómo en mis paseos en bici por la naturaleza alemana reaparecen imágenes que me conectan con momentos plenos de felicidad vividos en mi patria, esa que también me causó tanto dolor.

Mientras el otoño se despide, el frío va siendo más intenso, diferente al frío de Bogotá que, aunque antipático para quienes venimos de otras tierras, y pasado por la lluvia, deja asomar de vez en cuando el sol. Los días de invierno en Berlín suelen ser grises, las horas de luz son pocas y el frío es indescriptible. En esta época del año la sensación de seguridad en la bici va disminuyendo, hay que andar con muchísimo cuidado, luego de las nevadas o las lluvias, el agua queda congelada en el suelo y uno se puede resbalar y caer. Como aquella caída que tuve cuando venía de regreso de mi trabajo; era muy tarde, estaba oscuro, traía un cansancio atroz y no logré controlar la nieve, por lo que en cuestión de segundos me resbalé y fui a dar al piso. Así es en invierno, hay que aprender a andar en bicicleta, y mientras aprendes, te caes, te levantas, te vuelves a caer y te vuelves a levantar, adolorida del golpe, pero sigues adelante, y al día siguiente vuelves a montarte a pesar de los moretones que te ha dejado la caída. Así es el exilio, como andar en bici en el invierno, en medio de la nieve por Berlín. Hay quienes dicen que es como volver a nacer o comenzar de cero, algunas mujeres dicen que es como iniciar una nueva vida “sin cordón umbilical que nos ate”.

Pero ello no significa que hagamos borrón y cuenta nueva. Lo vivido lo llevamos con nosotros, sea cual sea el camino elegido para integrarse

al nuevo país. Yo, por ejemplo, elegí hacer una maestría en Relaciones Internacionales y otra en Estudios Latinoamericanos, centrando mis estudios en derechos humanos y migración y, como era de esperarse, las conexiones con lo vivido en Colombia serían inevitables. De todas las experiencias, quizás la que hasta ahora más me ha impactado fue aquella que tuve justo cuando estaba terminando mis estudios y tenía que hacer una práctica. Así, por fortuna, contacté una organización de mujeres en Berlín en la que me delegaron la tarea de acompañar a mujeres hispanohablantes de diferentes lugares de Latinoamérica a una visita a Ravensbrück, el único campo de concentración destinado exclusivamente para mujeres, construido en 1939 y ubicado a 90 kilómetros de Berlín. La verdad es que iba muy concentrada en el tema que había preparado ampliamente y ni se me pasó considerar lo que generaría en mí ver la crueldad que tuvieron que soportar las mujeres que por desgracia eran trasladadas a este campo de concentración, mujeres que llegaron ahí a causa de su lucha por la libertad y que padecieron el infierno. Un escalofrío profundo se instaló en mi cuerpo al conocer sus historias, las durísimas condiciones a las que fueron sometidas, incluso al saber que algunas lograron sobrevivir y que, pese a sus traumas, después de todo lo vivido, siguieron luchando hasta su vejez.

Era imposible ignorar lo que mamá había vivido, ese lugar hacía resonancia con mi historia, así que, de un momento a otro, comencé a hablar de su secuestro, el cual había callado por mucho tiempo. Recuerdo hablar sin poder parar, contándole a las mujeres que venían conmigo lo que sientes cuando tienes a un ser privado de la libertad por cuenta de uno o dos grupos guerrilleros. Y recordé lo que mi mamá nos dijo alguna vez a mis hermanos y a mí: “Hijos, desde ese día que me llevaron, mi sentir quedó agazapado, silenciado, ello me carcome el alma, hay muchos sentimientos que no se pueden expresar”. Lo mismo me estaba pasando a mí, ese lugar estaba desatando en mí recuerdos traumáticos que estaban escondidos y no se habían puesto en palabras, entonces supe que hay experiencias tan fuertes, como las de mi mamá y las de esas mujeres que estuvieron recluidas en un campo de concentración, que dejan huellas imborrables incluso en las generaciones venideras.

De regreso a Berlín en tren, la directora de la organización en la que hacía mi práctica me comentó que ella había estado reuniéndose con dos mujeres que también habían tenido experiencias fuertes en el marco del conflicto colombiano y que le gustaría invitarme al próximo encuentro que tuvieran. Por suerte del destino topé con un grupo en Berlín que con el tiempo se fue convirtiendo en el Colectivo Creando Memoria, un espacio que hemos construido mujeres colombianas para encontrarnos, hablar, elaborar y sanar nuestras historias.

Así es Berlín, te encuentras con gente y lugares que de una u otra forma estaban ya conectadas contigo, una ciudad que nos enlaza a personas de diferentes orígenes, una ciudad que a partir de la reunificación en los años 90 se ha ido posesionando como un lugar para todos y todas por igual. Aquí, a Berlín hemos ido llegando colombianos y colombianas con historias vividas en medio del conflicto, en las diferentes épocas dentro de este, que hemos soportado las crueldades de una guerra que lleva ya 60 años y cuyas secuelas trasciendan fronteras escondidas en los rostros de muchos de quienes transitamos la ciudad.

El invierno se pierde en medio de mis andares en bici por Berlín. Poco a poco va llegando la primavera con su fiebre y su furor, la sangre se altera, brota energía en el cuerpo, quieres disfrutar cada día sin parar, aún más si es verano y los días son largos. Entonces quieres salir a buscar nuevas oportunidades o nuevos amores, como el que encontré justo ese verano del 2006 en una fiesta del 20 de julio, organizada por la Embajada de Colombia en un lugar del centro de Berlín. A partir de ese día los andares en mi bicicleta por esta ciudad llevaban el sello del amor, de un amor colombiano del cual brotó un nuevo ser.

Sí, ya no iba sola, ahora iba con mi barriga creciendo mes a mes, completamente enamorada, feliz de mi bebé, pero con miles de preguntas en mi cabeza: ¿Cuál será ahora mi estatus migratorio? ¿Tendré seguro de salud? ¿Dónde va a nacer mi bebé? ¿En Colombia? ¿En Alemania? Las dudas no solo eran mías, la Oficina de Extranjería tampoco lo sabía, ellos decían: “Señora Mantilla, usted ya no podrá seguir viviendo acá en Alemania con su estatus de estudiante extranjera y ahora no sabemos qué papeles de migrante darle, a ver si entendemos, dos colombianos sin

residencia permanente tendrán ahora un hijo berlinés, pues sí, lamentó decirle que por ahora no tenemos para usted un estatus acá en Alemania”. Estos funcionarios no sabían qué hacer conmigo, cada tres meses me daban un papel pequeño, el cual ni siquiera se atrevían a pegar en el pasaporte; para renovar este papel me hacían ir cada tres meses. Siempre llegaba a estas citas con la esperanza de que uno de estos funcionarios me dijera, ya hemos encontrado la ley que justificará su estancia acá en Berlín, pero no.

Entre tanto yo seguía recorriendo Berlín en mi bici con mi bebé creciendo sanamente dentro de mí, acompañada de la plenitud de la naturaleza en mi cuerpo, expandiendo mi esencia, conociendo la intuición que se iba despertando a medida que mi bebé se desarrollaba: algo me decía: “tranquila, sin miedo, no vas a tener que volver a irte de acá, tu niño nacerá en Berlín”. “La base de la vida es el conocimiento y la sabiduría en la práctica cotidiana”, eso me había sido inculcado desde niña, así que comencé a investigar cuál era la ley alemana que me salvaría, y encontré la mía, la que me protegería. Sí esta vez, sí, el derecho internacional la tenía, encontré la ley humanitaria que me permitiría ir a la Oficina de Extranjería y reclamar mi visa sin ningún riesgo.

Hoy sigo recorriendo Berlín en mi bici dejando que el viento que tropieza mi cara se lleve mis soledades, nostalgias y tristezas, para seguir viviendo en una sociedad que no me vio nacer, pero que me ha visto crecer por más de 18 años y convertirme en una mujer fuerte, un país que me ha concedido diferentes estatus de migrante con infinitos nombres de visados, como el de estudiante, otro de madre, el de reunificación familiar, el de una mujer divorciada, otro de madre independiente y vida profesional. Y aun sigo esperando a ver cuál será el siguiente estatus que esta sociedad y su burocracia me otorguen.

De pechugas a tetas al aire

Kaleja

¡Claudia! Fue el grito ahogado que me estremeció ese jueves caleño, caluroso, del 22 de noviembre de 2007. Era la voz de mi papá, al que nunca había escuchado levantar la voz de esa manera ni había visto llorar desconsoladamente. Yo ya estaba haciendo la fila de ingreso a las salas de espera para emprender mi viaje a España. Él había quedado al otro lado de las cintas de seguridad. Esas fronteras que arrebatan los afectos en los aeropuertos. Mientras avanzaba con mis ojos clavados en los papeles, examinándolos una y otra vez para no mirar atrás, sintiendo su mirada triste y constante sobre mis hombros, algo palpitaba silenciosamente en mi piel. Al escuchar mi nombre de esa manera, no pude resistir volver hacia él y reanudar el apretón de despedida. Lo abracé de nuevo vigorosamente y él me dijo: “hija, es muy valiente. Solo le pido que ino vaya a aprender a hablar como los españoles!”. El comentario relajó el momento y causó sonrisas que disimularon los ojos achicados por el llanto. Más tranquila, me reincorporé, pasé el vidrio opaco que oculta las máquinas “adivinas” del contenido de las maletas de mano, y perdí la oportunidad de volverlo a ver.

A mi hermano y a mí, padre y madre nos inculcaron el buen uso del idioma. En nuestra casa no se escuchaban palabras soeces, ni nada que pareciera inculto o incorrecto. Y, aunque en el momento de la sensible despedida lo dicho por mi papá se diluyó en el revoltijo de sentimientos, pronto le hallaría sentido a aquello de “no hablar como los españoles”.

Un día cualquiera escuché a un chico en la universidad decirle a una compañera “corre el culo” (o sea, déjame sentar a tu lado). Otro día,

una amiga apuntó “no me gusta la ropa que me marca las tetas”, y en el parque infantil, cerca de mi casa, una niña lloriqueando le decía a su madre “me he hecho daño en el culo”. Desde entonces, teta y culo se convirtieron en palabras escuchadas por doquier, de cualquier persona y en cualquier contexto. Al principio me sonaban raro y no era capaz de pronunciarlas. Claro, en Colombia, la creación incesante de palabras deriva en un nutrido léxico, pero también en una constante tendencia a no llamar a las cosas por su nombre. Vestimos de chiste, de analogías y de metáforas todo cuanto se nos ocurre, especialmente lo referido a los cuerpos. Denominaciones de cosas, de animales, de frutas o de cualquier artefacto son más aceptables socialmente que citar la palabra exacta. En el cotidiano colombiano el pene no existe, existe el pito, el pajarito, el chis, la tripa, la verga y la chimba. Las tetas, ni pensar en evocarlas, mejor decir melocotones, bombones, senos, bustos, limones, protuberancias o pechugas. Y si a esto le sumamos lo de ser “buena mujer y de buena familia”, no hay atajo para cambiar la fórmula de hablar sin pasar por grosera o vulgar.

Pero resulta que en la ciudad a la que llegué, hablar “a lo colombiano” no era útil porque no me entendían o se mal interpretaban mis términos. Entonces, de a poco recurrí a usar vocablos que en Colombia me hubiera sido impensables. Me fue atrayendo el pronunciar teta y culo sin miradas raras y sin ser tildada de mal hablada. Podía imaginar la cara de desconcierto de mi papá si me escuchara hablar así, pero la dimensión de lo que estaba sucediendo superaba lo enunciado. Esos sonidos que empezaban a salir por mi boca gestaron una nueva relación con mi cuerpo. Aprendí a aludir a mi corporalidad sin censura y a detenerme a observar otras representaciones de llevar y vestir el cuerpo de las mujeres.

Fue así como no me pasaban desapercibidos todo tipo de atuendos de mujeres disímiles. Algunas con colores vivos, otras con velo o *hiyab*, muchas con ropa amplia y las de más allá con ropa ajustada. Pasando de lo tangible, ¿qué fondo tenían esas diferencias? Quise ahondar y el tema fue motivo de conversaciones con mujeres de muchos orígenes. Entendíamos que había discordancias en los patrones culturales, sociales

y religiosos, pero nos resultaba curioso que en Europa las mujeres vistieran ropas holgadas que les encubría el cuerpo, mientras se referían a este con menos tabúes, con un lenguaje más explícito y sin sonrojarse por el desnudo. En contraste con las mujeres latinas que en general vestían ropa ceñida, “mostrando todo”, pero no podían pronunciar teta y culo ni desnudarse por pudor. Al final de esas conversaciones solía quedar una frasea colgando: “las latinas sienten vergüenza de sus cuerpos”. Yo no estaba convencida de ello, pero lo llamativo era que todas las mujeres latinas que participábamos en los diálogos habíamos revelado alguna anécdota al respecto. La duda caminaba –camina– conmigo.

Un martes por la tarde fui con una amiga peruana a la piscina del barrio. Tras media hora de nado buscamos una ducha para quitarnos el cloro. No veía en dónde ducharme porque no había puertas. Había varias duchas, pero ni una sola puerta. De repente, de frente, vi a una chica duchándose con el vestido de baño puesto y luego haciendo malabares para intentar vestirse con la toalla encima. Era la única con esa actitud; la advertía incómoda. Ella me miró, me preguntó si necesitaba la ducha y su acento me mostró que era latina. En ese momento recordé las conversaciones con mujeres diversas. ¿De verdad las latinas nos avergonzamos de nuestro cuerpo? Entonces me salió de adentro decirme a mí misma: “al diablo el pudor”. Me desnudé, entré al chorro e hice lo que hacían las otras del lugar: ducharme sin misterio alguno.

Pronto, en el primer verano en Europa, con la misma amiga peruana con la que compartía reflexiones sobre lo que implica ser mujer latina en otras tierras, fui a la playa. Vimos a todas las mujeres, esas mismas que dicen teta y culo sin estupor, en *toples*. Sin desentonar con el entorno mi amiga dijo: “nuestros cuerpos son libres, nosotras somos libres”. Nos soltamos el sostén y con una sonrisa cómplice dijimos: “¡no lo podemos creer!”

Otro punto de inflexión fue el desnudo total. En un tramo del famoso Camino de Santiago conocí a un chico que, días después, me invitó a la playa. Un sábado muy temprano me recogió y ¡oh sorpresa, llegamos a una playa nudista! Él se desvistió delante de mí sin ningún sopor. Mi cabeza empezó a revolucionar buscando la excusa perfecta

para no descubrirme. Y de nuevo la pregunta rondó: ¿me da vergüenza mi cuerpo... por ser latina? Vacilé unos minutos y cavilé: hay muchísima gente desnuda y a nadie parece importarle; este hombre es poco agraciado y no tiene ni el más mínimo pensamiento de duda para mostrar su cuerpo. ¿Por qué dudo yo? Lentamente, y como quien hace algo esperando a que la tierra se abra, me fui quitando la ropa hasta que quedé con mis tetas y todo al aire. Una vez más, “no lo podía creer”. Había saltado por encima del recato impuesto, quedando envuelta con sensaciones de libertad y placidez.

Ha sido un camino gradual. De iniciar señalando sin letargo las partes de mi cuerpo, hasta sentir que desnuda estoy completa y que mi cuerpo al natural no pierde valía. Hoy, no olvido las palabras de mi papá. No voy a hablar a lo español porque no voy a “subir pa’ arriba”, no voy a reducir mis acciones a los verbos hacer y venir, no voy a conjugar a destiempo, no voy a decir “cafeses” ni “pieses”. Pero, tras conocer las divergencias de cómo nombrar y ver los cuerpos, engrandezco que la libertad de las mujeres pase por el decidir qué y cuándo mostrar, qué decir y cómo decirlo. Amo la libertad de sentir mi cuerpo sin ningún pedazo de tela sacándome carnes escondidas y de no tener que estar siempre buscando un rincón o un trapo para taparme. Aplaudo la posibilidad de desmitificar palabras, especialmente aquellas que no dañan a nadie y que denotan represión y doblez moral. Me quedo con palabras que me liberan. Así que, nada de pechugona. Soy tetona y punto.

El desarraigo

Gloria Romero Moreno

El aula de clases era grande y muy bien organizada. El mapa de Suecia estaba prendido en la pared, acompañado de unos cuantos cuadros con imágenes que hacían alusión a las normas de convivencia entre los estudiantes y los maestros, así como un cartel hecho por los mismos estudiantes sobre los derechos de los niños y otros que no recuerdo bien; la otra pared tenía un tablero muy moderno incrustado; sus grandes ventanales estaban adornados con cortinas de colores claros. Esa era la sencilla, pero agradable decoración del salón.

Es la primavera del 2011, un hombre joven que viste una sudadera de color azul oscuro, mira con nostalgia a través de la ventana, mientras nos cuenta a mi esposo y a mí pasajes de su infancia. Es maestro de la escuela. Nos dice que llegó a este país junto con sus padres siendo casi un bebé, la familia venía huyendo de la represión en Chile después del golpe de estado que terminó con el asesinato de Salvador Allende. Sus ojos se humedecen, nos habla de los horrores que tuvieron que vivir sus padres antes de salir huyendo de la guerra, de la posterior muerte de su padre a consecuencia de las torturas que le propinaron y de la soledad que vivió en su infancia cuando vivía solo al cuidado de su madre en un país tan diferente. Nos confiesa que alguna vez viajó a Chile, pero que no lo siente como su país. Tampoco se siente sueco.

Mi familia y yo estábamos casi recién llegados. Este relato me impactó mucho y me hizo tomar conciencia de la responsabilidad que tenía como madre, así que me prometí que nunca iba a permitir que mi hijo viviera una situación de desarraigo de su país como la narrada

por el joven. Hablamos con mi esposo y le dijimos a nuestro hijo que siempre íbamos a respetar las leyes de este país, sus normas, sus reglas y tradiciones, pero que, de puertas para adentro de nuestra casa, las reglas y las normas eran colombianas. Y sobre todo las costumbres, nuestras tradiciones, la comida con sabor a Colombia. Acordamos que le enseñaríamos nuestra historia, alimentaríamos nuestro derecho y sueño de regresar algún día a nuestro país, y siempre hablaríamos en casa en español.

No fue fácil si tenemos en cuenta que él, a su corta edad, debió vivir su propio proceso de adaptación a una nueva escuela, nuevos compañeros y otro idioma, pero dimos la batalla como padres, le ofrecimos el mejor ejemplo, confianza, buenos consejos y mucho amor y comprensión.

Hoy es un joven responsable, noble, de buenos sentimientos, que se siente orgulloso de ser colombiano. Ama su patria, su cultura y sus raíces.

Ya no me callan

Kaleja

Cuando estaba en segundo de primaria,
una profesora me ponía esparadrapo en la boca
para que no hablara.

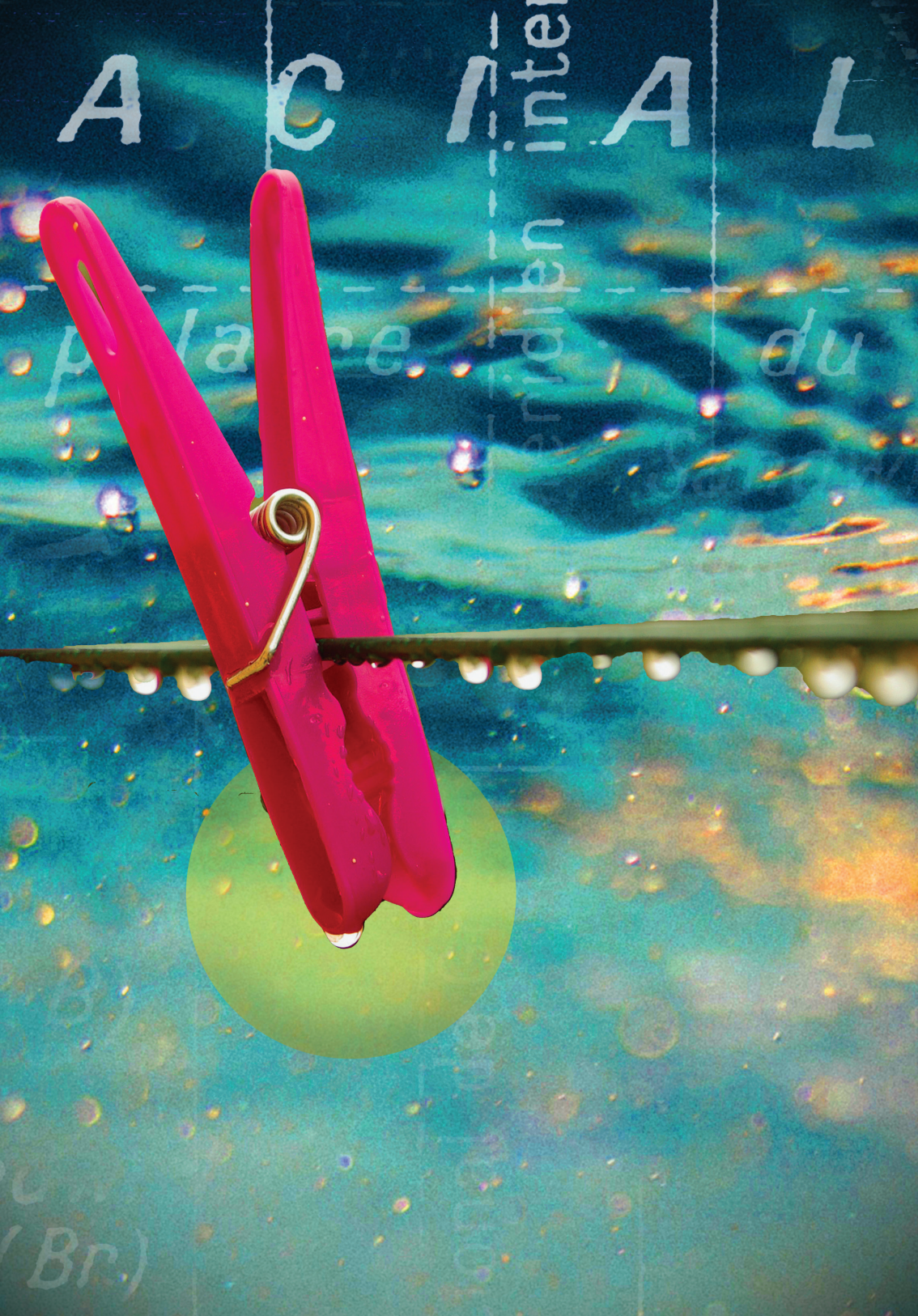
Vivir en una ciudad de otro país en la que se habla mi idioma lo ideaba como garantía de entendimiento, pero llevaba tan solo un par de días en ella y mis primeros sollozos brotaron. Era como estar en un lugar que funcionaba en otra sintonía, mi frecuencia estaba errada. Recuerdo mi primer día de clases. Un aula grande, mal oliente (rafagazo de “chucha” al entrar), con gente a mi alrededor que me miraba cual animal exótico y una profesora que no paraba de hablar, cuya dicción a la velocidad de la luz era incompatible para mi lenta escucha, o un profesor al que solo le entendía la z y la c porque veía la punta de su lengua asomarse un poco entre los dientes. En las calles, letreros que no entendía y a mi alrededor nombres de personas y lugares imposibles de memorizar.

A ello fui sumando lo rutinario y triste de mi transitar por calles mojadas bajo un cielo frecuentemente gris, las manos en los bolsillos o aferrando un paraguas, topando con gente que vestía de colores oscuros y con la mirada hacia el suelo. Y es que la crudeza y antipatía de algunas personas no lo hacían fácil. Un día invernal que llovía fortísimo, yendo a la universidad, vi un lugar con anuncios de helados. Empecé a salivar porque hacía tiempo no chupaba uno, y porque por alguna razón, el cuerpo me pedía ingerir algo frío, aunque no hubiera más de 10 grados de temperatura en el ambiente. Entré, y señalando con el dedo la imagen del anuncio exclamé: “buenas tardes, por favor este helado”. Le hablaba a un señor muy alto que se quedó mirándome fijamente sin hablar y

sin mover músculo alguno de su cara. Repliqué: ¿“no hay helados”? Y su voz áspera respondió: “en estos días aquí no se come helado” y se volteó ignorándome. Salí de allí sintiéndome minúscula, menospreciada y regañada.

Por otro lado, en los momentos de charla colectiva imperaban los relatos simultáneos y cruzados. Había aprendido que por educación se mira a quien habla, pero no podía concentrarme en un solo diálogo, ni lograba saber hacia dónde dirigir la mirada. Y me preguntaba ¿cómo voy a hablar en medio del caos? Cuando quería hablar siempre había alguien que se me adelantaba o cuando el ímpetu me arrojaba a decir algo, creo que no me escuchaban porque la gente seguía hablando. Era como una competencia en la que estaba en desventaja por la velocidad y el tono de mi voz. También sucedía que cuando obtenía atención al hablar, recibía un “¿eh?”, o un “no te entiendo”. Eso sin mencionar que cuando la gente platicaba sobre Colombia, era como si yo no estuviera allí o como si yo, colombiana, no supiera nada de mi país. Una y otra vez la situación era la misma. Caramba, ¡qué difícil se convirtió eso de entenderse con personas que tenían otra lógica! Vivencia tras vivencia estaba incubando, sin que yo me diera cuenta, algo profundo.

Unos meses después de mi llegada debía hacer las prácticas de estudio en una organización especializada en temas de migración y refugio. Un fin de semana, tras una jornada de trabajo, fui de fiesta con algunos compañeros. Uno era colombiano y los demás españoles. El compañero colombiano contó un chiste y en adelante el humor y la alegría de Colombia parecieron dominar el momento. Yo me sentía cómoda, suelta, contenta de creer que nos comprendíamos. Al siguiente día me enteré, por una confiable y gran amiga, que los hombres españoles decían haberse divertido en compañía de una “zorra”, es decir, de una puta. No razonaba por qué habían podido decir eso. ¿Por reír con ellos? ¿Por seguir el hilo de la conversación? Indagando con amistades, supe que en España esa es una palabra que suelen usar algunos hombres para referirse a las mujeres bajo el estereotipo de “aprovechadas”, y que con tinte racista y xenófobo aplica para las mujeres extranjeras como “busca maridos o caza papeles”. Mi desconcierto fue descomunal. Si ese tipo de



A C / inter A L

p l a n e du

(Br.)

comentario lo hacían hombres con experticia en tratar con personas de otros países ¿qué podía esperar de otros?

No pasaron muchos meses cuando pude constatar qué podía esperar de otros hombres. Un viernes por la noche estaba con una amiga en un bar –sitio insigne para la socialización– y nos encontramos con un chico que habíamos conocido unos meses antes en casa de una amistad en común. Él nos miró y saludó sin mayor exaltación, pero cuando tuvo un par de copas en la cabeza se unió al parloteo. No me resultaba desagradable físicamente y en la conversación se tornó interesante. Terminé teniendo sexo con él esa noche. Un par de días después lo encontré por la calle y no me saludó, y sé que me vio. Se lo comenté a unos amigos y tristemente me dijeron: “así somos aquí; no sabemos qué hacer con una chica sin tragos en la cabeza”. ¿En serio? ¿les cuesta un simple saludo?, pensé. No me quedé con la curiosidad y lo llamé por teléfono. No me contestó. Entonces, le escribí un email saludándole y diciéndole que lo había visto pasar. Unos días después su respuesta, parca y tajante, fue que no podía responder a mis expectativas. ¡Plof! ¿De qué expectativas me hablaba? Ni siquiera habíamos hablado de algo parecido alguna vez.

¿Qué le pasaba a esta gente? No entendía nada de nada. Se hablaba golpeado, con una mínima gesticulación, con un tono tan alto que parecía haber siempre enfado, como si molestara lo diferente. La gente en la calle no saludaba ni miraba a los ojos. Ni siquiera lo hacían las personas con las que coincidía en otros espacios. Los hombres leían mi sonrisa como ganas de “ligar” o de “levantar marido” y se quedaban sin tema de conversación cuando quedaban solos conmigo. Empezaron a chocarme tanto las interacciones sociales que, en el mejor de los casos, la pregunta reiterativa “de dónde eres” o la expresión “qué palabras tan viejas usas” me molestaban. Y me sentía peor cuando me trataban como a alguien sin historia, sin nada para contar. Me estaba cansando de escuchar, escuchar y escuchar.

En Colombia solía hablar fuerte y espontáneamente, saludaba con alguna mueca mientras miraba a los ojos de otra persona, pero con el pasar del tiempo, fui notando que prefería callar a tener que explicarme.

Me sentía insegura hasta para preguntar algo básico. Me quedaba sin palabras para argumentar mis puntos de vista, si lograba hablar, lo hacía bajito para que no se notara mi acento extranjero. Noté que me inhibía cada vez más, fui perdiendo la voz. No puedo decir que perdí la voz por el *jet lag*, ni por amigdalitis, ni porque me hubieran sacado las cuerdas vocales. Ni que dejé de sonreír abiertamente porque se me paralizó la cara. Simplemente, me fui apagando.

Al darme cuenta de ello concebí el llamado a recuperar mi voz. Simbólicamente, busqué retomar el canto porque era algo que me conectaba conmigo misma. No encontré un coro que se ajustara a mis gustos ni a mi nivel de aficionada e intenté tomar clases de técnica vocal. Di con un tenor bilbaíno. En la primera sesión, él tocaba el piano esperando a que yo cantara la nota escuchada. Tocaba una y otra vez. Y yo, muda. “Venga, ánimo”, me decía. Al cabo de un rato, tímidamente entoné dos notas. A la tercera, solo lloré. No podía parar de lagrimear. Era como si tuviera la garganta con escayola, intentaba cantar y no podía. El tenor se sentó a mi lado, me hizo respirar pausadamente y exclamó: “no es falta de capacidad. Tú has cantado, ¿verdad?”. Le dije: “sí, me ha gustado”. “Tranquila, ya llegará el momento en el que salga todo lo que ahora está ahí”, me respondió. Atónita, dejé que él me llevara a casa sin emitir más que suspiros. ¿Qué pasaba?

Fueron muchas las explicaciones que intenté darme y también muchos los vacíos que abrigué. Hay un trasfondo personal, seguro, pero me dije: si bien es cierto que los esfuerzos por encajar en una nueva y diferente sociedad exigen asumir otras maneras de relación, otras formas de actuar y de proceder, ¿hasta dónde ceder? ¿hasta dónde apropiarse lo ajeno? Y fue cuando las palabras de otras mujeres que, como yo, han pasado por lo mismo resonaron en mí. “Las latinas traemos a estas tierras otra manera de relacionarnos con la gente. Traemos ternura y no podemos dejar que nos la arrebaten”, me dijo un día una amiga mexicana. Esas palabras me revelaron que nuestros estilos para dotar de vínculos cercanos, cariñosos y cálidos al mundo no se pierden como si fueran un papel más.

Con ese alimento que dan las voces de mujeres, y con el propósito de no dejar que la frialdad de la gente y el estreñimiento emocional de lo cotidiano me minimizaran más, me atreví de nuevo a buscar el canto. Y hallé una cora. Un grupo de mujeres feministas que con solo sonreír y mirarme a la cara me dieron cobijo, me hicieron sentir segura, me devolvieron la conexión entre mis oídos, mi piel y mi garganta. Empecé a entonar y a escuchar de nuevo mi timbre agudo, mi potencial de abrir la boca, aunque exponga mi acento.

Por esas mujeres, de allá y de acá, he salido a flote. Son mujeres que inspiran y apapachan, que pese a las inclemencias de la vida conservan el júbilo, la mirada firme y los pies saltarines. A todas me une la búsqueda de aprecio, cuidado y valor de nuestras vidas. A las mujeres de “allá”, me une la despiadada aspiración por querer ser vista y reconocida en una sociedad que no nos valora y que no nos quiere aquí. Les debo la claridad y la certeza de querer aferrarme a lo que traigo dentro. Las conmemoro porque me han abrazado y arropado, me han enseñado que todo lo nuestro no es canjeable, que hay cosas que nadie nos puede quitar y que no debemos estar dispuestas a perder. Ahora, y por esas mujeres, ya no me callan.

Semáforo en rojo

Mercurio

Algunos meses tras mi llegada al territorio de la diáspora, mi marido –entonces mi novio–, me recogió en su coche –entonces su carro–, una noche al salir de clase ya tarde, en aquellos tiempos prehistóricos de desconexión sin móvil –entonces sin celular–. Subí, le di un besazo como siempre, me dijo: “Hola mi niña”, yo respondí: “Quiai, mi amor” y arrancó rumbo a casa.

Era tarde y no había ni un alma. A las pocas cuerdas había un semáforo en rojo y cuál sería mi sorpresa cuando se detuvo. Tras su frenada, bloqueé las puertas con seguro y le solté de un grito: “Pero ¿qué haces? ¡cómo se te ocurre parar a estas horas de la noche, nadie en la calle, en un semáforo?” Yo miraba con angustia hacia los lados, hacia atrás, por el espejo lateral, buscando atenta por si aparecía, de la nada, la emboscada de algún hombre en moto y esperando que mi novio arrancara. Pero no, él no respondió a lo que yo le estaba pidiendo y es que no daba crédito a mi solicitud. Con una calma infinita me miró con su cara de rompecabezas, *puzzled* dicen los gringos, y de manera muy pausada me dijo: “Tranquila, recuerda que no estás allá. Aquí podemos parar y esperar a que cambie la luz”.

**Lo irremediablemente
perdido**

Las cartas de la bisabuela

La Mendy

Entre los innumerables gestos de amor y ternura que recibí de mi madre conservo en un lugar especial de la memoria aquella tarde en la que nos sentamos en la mesa de la sala frente a un manojo de documentos antiguos de la bisabuela Rebeca. Habíamos tomado la decisión de desempolvar estos tesoros escritos con pluma y tintero que estuvieron guardados e ignorados por más de cien años en los viejos armarios y cajones de tres generaciones de hijas, madres y abuelas, entre Boyacá y Cundinamarca, para después terminar atravesando el océano en una maleta, celosamente guardados en dos cajas de lata de galletas que ella había reservado para sus tesoros.

Muchos de esos documentos eran incluso desconocidos para mi madre, como por ejemplo el poético discurso escrito por mi abuelo Manuel María para conmemorar a la heroína nacional de aquellos tiempos, Policarpa Salavarrieta y las cartas de amor que le enviaba a mi abuelita Anita, su adorada esposa, su “virgencita”, por allá en el 1924. Ahora, a sus 88 años, con la total candidez, mi mamá las leía a la par que descubría el inmenso corazón de un padre tempranamente fallecido y con quien apenas pudo compartir sus primeros años de infancia.

Eran días muy difíciles para mamá. Todas las noches, antes de acostarse, miraba el álbum de fotografías que le habían enviado sus sobrinos y nietos, repasaba sus rostros, como queriendo recuperar el tiempo perdido. Me partía el alma verla así, añoraba estar en su tierra. Esa primavera había festejado su cumpleaños con algunos quebrantos de salud y habíamos acordado que para la Navidad regresaría

definitivamente a Colombia. Seis años después de mi partida, había decidido dejar todo y venir a Italia, para no dejarme sola, y tuvieron que pasar veinte largos años antes de tomar la decisión de su retorno. Cuando lo consultamos con el cardiólogo, este le dijo sin más que no podría tomar un avión, que aunque su salud era estable y parecía más joven, su condición cardiovascular era muy delicada y un viaje tan largo podría ser fatal para ella. Esto la sumió en una enorme tristeza que trataba de disimular con sonrisas y conversaciones, pero sus ojitos decían otra cosa, esto significaba no volver a su casa, ni ver por última vez a sus otros hijos y a sus nietos. Pensé entonces en que tenía que encontrar una forma de llevarla con la mente allí y de sanar ese dolor, y le propuse reconstruir juntas la historia de su vida, hacer un libro de fotos nosotras también y enviarlo a Colombia.

Así que estábamos allí, ella lupa en mano descifrando la elegante caligrafía de los parientes que no alcanzó a conocer y dictándome palabra por palabra las cartas que la bisabuela enviaba a sus padres y amigos. Esas cartas fueron para ella una caja de pandora con un caudal de historias por relatar y un sinfín de misterios por resolver. Era como estar leyendo una novela, la vida algo macondiana de la bisabuela nacida en el 1870 cuando el país se llamaba Estados Unidos de Colombia y comprendía también el territorio de la actual República de Panamá y porciones de Brasil y Perú. Capítulo a capítulo íbamos descubriendo a una valiente mujer, de nobles ancestros y grandes abolengos, que vivió una época de gran abundancia económica en la ciudad de Tunja y que sufrió un triste destierro a Bogotá, ciudad que la había visto nacer y a donde tuvo que refugiarse a raíz de la violencia desatada entre liberales y conservadores en la Guerra de los Mil Días. Su primer esposo, quien había sido general y terrateniente, fue dado de baja y ella quedó viuda y sola con cuatro hijos pequeños y una bebé recién nacida que era mi abuelita (Mamanita), de manera que no tuvo otra alternativa que salir huyendo para proteger sus vidas, abandonándolo todo y vendiendo a poco precio sus pertenencias.

Entre carta y carta, comenzaron a aflorar en mi madre los recuerdos de su niñez y de su juventud en los barrios de La Candelaria, Las Nieves, Las Aguas, los barrios más antiguos de Bogotá. Con la ayuda de Google

Maps nos fuimos a recorrer virtualmente las calles y las direcciones que ella me iba indicando, mientras con una sonrisa dulce y un tono pausado, iba describiendo las anécdotas de su vida en los lugares y las casas donde transcurrió su infancia y sus años mozos, donde trabajó desde los catorce años, donde se casó, donde nacieron sus primeros dos hijos. Recordaba sus amores, sus pretendientes, sus momentos felices, aquello que marcó su adolescencia.

Movida por la emoción sacó del baúl de los recuerdos un recorte de periódico del 1957 que había traído de Colombia, junto con las fotos familiares, y que conservaba cuidadosamente. En él se anunciaba la llegada al país de 220 refugiados húngaros que escapaban de la opresión soviética después de la revolución en Hungría de 1956 que llevó a 190.000 personas a huir de su país, el primer éxodo masivo que puso en crisis migratoria a Europa. Algunos de ellos se ubicaron en un campamento improvisado en el lado austriaco de la frontera donde les dieron comida, cobijas y diccionarios para que fueran aprendiendo y ejercitándose en algún idioma; semanas después se trasladaron a Viena, antes de tomar rumbo al sur, hacia Italia, donde pasaron un año en Roma, para ser después enviados a varios países del mundo, entre los cuales estaba Colombia. Allí el general Rojas Pinilla había abierto la posibilidad de recibir refugiados con la promesa de darles trabajo en el campo de la agricultura. Se embarcaron en Venecia, Italia, en la nave Usodimare y después de 18 días llegaron al puerto de Cartagena, trayendo consigo solo la ropa que llevaban puesta y la ilusión de encontrar un lugar donde comenzar una vida nueva. De Cartagena tomaron un avión a Bogotá, donde fueron bienvenidos a su nueva patria por cientos de personas, con grandes honores, como héroes de guerra. Las promesas de trabajo de Rojas Pinilla no se cumplieron porque su gobierno fue derrocado y algunos de los exiliados quedaron a la deriva, hospedados en una casa colonial que improvisaron como refugio en el barrio La Candelaria.

La casa estaba ubicada en la misma calle donde vivía mi madre. En el grupo había varias familias y parejas, y solo dos hombres solteros. Uno de ellos se llamaba Joseph, era rubio, alto y bien parecido; la solidaridad del barrio no se hizo esperar y fue así cómo se conocieron, se enamoraron

y el 18 de noviembre del 1958 contrajeron matrimonio en la Catedral de Bogotá. De esta unión nacieron mis dos hermanos mayores. ¡Quién iba a pensar que los azares del destino, tantos años después, llevarían a mi madre a Roma, a vivir como migrante, la misma condición del hombre a quien había amado!

Fue bellissimo verla renacer a través de sus recuerdos, parecía una adolescente. Ese día, quedó grabado en mi memoria como increíblemente mágico y significativo, y fue el inicio de nuestras tardes de tertulia e investigación para construir nuestra genealogía. Tristemente nuestras conversaciones se interrumpieron de manera brusca por un ictus y su triste partida en el 2019. Creo que donde esté, se sentirá satisfecha de ver cómo el pequeño proyecto del libro de fotografías se fue transformando en una extensa pesquisa.

En su honor, sigo desarrollando esta investigación y nuestro diálogo continua en la distancia, le hablo todas las tardes y, cada vez que encuentro un nuevo dato, le cuento cómo he llegado hasta el año 1200 con varias de las ramas del árbol genealógico, descubriendo miles de particulares destinos cruzados, de mujeres y hombres valerosos. Este ejercicio que inició como una manera de resignificar su vida, terminó siendo también un acto de dignidad tras tantos vejámenes a los que fue expuesta cuando estuvo en el hospital. Y ahora para mí, es un acto de resistencia. Gracias, mamá adorada.

Cuando se quiebra el silencio

Mercurio

Gracias José Asunción y Rafael por la belleza
y gracias Beatriz Bejarano por enseñarla.

Este momento lo recuerdo como el fin de la inocencia. Aquella inocencia que empezó a desquebrajarse un domingo típico sabanero, de nubes bajas regordetas, cargadas de gotas y luces, entre visos de arcoíris que amenazan tormenta y prometen asarte a la brasa, una detrás de la otra, sin aviso, sin espera, como es el clima cachaco por antonomasia.

Nos sentamos a la mesa papi, mami, Lita y, no recuerdo si mis hermanos, pero supongo que sí. Como tantos otros domingos, allí gozábamos entre pollo con miel, papas saladas recién hechas, ensalada de aguacate y pan francés que no podía faltar por orden imperiosa de mi madre. Todo ello regado de jugos tropicales o gaseosas varias: Pepsi, Colombiana, Naranja, Manzana Postobón y Coca-Cola. Y es que en ese entonces no había nada como un trozo de baguette calentita bañada en mi paladar, con las burbujas heladas de esa bebida negra que apenas he vuelto a degustar.

La conversación dominguera nos llevó al “¿Y, por quién votará la gente el próximo domingo? ¿Quién saldrá elegido?” Mami y papi conversaban. Enumeraban las candidaturas sin una clara inclinación particular. Mis hermanos y yo escuchábamos. Bueno, yo escuchaba y mis hermanos oían, porque este tema no iba con ellos.

Lita escuchaba, escuchaba y callaba, como casi siempre.

Con el transcurrir de los días posteriores, la fecha de elecciones presidenciales de aquel aciago 1986 se acercaba. Una tarde, cuando volvía del colegio, entre mis habituales conversaciones con mi abuela hermosa, le pregunté por quién votaría. Su respuesta fue contundente:

“Por esos godos jamás, por el hijo de ese monstruo asesino de los rojos, mucho menos”. Su tono fue tan declaratorio que no hubo espacio para ningún reviro, era un “y punto” estruendoso, no había resquicio alguno para una reflexión, para un sepárese de ese sentir y obsérvelo, para un respire sobre ese pasado y cuente hasta mil. No, no hubo una rendija por dónde mirar esos hechos ocultos de los que nunca me había hablado antes. Simplemente, no había posibilidad de abordarlos.

Aún hoy a mi edad, ya plateando raíces, desconozco las circunstancias que llevaron a mi abuelo a aparecer en “la lista”, esas dos palabras que apenas se pronunciaban en casa, pero que marcaron el devenir de mi familia materna.

Viendo hacia atrás, como si me subiera en el carro de Lorean de la peli *Back to the future*, creo que ese fue el inicio de mi conciencia sobre el país donde nací y mi despertar *a la tierra del olvido*; al territorio donde, como Juan Gabriel Vásquez dice, percibimos a qué huele *el ruido de las cosas al caer*. Sí, porque de allá, *de donde vengo yo*, de donde viene ChocQuibTown, el ruido de las cosas al caer no se oye, no se escucha; se huele, se olfatea, se intuye y su sudoración penetra lo más profundo de las entrañas hasta dejarnos paralizadas por el terror. Curioso, curiosa coincidencia de causalidad: el mismo olor entre las gentes, el mismo efluvio pavoroso que emanaba de las proximidades de las tabernas, al recorrer las calles de ciertas aldeas de Euskadi, años después lejos de mi expulsión.

Yo vengo de allá de donde sólo el poder divino valla, como cerca de fuego, mi corazón y me levanta para seguir creyendo que otro mundo es posible, otra idiosincrasia y otra ciudadanía, lejos de la simple y llana persecución por pensar diferente.

Sería mucho tiempo después de mi forzada salida que comprendería que no era la primera persona de mi familia en vivir desplazada, que no fui la única despojada de su territorio. A su vez, cuando décadas más tarde, mami se solidarizaba con la migración venezolana, hilaba conmigo la historia de sus ancestras y la de su propia huida, una noche de madrugada. Una noche en la que llegó el sobre con la nota que advertía que de esa noche no pasaban. Una noche que debía haber sido como las



anteriores noches durante esos cinco tiernos años de vida: *Una noche, una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas,* pero que se transformó en 1949, *por los rayos de la luna proyectada sobre las arenas tristes* en una noche larga...

Y eran una

y eran una

¡y eran una sola sombra larga! Escondiéndose de los azules

¡y eran una sola sombra larga! Los cinco: la madre estoica, el padre perseguido por ser liberal, las dos peques inocentes y el varón de 9 años.

¡y eran una sola sombra larga!

Y larga, larga, larga fue la noche haciendo la maleta para, antes del amanecer, buscar refugio, salvar la vida con apenas lo que se llevaba puesto, despedirse de la finquita y llegar a mendigar auxilio a las familiares en la ciudad que, gracias a nuestro Dios, con brazos abiertos multiplicaron los panes y los peces durante varios calendarios. Nunca retornaron. Nunca recuperaron su casita. Nunca se les restituyeron las tierras.

La violencia continúa. *La horrible noche no cesa.* Pese a ello, *el bien, dada su invencible luz,* logra cada amanecer *germinar entre surcos de dolores.*

El duelo en el exilio

Gloria Romero Moreno

Todos los días hablábamos con mis hermanos y mis primos. Mi tía Sarita, hermana de mi mamá, había ingresado a la clínica por problemas de salud. Siempre hemos sido muy unidos, crecimos juntos como verdaderos hermanos compartiendo la vida hasta el momento en el que mis papás, mi hermana, mi hijo y yo tuvimos que salir de nuestro país. Mi papá era sobrino de mi tío Carlos, esposo de la tía Sarita y, además de los lazos familiares que los unían, eran los mejores amigos y compañeros. Por todo ello éramos muy unidos. Aunque estábamos preocupados, creíamos que se iba a recuperar pronto. Pero a veces la fe y la esperanza se rompen y tenemos que aceptar las grandes pruebas que nos manda la vida.

Aún retumban en mis oídos las palabras de mi hermano diciéndome por el teléfono que mi tía había fallecido. No lo podía creer, y aún después de tanto tiempo tampoco lo creo. Ese día nuestras vidas se partieron en dos. Todo aquello era tan difícil y trágico. Mi tía Sarita era como nuestra segunda madre. Era una persona muy especial, generosa, siempre tenía una bonita sonrisa; era una mujer luchadora que creía en una sociedad más justa y solidaria.

Además de ser mi tía, era mi confidente, mi cómplice y mi amiga, sus consejos siempre estaban llenos de sabiduría. La última vez que nos vimos me abrazó y me dijo que tal vez no nos volveríamos a encontrar; a mí me dio mucha tristeza y le dije que fuéramos optimistas, que sí nos volveríamos a ver. Pero ella tenía razón.

Darles la noticia a mi mamá y a mi papá fue muy difícil y doloroso. ¡Y estando tan lejos! Esa noche la pasamos en claro hablando con la

familia de Colombia y tratando de asimilar la noticia. Al día siguiente nos vestimos todos de negro y asistimos a la ceremonia de las exequias de manera virtual. Mi mamá estaba muy pálida, el dolor por la muerte de su hermana se reflejaba en su rostro.

Ese día fue quizás el día más largo y sombrío de nuestra vida en Suecia. Fue muy triste no poder viajar a Colombia para estar con ella en sus últimos momentos y ahora no poder darnos entre todos un abrazo de amor, de apoyo y de solidaridad. Sentíamos una frustración muy grande y mucha rabia. La pérdida de nuestros seres queridos y hacer el duelo desde la distancia es uno de los más grandes retos que tenemos que afrontar quienes vimos como emigrantes exiliados.

Desintegración

Kaleja

La mesa de comedor en la casa de mi abuela paterna siempre ha sido grande, con sillas para familiares, personas allegadas y las apenas conocidas, presentes a la hora de servir. El comedor está ubicado en el centro de la primera planta de una casa grande que da cabida a propios y extraños, al lado de un patio con mucha luz natural y helechos frondosos. Ahí, en esa mesa con mantel bordado, por lo general blanco o *beige*, y en esas sillas de madera oscura que una de mis tías viste y desviste cada vez que le parece que los colores de las telas se desvanecen, no solo se come. Se habla del día, del calor sofocante, de lo que sucede en el pueblo, de quién llega, de quién se va.

De niña, llegar a esa mesa a comer los fríjoles de mi abuela con arepa era mi mayor motivación. Bastaba con que mi padre me llevara en moto en tan solo cinco minutos, pero cuando había terminado mis estudios de bachiller, para proteger la vida familiar, mi mamá, mi papá, mi hermanito y yo tuvimos que irnos a vivir a otra ciudad que nos alejó de aquel comedor en casi cuatro horas de recorrido por carretera. Esas sillas y esa mesa con mantel bordado se convirtieron en el lugar de encuentro con la familia cuando llegábamos de visita. Allí encontraba a los tíos y primos que pasivos esperaban, como siempre, a que la abuela les sirviera; a la tía que renegaba de la comida; a la que llegaba cansada de trabajar y en silencio agradecía cada bocado; a la que llegaba directo a la cocina a ayudar; a la que siempre imprimía algo de desfachatez y humor con sus acotaciones. Ahí, invariablemente, estaba la abuela llenando el plato una y otra vez. “Mija, otro pedacito de plátano, de arepa, de queso... otro pedacito de carne”. Para ella, “dar más” era desbordar amor.

Crecí con la impresión de que en ese comedor tenía mi silla. Ahí me sentía importante, vista. Mi opinión se escuchaba bajo el paraguas de ser la sobrina y la nieta mayor. Porque en ese comedor también se tomaban decisiones del quehacer diario y se armaban planes. A partir de mis 19 años ya no era la niña que llegaba a comer fríjoles, era la legataria cuya presencia se mostraba necesaria. “Mija, ¿recoge a Marleni en el terminal?”. “Sobrina, ¿me lleva a la finca?”. “Mona, ¿puede llevar a la abuela al médico?”. “Prima, ¿me acompaña a dar una vuelta?”. “Moneca, ¿vamos a Pereira, a Armenia?”. Yo no paraba. Iba de un lado para otro con la sensación constante de ser útil, de llenar vacíos de esa casa inmensa habitada solo por tres tías y la abuela.

Hasta que un día todo cambió. Empecé el viaje más largo de mi vida, sin retorno asegurado. Partí para más lejos, sola, ni siquiera con mi *tía viajera*, con la que ideaba planes para conocer muchos lugares. Atravesé el Atlántico renunciando a todo. Dejando esa mesa y esas sillas.

Viviendo “al otro lado del charco” las visitas a la familia se dilataron, dejaron de tener fecha de probabilidad y se hicieron escasas. Al cabo de ocho años me había perdido las celebraciones de sucesos que la abuela no dejaba pasar inadvertidos, y para las que había mandado a construir un salón de actos dentro de su enorme casa. También me había perdido el nacimiento de nuevas generaciones, la llegada a la adultez de mis primos *parceros*, los viajes de mi hermano, los momentos difíciles de mi mamá y mi papá, la crianza de la prima que pasó a ser mi hermana, pero fueron las muertes de una tía y la abuela materna las que labraron una zanja en mi interior. Para rematar, mi *tía viajera*, a quien considero como otra madre, padeció un ictus y por muchos días creí que también la perdería.

Tantas pérdidas de momentos y de seres queridos, me rasgaron el tesón. Me rompieron. Abruptamente, dimensioné la factura de los tragos amargos que había bebido lejos sin el cobijo familiar y del cansancio que implicaba imaginar los que faltaban por sorber. Eran muchos años fuera y mucho el dolor arrinconado en los lugares más insospechados del cuerpo, del alma. Eso de llorar entre sábanas ajenas, encubriendo el sonido de los gimeos con las almohadas o disimulando las lágrimas

con la lluvia en la cara, no lo soportaba más. Me quedé sin fuerzas y tomé la decisión de regresar a Colombia. La decisión fue difícil porque no estaba segura de abandonar lo construido con tanto esfuerzo, con tragos amargos, pero también con tragos dulces, y de desertar de una sociedad de la que aprendí a existir con derechos más que con favores. Pero fue más fuerte la necesidad del abrazo familiar abundante, el deseo de volver a ver con vida a mi tía viajera y la ilusión de compartir mis días con mi mamá, mi papá, mi hermano y mi nueva hermana.

Y ahí estaba. De nuevo en Colombia, de nuevo en mi casa, de nuevo en ese comedor. Al principio, me brotaba alegría por doquier. Con el pasar de los días, fui sintiendo un no sé qué, en un no sé dónde. Sentarme en mi silla ya no era lo mismo, me sentía rara, sentía desconcierto, desubique. Entre más pasaba el tiempo, más rara me sentía. Era como si un agujero negro me hubiera arrojado a otra época en la que no encajaba. Aunque mis años han deambulado entre encuentros y desencuentros, distancias obligadas y elegidas, nada me había preparado para la sensación de extrañeza en mi propia familia.

Me sentí otra, y sí, era otra. Mi familia también era otra. Habíamos cambiado. Mi papá tenía otra familia. Mi mamá se refugiaba en su espacio con las gatas. Mi hermano saltaba de una ciudad a otra trabajando. Mi prima hermana crecía y tenía sus propios planes. Todo se hacía diferente. Ya no me enteraba de los programas familiares, ni a dónde iban mis tías, ni mis primos me preguntaban qué hacer. Un día, a la hora del almuerzo, mientras mi abuela insistía en darme más arepa, hablábamos, hacíamos bromas, de repente, dejé de ser parte de la plática, como si fuera invisible. Alguien llegaba ese día y había que ir a recogerla a la parada del bus. Mis tías y mis primos resolvieron la situación sin tenerme en cuenta. Ni preguntas, ni miradas, ni comentarios, ni nada que se dirigiera a mí. Y fue cuando entendí que, aunque estuviera ahí sentada, me había convertido en “la pariente de afuera”, la que ya no hacía parte de las alternativas. Yo me había ido. Ya no era la sobrina, la nieta, la hija que aportaba y apoyaba, era alguien de quien se espera que se marche en cualquier momento.

Entonces, ya no me rompí, me desintegré, como el polvo que se levanta en la carretera y no se sabe a dónde irá. Me di cuenta de que estaba fragmentada, que la distancia y el tiempo son la combinación perfecta para llenar los vacíos de aire. Entendí que nunca volveré a estar completa, que esa desintegración hará que esté allá y aquí. Allá no tendré lo de aquí, y aquí no tendré lo de allá; pero tanto lo de aquí como lo de allá hacen parte de mí. Y mi familia, aunque me quiera, jamás me volverá a sentir completamente presente. Quise vivir de nuevo en el país y en las ciudades que había dejado, pero ni los lugares ni las personas se quedan quietas, se transforman. No se puede pretender vivir como si no pasaran los años. Las sillas no eran las mismas, la mesa del comedor ya no era redonda.

The background of the page features a light blue map of Colombia, with its geographical outline and some internal regional divisions visible. Overlaid on the map is a semi-transparent image of a document, likely a list or index, with columns of text. The text on the document is too small to read clearly but appears to be organized in a structured format. The overall aesthetic is clean and professional, with a focus on the text in the foreground.

Este es un libro escrito e ilustrado por mujeres colombianas que viven lejos de Colombia, más exactamente en Alemania, Canadá, España, Italia, Noruega y Suecia. Unas salieron del país debido al conflicto armado interno hace más de treinta años, y hay quienes lo hicieron hace menos de tres años. Sus edades van de los 23 a los 65 años, sus etnias y sus identidades son disímiles. Tienen variadas ocupaciones: estudiantes, docentes, profesionales de diversas disciplinas, defensoras de los derechos humanos, artistas y trabajadoras en entidades de cooperación internacional, paz, migraciones y refugio.

Todas, sin excepción, están fuertemente comprometidas con la construcción de la paz y la equidad de género.

Exilios y Lejanías. Relatos de mujeres colombianas es un libro que vale la pena. Está conformado por treinta y seis relatos escritos por doce colombianas cuyas voces muestran el desarraigo, la soledad, los cambios y los traumas que les genera el haberse visto obligadas, un día cualquiera, a huir, a salir corriendo y a dejar atrás la familia, los amores, los amigos, la casa y la vida, para llegar a un país donde todo es extraño.

Durante cerca de ocho meses estas mujeres, que escasamente habían hablado de su experiencia y expresado los traumas y las emociones causadas por el destierro, realizaron talleres virtuales para asomarse a lo vivido y escribirlo. Así consiguieron elaborar unos relatos que impactan por su fuerza y con los cuales los lectores y lectoras se identificarán y conmoverán.

Los escritos fueron agrupados en cinco grandes capítulos: *Salto al vacío*, *Avatares del destierro*, *Vínculos que nos sostienen*, *Mutaciones* y *Lo irremediablemente perdido*.

Ojalá que las autoras de *Exilios y Lejanías* sigan escribiendo. Y ojalá que el Internodal de Género de Apoyo al Legado de la Comisión de la Verdad continúe haciendo talleres y logrando que ellas cuenten con la colaboración necesaria para que sigan publicándose libros como este, a ver si, por fin, retumba la voz de las mujeres en este mundo inequitativo y patriarcal que, ya, tiene que cambiar.

Patricia Lara Salive

Bogotá, junio 20 de 2023

(Texto adaptado para la 2ª edición)

